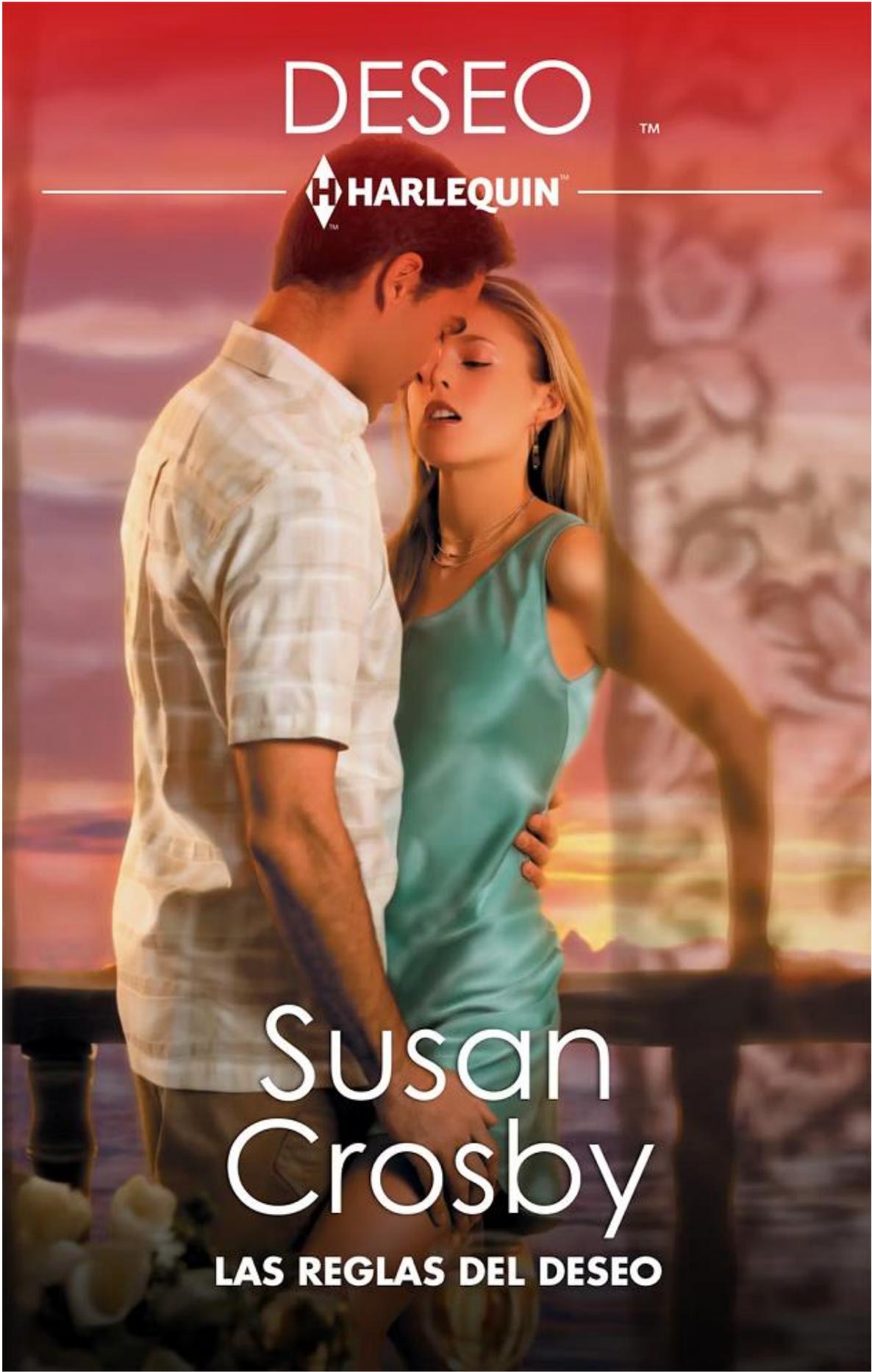


DESEO <sup>TM</sup>

 HARLEQUIN <sup>TM</sup>



Susan  
Crosby

**LAS REGLAS DEL DESEO**

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Lo habían contratado para vigilar a la hermana de Claire Winston, pero Quinn Gerard se dio cuenta de que estaba siguiendo a la mujer equivocada cuando se encontró cara a cara... y cuerpo a cuerpo con Claire.

Sabiendo que, tarde o temprano, Claire lo conduciría hasta su presa, el valiente investigador decidió no separarse de ella, pero al hacerlo, estaba arriesgando mucho más de lo que imaginaba. Porque la encantadora Claire, con sus secretos, había llegado a lo más hondo del duro Quinn. Y, una vez hubiese acabado el trabajo, Quinn no sabía cómo podría alejarse de ella. Así eran las reglas... estaban hechas para romperse.

## *Capítulo 1*

**E**l investigador privado Quinn Gerard se arrepintió momentáneamente de haber decidido convertirse en una persona respetable siete meses atrás. Echaba de menos el anonimato, y el peligro. Desde que había dejado de trabajar por su cuenta para convertirse en socio de ARC Security & Investigations, tenía que seguir las reglas del juego, en vez de ignorarlas o inventar sus propias reglas según le conviniera.

No obstante, había una regla que no había cambiado, la de jamás involucrarse emocionalmente con una dienta, por tentadora que fuera, y la esbelta rubia de blusa azul eléctrico y falda de cuero negro que se estaba alejando de su coche era algo peor que una dienta. Era su objeto de investigación.

En fin, como a cualquier hombre, le estaba permitido admirar el envoltorio, aunque no el contenido. Y en ese momento, aquel envoltorio tenía un aspecto mucho más interesante que durante los tres días anteriores que lo había estado vigilando. De hecho, Jennifer Winston era una cajita de sorpresas ese día. En primer lugar, había salido de su casa mucho antes de lo acostumbrado. En segundo lugar, llevaba un ritmo mucho más pausado; normalmente, iba con prisas a todas partes, pero ese día se movía como si la vida fuera eterna... a menos que se debiera a que no tenía ganas de llegar al sitio al que se dirigía. En tercer lugar, había tomado prestado el coche de su hermana, un modesto utilitario blanco, en vez de conducir su rojo descapotable. En cuarto lugar, y quizá fuera esto lo más sorprendente, se estaba encaminando hacia el banco de sangre del barrio.

A Quinn jamás se le habría ocurrido pensar que Jennifer Winston pudiera tener una sola gota de compasión en su encantador cuerpo. En ese caso, ¿qué estaba haciendo ahí?

Durante semanas, la habían estado siguiendo las veinticuatro horas del día; primero, los investigadores del fiscal del distrito judicial, y ahora él, Quinn. Según los informes que le habían pasado, la rutina de aquella

mujer incluía boutiques de moda, clubes nocturnos frecuentados de San Francisco y lujosos balnearios en el valle del Napa. Llevaba sin trabajar casi medio año, por lo que podía hacer lo que le apetecía en el momento en que le apetecía; en general, se acostaba tarde y no salía de casa hasta pasado el mediodía.

Sospechando el motivo del cambio aquel día, Quinn siguió a la impredecible y sumamente atractiva mujer al interior del edificio en vez de esperar hasta que volviera a su coche. Un cambio en la pauta de comportamiento de un sospechoso resultaba, en muchas ocasiones, en la solución del caso.

La siguió por un ancho pasillo y la vio desaparecer tras una puerta en la que se leía un cartel que decía: *Sala de Donaciones*. Para evitar ser descubierto, Quinn se detuvo a beber agua de una fuente pública y luego fingió leer unos panfletos que había clavados a un tablón de anuncios. Al no verla, se acercó, cruzó el umbral de la puerta...

—¿Ha venido a donar sangre? —alguien casi le gritó a sus espaldas.

El tono de voz empleado no era inquisitivo, sino exigente. Quinn se volvió y miró de arriba abajo a la diminuta mujer de fuerte voz. Apenas le llegaba a la altura del pecho y, al menos, pesaba cuarenta kilos más que ella.

—No, yo...

—¿Por qué no? —preguntó la mujer mientras le miraba de pies a cabeza—. Tiene aspecto sano.

«Porque estoy siguiendo a una mujer que, según el fiscal del distrito, tiene cinco millones de dólares robados escondidos en alguna parte, por eso».

—Porque no tengo tiempo —respondió Quinn.

—No se tarda mucho —comentó aquella apisonadora humana—. La operación se realiza en un abrir y cerrar de ojos.

La tarjeta de identificación llevaba el nombre de Lorna, una voluntaria. Quinn la ignoró y, al pasear los ojos por la estancia, los detuvo en la señora Winston. La señora Winston se había puesto una bata morada encima de su ropa y estaba colocando galletas en una bandeja al lado de un cartón de zumo. ¿Jennifer Winston ocupándose del zumo y las galletas? No podía creerlo... a pesar de haber pensado que esa mujer llevaba una doble vida.

—¿Lo asustan las agujas? —le preguntó Lorna.

—Sí —respondió Quinn con una fría y directa mirada.

Al cabo de unos segundos, Lorna sonrió.

—No lo creo. Vamos, venga conmigo.

Quinn pensó que, como no era probable que la señora Winston se marchara a ninguna parte, él podía cumplir con un deber cívico al tiempo que la vigilaba. Era algo arriesgado estar tan cerca de ella, ya que esa mujer podría reconocerlo posteriormente, pero decidió correr el riesgo.

Respondió a una larga lista de preguntas relacionadas con su salud, le miraron el nivel de hierro y luego lo hicieron tumbarse en una camilla. Miró al objetivo de sus pesquisas mientras una enfermera le introducía una aguja en el brazo. Lorna y la señora Winston estaban riendo. Hasta ese momento no la había visto sonreír.

La señora Winston movió la melena rubia en forma coqueta, alzó la mano para saludar a la persona que acababa de entrar en la sala... y fue entonces cuando se fijó en él.

A una distancia de diez metros, Quinn la vio interrumpir la conversación, su sonrisa desapareció.

¿Se había dado cuenta de quién era? Estaba alerta, dispuesto a correr detrás de ella si decidía salir corriendo. Pero en ese momento, Lorna le dio con el codo y le dijo algo que a la señora Winston le hizo bajar la cabeza sonrojada.

Quinn se tranquilizó. ¿Se había tratado de una de esas cosas que ocurren entre los hombres y las mujeres? Una idea interesante. En su opinión, una de las razones por las que el objeto de su investigación no había reparado en él era debido a su aspecto normal. Nada extraordinario en persona física.

No obstante, el magnetismo animal a veces no tenía explicación. Al ver que la señora Winston lo miraba, el pulso se le aceleró. Una reacción perfectamente lógica, teniendo en cuenta el riesgo que corría a que ella lo identificara en el futuro.

Transcurrieron unos minutos más. Ella lo miraba de vez en cuando. El no fingió desinterés, tras decidir que podía cambiar de táctica, utilizando una mucho más personal para vigilarla. Por supuesto, requeriría desempeñar un papel mucho más activo por su parte, fingir no saber que al

novio de ella lo habían metido en la cárcel por malversación de fondos y que se sospechaba que ella había sido su cómplice.

Sin embargo, Quinn tenía que tener mucho cuidado. Al aceptar trabajar en este caso para el fiscal del distrito, se había convertido en un policía, lo que significaba actuar dentro de los límites que imponía la ley.

La señora Winston avanzó unos pasos hacia él y luego se detuvo. Quinn le sostuvo la mirada. Ella se acercó más, lo suficiente para que él pudiera verle los ojos. Azules. Azul brillante, no marrones.

El estómago le dio un vuelco. Sintió algo parecido a pánico.

Esa mujer no era Jennifer Winston, sino su medio hermana, Claire. Maestra, de ojos azules, de cabellos castaños hasta ese día... la hermana buena.

Se maldijo a sí mismo. Jennifer había escapado a su vigilancia. Podía marcharse de la ciudad y nadie la encontraría; sobre todo, si tenía los cinco millones de dólares que su novio había robado.

—Sáqueme la aguja —le ordenó Quinn a la enfermera.

La hermana buena se detuvo y empezó a retroceder mientras la enfermera decía:

—Es sólo un momento más...

—O me la saca ahora mismo o lo hago yo —Quinn hizo amago de ir a quitarse la aguja.

—¡No, lo haré yo! —la enfermera le apartó la mano, le sacó la aguja y le puso un poco de gasa en el lugar que había ocupado la aguja.

Con el dedo pulgar encima de la gasa, Quinn bajó los pies de la camilla. Tenía que ver si Jennifer Winston se había marchado de la ciudad, si su hermana había sido una trampa para despistarlo. Pero... ¿qué otra cosa podía ser?

—Tiene que sentarse un momento y tomar un zumo y unas galletas —le dijo la enfermera—. Claire lo acompañará.

Quinn se puso en pie y, de repente, la habitación empezó a darle vueltas.

—¡Eh, tengo que ponerle una venda! —oyó la voz como si procediera del fondo de un túnel.

Quinn dio un paso. De repente, todo se volvió oscuro. Sintió náuseas.

—Respire profundamente. Baje la cabeza.

—Baje...

—Les pasa siempre a los hombretones —le dijo Lorna a Claire después de que el increíblemente atractivo hombre se derrumbara en el suelo—. Voy a quitarle las llaves del coche porque tengo la impresión de que se va a negar a quedarse aquí un rato hasta que se encuentre mejor.

Claire se quedó mirando al hombre, que seguía inconsciente, mientras Lorna, rebuscando en sus bolsillos, sacó unas llaves. Había sido su intención coquetear con él, poner a prueba la teoría de que las rubias tenían más éxito con los hombres. La noche anterior, su primera noche de las vacaciones de verano, su hermana la había convencido para teñirse el pelo y cambiar de aspecto. Aquella mañana, incluso se había puesto ropa de Jenn, porque la suya no iba con la imagen de rubia coqueta. Cuando aquel desconocido la miró, le pareció que estaba interesado en ella. Ahora, después del desmayo, estaría demasiado avergonzado de sí mismo para atreverse a dirigirle la palabra.

Quizá fueran sólo ciertas rubias las que tenían más éxito...

—Señor Gerard —dijo Lorna, agachada al lado de él, mientras la daba unas suaves palmadas en las mejillas.

El abrió los ojos. Miró a su alrededor y luego clavó la mirada en Claire.

Los ojos de ese hombre eran castaños con destellos dorados, como el ámbar. El pelo era negro y lo —De naranja, gracias —el hombre se sacó del bolsillo un teléfono móvil en el momento en que se hubo sentado—. Cass, ya sé que es muy probable que acabes de acostarte, pero creo que la hemos perdido... Sí, estoy casi seguro.

Claire le sirvió el zumo. Después, empujó hacia él la bandeja con galletas.

—Es una larga historia. Necesito que vayas ahí y veas qué es lo que pasa... Sí. Lo más probable es que sea demasiado tarde, pero hay que asegurarse. Llámame.

Plegó el teléfono móvil y lo dejó encima de la mesa.

—Gracias.

—De nada —respondió Claire.

Quinn bebió la mitad del zumo.

—¿Se marea con frecuencia la gente que viene aquí?

—No es usted el primero.

—Ah, muy diplomática —Quinn acabó el zumo y lo empujó hacia ella para que volviera a llenárselo; después, agarró una galleta y mordió un trozo—. ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Desde marzo, trabajo aquí como voluntaria un sábado al mes; pero ahora, con las vacaciones de verano, voy a venir a ayudar un día a la semana.

—¿Es usted estudiante?

Claire sabía que parecía más joven de lo que era.

—No, soy maestra.

—¿Lleva mucho tiempo de maestra?

¿Acaso ese hombre estaba intentando averiguar su edad?

—Cuatro años.

«Tengo veintiséis. ¿Demasiado joven para usted?».

—¿Cuánto más voy a tener que esperar a que la sargento me devuelva las llaves?

Claire sonrió.

—Una media hora, hasta que estén seguros de que está bien.

Quinn se acabó la galleta.

—Es la primera vez que me desmayo —dijo él.

Claire se sentó y sonrió. Era un hombre normal, preocupado por dar la impresión de debilidad.

—Lo digo en serio —insistió él.

—Lo creo.

—Se está riendo de mí.

—No, sólo de su ego. Le aseguro que el hecho de que no le gusten las agujas no lo desmerece en nada.

—¡Qué alivio!

Ella se echó a reír y él pareció relajarse un poco, o quizá fuera sólo resignación.

—Me llamo Quinn Gerard —dijo él ofreciéndole la mano.

—Y yo Claire Winston —la mano de él le cubrió completamente la suya. Era una mano cálida y... ridículamente excitante.

—¿Por qué se ha ofrecido para trabajar como voluntaria, Claire Winston?

La emoción se le concentró en la garganta. Después del tiempo que había pasado, debería saber controlarse mejor.

—Hace seis meses, mis padres sufrieron un accidente automovilístico. Mi padre murió en el acto, pero mi madre sobrevivió unos días más; en parte, gracias a una transfusión de sangre. Luego, se complicaron las cosas y también falleció. Pero el tiempo extra sirvió para poder despedirnos.

—Lo siento —dijo él tras titubear unos segundos.

—Este trabajo es de gran importancia. Yo ayudo en lo que puedo.

El pareció medir sus palabras antes de hablar.

—¿Le gusta la enseñanza?

El cambio en la conversación le hizo a Claire guardar silencio unos segundos.

—Me encanta. Siempre quise ser maestra. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—A descubrir diferentes formas de conocer a mujeres interesantes.

Ese hombre sabía seducir.

—¿Y le pagan por ello? —preguntó Claire en tono burlón, sintiéndose halagada; pero, simultáneamente, con precaución.

Antes de que Quinn pudiera responder un grupo de personas entró en la sala silenciosamente. Por las expresiones de sus rostros, Claire supuso que eran los familiares y amigos de alguien necesitado de una transfusión. Ese tipo de donantes solía entrar en grupo y raramente sonreía.

Lorna lanzó una mirada a Claire, rogándole ayuda en silencio.

—Disculpe —le dijo ella a Quinn—. Me necesitan. Coma y beba tanto como quiera.

Después de unos minutos, el teléfono de él sonó. Claire lo vio pasarse una mano por el rostro antes de colgar. Sus miradas se encontraron y él le señaló el reloj, haciéndole la pregunta con un gesto.

Claire se acercó a Lorna.

—El señor Gerard se está poniendo nervioso.

—Tómale la tensión y el nivel de azúcar en la sangre. Sabes hacerlo, ¿verdad?

Sí, sabía hacerlo. Con el equipo en la mano, Claire se acercó a la mesa. El pulso se le aceleró, pero decidió no disimular.

—Si pasa la prueba, puede marcharse —le dijo Claire mientras se ponía los guantes de goma.

Quinn se quitó el jersey, debajo llevaba una camiseta blanca que destacaba su piel color oliva y los bíceps.

Claire le ajustó en el brazo el implemento para medir la tensión. Había realizado la operación con anterioridad; sin embargo, en esta ocasión, la piel pareció prenderse fuego.

—No se viste como las maestras, ¿lo sabía? —comentó él.

Sus ojos se encontraron.

La falda de cuero, la blusa ajustada...

—¿Cómo se visten las maestras?

—Con ropa práctica.

Claire le quitó el aparato de medir la tensión sin decir nada. Tenía trabajo, era hora de dejar de coquetear con los donantes de sangre.

—La tensión es normal. Puede marcharse.

—Señorita Winston... Claire.

—¿Sí?

Tras vacilar unos segundos, Quinn se puso en pie.

—Que pase un buen día.

—Gracias, usted también.

Claire lo vio acercarse a Lorna para recoger sus llaves. Luego, él le lanzó una última mirada. El corazón le dio un vuelco. Era una locura, ese hombre era un perfecto desconocido. Un moreno desconocido que ni siquiera le había dicho en qué trabajaba, evadiendo la pregunta. Había coqueteado con ella, eso era todo.

Claire se dio media vuelta; entonces, sintió que alguien le daba con los dedos en el hombro.

El había vuelto.

—¿A qué hora sale de trabajar? —le preguntó.

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

—A las cuatro.

El asintió y se marchó.

Intrigada, Claire sonrió. Quería una aventura y parecía que iba a conseguirlo.

## *Capítulo 2*

Quinn llevaba horas dentro del coche, aparcado delante de la casa de Claire Winston; una vieja, pero bien cuidada construcción victoriana en la zona de Noe Valley, San Francisco. No había señales de vida dentro de la casa, pero tampoco había esperado que las hubiera. Unos días atrás, Jennifer se había acercado al coche del investigador oficial asignado a vigilarla y le había lanzado un reto; el incidente fue el motivo de que lo contrataran a él, dada su reputación de buen profesional.

Pero Jennifer debía de haber advertido su presencia también, lo que la llevó a utilizar a su hermana para suplantarla. ¿Estaba Claire implicada voluntariamente? No podía estar seguro, pero era sospechoso que, de repente, Claire se hubiera teñido el cabello, hubiera aparcado el coche en la calle en vez de meterlo en el garaje y que su hermana hubiese desaparecido. Todo eso a él le parecía bien pensado.

Lo enfadaba que Jennifer lo hubiera descubierto, nadie lo había hecho hasta entonces. ¿Cómo iba a explicarle a Magnussen, el fiscal del distrito, que había cometido el mismo error que los investigadores que lo habían precedido, dejarse descubrir?

Quinn se miró el reloj. Casi las cinco. Claire acababa el trabajo a las cuatro, ya debía de estar a punto de llegar... a menos que se fuera con ese sexy atavío a otra parte.

Gente subiendo y bajando la calle. Un típico sábado de junio, el cielo nublado y la temperatura fresca. Hasta el momento, nadie lo había denunciado por llevar tiempo aparcado ahí dentro del coche, cosa que ocurría con cierta frecuencia en su trabajo cuando estaba vigilando a alguien.

La suerte estaba de su parte. Vio el coche de Claire. La puerta del garaje se abrió. Claire iba a entrar, pero detuvo el coche. El descapotable rojo de Jennifer ocupaba el espacio.

Quinn lanzó un quedo silbido. Menos mal, Jennifer no había escapado. Menos mal.

Vio a Claire aparcar en la calle y luego salir del coche con dos bolsas de la compra en los brazos. Caminó hasta su casa y entró.

Quinn cambió de postura en el asiento del coche, contento de no tener que informar al fiscal del distrito que había perdido a la sospechosa. Era sábado, noche de salir por ahí. Jennifer abandonaría la casa y él la seguiría.

Después de varias horas de vigilancia, Jennifer aún no había salido.

Claire dio un paso atrás para mirar las cortinas que acababa de colgar, el primer paso para cambiar la decoración de la antigua habitación de sus padres, que ahora iba a ser la suya. Habían tenido que transcurrir seis meses desde la tragedia para atreverse a pensar que podría dormir ahí.

Miró al perro que estaba a sus pies.

—¿Qué te parecen las cortinas, Rase? —le preguntó al perro.

El animal movió la cola y Claire se agachó a su lado para acariciarlo.

—¿No te parecen preciosas? —continuó Claire al tiempo que se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas.

Se le estaba pasando la desilusión que se había llevado al salir del trabajo y ver que Quinn Gerard no la estaba esperando. En realidad, debería sentirse aliviada. Ese hombre debía de ser un delincuente... o un imbécil.

—No se merece que piense en él, ¿verdad? —preguntó al perro.

Rase alzó las orejas; después, salió de la habitación y bajó las escaleras corriendo y ladrando. Un momento después sonó el timbre de la puerta.

Eran casi las diez y el timbre volvió a sonar.

El perro continuó ladrando mientras Claire se preguntaba quién podría ser a esas horas. Debía de tratarse de algún amigo de Jenn, alguien que no sabía...

Claire agarró el teléfono inalámbrico y se dirigió a la puerta sin encender las luces a su paso, la luz de la farola de la calle iluminaba las escaleras lo suficiente para bajarlas sin problemas. De esa manera, podía fingir que no había nadie en la casa.

Al llegar a la puerta, miró por el ojo de buey. Como la luz del porche no estaba encendida tampoco, sólo vio una silueta masculina.

¿Qué iba a hacer?

—Sé que estás ahí —dijo la voz de un hombre.

Claire dio un salto atrás.

—¿Quién es? —preguntó ella sobresaltada.

—Quinn Gerard.

¿Quinn, el donante de sangre?

Claire volvió a mirar por el ojo de buey, pero seguía sin poder verle el rostro. ¿Cómo sabía ese hombre...? ¿La había seguido?

Claire se cubrió la boca con la mano. ¿Cómo podía ser tan tonta? Le había dicho a qué hora salía del trabajo y él la había seguido hasta su casa.

—Por favor, abre la puerta. Necesito hablar contigo —insistió él.

—Me has seguido. Si no te marchas de aquí voy a llamar a la policía —dijo Claire, y tenía intención de hacerlo.

—No es necesario que lo hagas —dijo Quinn alzando la voz, pero con calma—. Estoy trabajando para el fiscal del distrito. Si abres la puerta te enseñaré mi carné.

¿El fiscal del distrito? Claire se tranquilizó ligeramente, pero no iba a abrir la puerta.

—¿Qué es lo que quieres?

—En primer lugar, que le digas a tu perro que deje de ladrar para así no tener que hablarte a gritos. A menos, por supuesto, que quieras que tus vecinos oigan lo que hablamos.

En eso, tenía razón.

—Siéntate y cállate —le dijo Claire al perro.

Rase movió la cola, ladró una vez más y se sentó. Ella suspiró.

—Bien. Ahora ya puedes decirme qué es lo que quieres.

—Preferiría decírtelo cara a cara.

—Lo que tú prefieras me da igual.

Se hizo una pausa. El tic tac del reloj de su abuelo se hizo más pronunciado en el silencio.

—Si no me dices ahora mismo a qué has venido, llamaré a la policía —dijo Claire.

—Quiero hablar contigo sobre tu hermana Jenni— fer.

Claire cerró los ojos. Estupendo. Sí, estupendo. Debería haberlo imaginado. Lo mismo que debería haber imaginado que ese hombre no se había sentido atraído hacia ella. Jennifer y ella eran como el día y la noche. En primer lugar, ella era honesta.

—¿Me has seguido cuando salí del banco de donación de sangre?

—Te seguí hasta el banco de donación de sangre, creía que eras tu hermana. Dime, ¿está tu hermana en casa?

—No.

Se hizo un prolongado silencio.

—¿Va a volver pronto? —preguntó él por fin.

Claire apoyó la frente en la puerta.

—No.

Estaba cansada de disculpar a Jenn, que era dos años mayor que ella, pero que jamás se había comportado como la hermana mayor.

—Claire, ¿se ha marchado tu hermana?

El le hizo la pregunta con voz queda, casi en tono comprensivo.

—Sí —respondió Claire al cabo de unos segundos.

Jenn se había llevado muy pocas cosas. Tan pocas que Claire no se habría dado cuenta de que se había marchado de no ser porque había dejado...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Porque ha dejado una nota.

—¿Puedo verla?

—No.

Claire no iba a abrir la puerta a un hombre que había fingido sentirse atraído hacia ella, que la había seducido con su mirada... No, prefería un hombre honesto y aburrido.

—¿Por qué no se ha llevado su coche?

—No lo sé. Vete.

—¿Conoces el motivo por el que el fiscal del distrito está detrás de ella? —preguntó Quinn.

Conociendo a Jenn, podía creer cualquier cosa. Al fin y al cabo, había sido la amante de un broker que había robado millones a sus clientes. Jenn

era tan ingenua como esos clientes, por lo que podía considerarse con suerte de que el broker no le hubiera robado a ella también.

—El fiscal cree que tu hermana tiene el dinero que Craig Beecham ha robado —dijo Quinn al ver que Claire no contestaba—. O, al menos, que sabe dónde está el dinero.

—En el juicio se vio que Jenn no sabía nada del asunto.

—Se la está investigando porque nadie cree lo del juicio. ¿Adonde crees que ha ido con cinco millones de dólares, Claire?

—Jenn no tiene ese dinero —Jenn se lo había asegurado. Su hermana podía ser egoísta e inmadura, pero no era una delincuente—. Heredó bastante dinero cuando mis padres murieron, la misma cantidad que el valor de esta casa, que es lo que yo he heredado. Mi hermana tiene dinero.

Más de lo que debería, pensó Claire. Y se lo estaba gastando a toda velocidad. Joyas, coches...

—Mi hermana no necesita más dinero —insistió Claire.

—Todo el mundo quiere más dinero del que tiene, pero espero que tengas razón. Buenas noches.

Claire se acercó a la ventana a tiempo de verlo meterse en su sedan gris. Esperó a que se marchara. No lo hizo.

Quince minutos más tarde, Quinn seguía en su coche. Media hora más. Una hora. Claire subió a su dormitorio y se sentó delante de la ventana. Transcurrió otra hora. Entonces, otro coche se detuvo junto al de Quinn y permaneció allí un minuto antes de retroceder unos siete metros. Quinn se marchó y el otro coche ocupó su lugar.

Cambio de guardia. Dándose por vencida, Claire se metió en la cama, pero casi no durmió. Cuando amaneció, se asomó a la ventana y vio que el coche seguía ahí. ¿Por qué? Ya sabían que Jenn se había marchado.

Después de darse una ducha y vestirse, Claire bajó al cuarto de estar para, desde la ventana, poder ver con claridad al conductor. Era una mujer.

Claire no podía vencer el sentimiento de culpa que se había apoderado de ella el día anterior al volver a casa y verla vacía, a pesar de que Jenn sólo había hecho lo que ella le había pedido. Debería estar celebrando que Jenn se hubiera marchado; sin embargo, no hacía más que merodear alrededor de la ventana sintiéndose culpable.

Estaba cansada. Tener a Jenn en su casa durante los últimos seis meses y durante el juicio del novio de su hermana había sido un ejercicio agotador;

sobre todo, teniendo en cuenta que aún no se había recuperado de la pérdida de sus padres. Además, era posible que no sólo estuviera cansada, sino también enfadada. Sabía que su hermana la había manipulado y la había utilizado; aunque era culpa suya, conociendo a Jenn como la conocía.

Necesitaba estar sola, necesitaba a Jenn fuera de su vida. Y, por fin, así era.

No obstante, ahora se sentía prisionera en su propia casa. La estaban vigilando, quizá para ver si se ponía en contacto con su hermana.

Su medio hermana.

En ese momento, Rase se acercó a ella con la correa en el hocico. Al lanzar otra mirada a la ventana, Claire vio llegar en su coche a Quinn Gerard.

Claire sonrió.

—¿Listo para correr un rato? —preguntó Claire agarrando la correa para atarla al collar.

Rase dio un ladrido y agitó la cola.

—Eres un chico muy listo —dijo Claire—, Vamos a ver si el señor Gerard está en tan buena forma como aparenta.

## Capítulo 3

Quinn detuvo el coche al lado del de Cassie Miranda, se inclinó sobre el asiento contiguo al del conductor y, por la ventanilla, le pasó un vaso de café. Cassie era una de las investigadoras que había contratado a finales del año anterior. Había vigilado a Jennifer y también a Claire.

—Gracias —dijo ella, aspirando el aroma antes de beber—. Nada nuevo en la casa, excepto que ha abierto la persiana para mirar por la ventana hace un rato.

—No parece que vaya a escapar, ¿verdad?

—No tiene motivo para hacerlo —admiraba a Claire por haberse enfrentado a él la noche anterior, por no haberlo dejado entrar en su casa—. Bueno, es probable que te vea luego en la oficina.

—Voy a dormir un rato antes de ir a la oficina.

—Eh, es domingo, tómate una hora extra.

—¡Vaya, qué generoso, jefe! —Cassie puso en marcha el motor—, A propósito, ¿por qué seguimos con este asunto? Ya hemos terminado, no tenemos a quién vigilar.

Cierto. Pero Quinn pensaba que su presencia podría facilitarle las cosas a Claire... si ella no estaba demasiado enfadada con él. Se había encontrado en una situación similar con anterioridad y no había olvidado lo difícil que era recuperarse cuando a uno le invadían la vida privada.

—Está sacando al perro a dar un paseo —observó Cassie—. Bueno, me marchó.

Quinn lanzó una maldición. Apostaba a que Claire había esperado a propósito a que él sustituyera a Cassie. ¿Qué pensaba que iba a hacer, seguirla? Claire debía de suponer que estaba esperando a su hermana.

Aunque no era así.

Al mirarla por la ventanilla abierta, ella le sonrió. Después, empezó a hacer jogging con el perro a su lado.

¿Lo estaba desafiando?

Le faltó tiempo para seguirla, observando el balanceo de la cola de caballo al ritmo de los pasos. Le dio alcance pronto, pero continuó detrás de ella, disfrutando la vista. Tenía unas piernas espectaculares.

Claire aceleró el ritmo. El perro ladró y también aceleró su marcha.

A Quinn le había gustado la falda de cuero del día anterior. Ese día, Claire llevaba unos pantalones cortos, una camiseta y la chaqueta de un chándal atada a la cintura.

Él también se quitó la chaqueta del chándal, sintiendo no haber adivinado que iba a correr. Por suerte, llevaba zapatillas de deporte, la mayoría de las veces llevaba botas.

Se sentía bien. Estaba encantado con ese trabajo en concreto. La rubia teñida de largas piernas y su acompañante de cuatro patas lo habían puesto de muy buen humor.

De repente, Claire se dio media vuelta y corrió hacia él, su perro siguiéndole los talones. ¿Volvía a casa ya? Debía apartarse para cederle el paso...

—No tiene sentido que vayas detrás, será mejor que corras a nuestro lado —dijo ella deteniéndose delante de él, pero aún moviendo las piernas.

El perro empezó a dar saltos a su alrededor, ladrando.

—Quieto, Rase.

—¿A eso lo llamas dar una orden?

Claire apretó los labios. El perro continuó dando saltos.

—Ya veo cómo te obedece —Quinn miró al perro y adoptó un tono autoritario—. Siéntate.

Inmediatamente, el animal se sentó.

Claire dejó de mover las piernas.

—¿Cómo has...? Traidor —le dijo a su perro—. Eres un traidor. A mí nunca me hace caso.

—Eso es porque le dices que se esté quieto, no que se siente —Quinn se agachó ligeramente para acariciar la cabeza del animal y miró a Claire—, ¿Rase?

—Es diminutivo de Eraser —Claire rascó las orejas a su perro—. Debía de tener otro nombre, pero lo saqué de la perrera. Ya tenía dos años.

Claire se enderezó y añadió:

—Bueno, vamos.

Corrieron cuesta arriba, aunque no era una cuesta muy pronunciada tratándose de San Francisco, pero lo suficiente para no hablar mucho mientras corrían.

—Le salvaste la vida —le dijo Quinn a Claire. No lo sorprendía que hubiera salvado a un perro condenado a pena de muerte.

—En cierta manera, él también me salvó la mía. Digamos que nos necesitábamos el uno al otro.

¿Por sus padres o por su hermana? Intentó no sentir compasión por ella. La gente no veía con objetividad a su propia familia. A él le había ocurrido dos veces. Al parecer, Claire era una persona inocente: realizaba trabajo voluntario en un banco de donación de sangre; era maestra de niños, nadie más inocente que ellos; salvaba a perros y... parecía tener fe ciega en su hermana.

Pero también le resultaba difícil imaginar que Jennifer lograra convencer a Claire de hacer algo que ésta no quisiera hacer. Claire tenía firmeza de carácter; en cuyo caso, ¿por qué se había teñido de rubia? ¿Por qué el cambio de estilo de ropa? Se trataba de un cambio drástico.

¿La había convencido Jennifer de que necesitaba un cambio? A él le resultaba difícil creer que hubiera sido idea de Claire. Jennifer necesitaba escapar a la vigilancia a la que estaba sometida; por lo tanto, había utilizado a su hermana para conseguirlo.

Quinn dejó de hacerse preguntas que no podía contestar y se concentró en la carrera. Se sentía bien, últimamente no se tomaba tiempo de ocio. ¿Últimamente? Casi se echó a reír. Hacía ejercicio porque tenía un gimnasio en casa, pero el ocio era algo casi desconocido para él. Por eso salía con mujeres de carrera y entregadas a su profesión, porque ese tipo de mujeres no le exigía nada... a excepción de las abogadas, que hacían demasiadas preguntas.

A una manzana de distancia de la casa de Claire, Quinn vio a dos hombres esperando al pie de las escaleras de la entrada. Los conocía. Sabía por qué estaban allí.

Claire aminoró la marcha. Quinn también. Rase empezó a ladrar mientras se acercaban.

—No —ordenó Quinn.

El perro cerró el hocico y luego miró a Quinn con adoración.

Claire lanzó un sonoro suspiro.

—A los perros les gusta que se les ponga límites —dijo Quinn.

Claire volvió la cabeza y miró a los dos hombres que ahora los estaban observando.

—¿Amigos tuyos?

—Los conozco.

A Quinn le pareció admirable que Claire no mostrara miedo.

—Gerard —dijo el más alto de los dos hombres a modo de saludo.

—Santos —respondió Quinn.

—Hemos venido para relevarte —le dijo el hombre a Quinn.

Peter Santos era el investigador del fiscal del distrito al que Jennifer había descubierto, motivo por el que lo habían contratado a él, a pesar de ser investigador privado. Jennifer también lo había descubierto a él, una razón más para considerarla culpable; de no serlo, no estaría tan alerta.

—Creo que voy a quedarme —dijo Quinn—. Esta es Claire Winston.

—Señorita Winston, soy Meter Santos, de la oficina del fiscal del distrito. ¿Podríamos entrar?

—¿Tengo alternativa? —preguntó ella a modo de respuesta.

Pero Claire subió los escalones hasta la puerta sin esperar a que Santos respondiera a su retórica pregunta. Cuando todos estuvieron en el vestíbulo, Santos le ofreció un papel.

Rase ladró.

—Enseguida vuelvo —dijo Claire sin aceptar el documento—. Voy a encerrar al perro en la cocina.

Cuando Claire volvió, estaba tranquila. También se había puesto la chaqueta del chándal.

Santos le dio el papel.

—Es una orden oficial, señorita Winston.

—¿Una orden de qué?

—Es una orden para que me dé la nota que su hermana Jennifer Winston le escribió.

Claire miró a Quinn con expresión dolida.

—¿Tres hombres para darme un papel y recibir otro a cambio? —preguntó Claire—. Deben de haber oído hablar de mi cinturón negro de karate.

Santos ignoró la broma. Quinn se aclaró la garganta. En realidad, tenía gracia que hubiera tres hombres enfrentándose a esa esbelta maestra de reputación impecable.

Claire se tomó su tiempo para leer el papel.

—Señorita Winston —empezó a decir Santos—, lo único que dice es...

—Sé leer.

Claire abrió el cajón de la consola del vestíbulo, sacó un papel y se lo dio a Santos.

Santos lo miró. Quinn extendió la mano y Santos le dio la nota, quizá porque no quería discutir con él delante de Claire.

*Querida Claire: Estoy haciendo lo que me pediste que hiciera. Te llamaré. Un abrazo, Jenn, leía la nota.*

—¿Qué quiere decir con eso de que está haciendo lo que usted le pidió? —preguntó Santos.

—Anteanoche le di un ultimátum para que se buscara un piso y se fuera de esta casa.

—¿Por qué?

—Porque ya llevaba demasiado tiempo aquí.

—Pero ha dejado su coche en el garaje.

—Y no sé por qué. Supongo que volverá a recogerlo.

Santos le quitó la nota a Quinn.

—Usted se ha teñido el pelo.

Claire arqueó las cejas. A Quinn le pareció que tenía un aspecto magnífico, altivo y frío.

—¿Y qué? —preguntó ella.

—Ahora se parece mucho a su hermana. ¿Era su intención hacerse pasar por su hermana para que ésta pudiera escapar, señorita Winston?

—Sólo estoy obligada a darle la nota. Ya he respondido a preguntas sin tener que hacerlo. Me parece que es hora de que se vayan.

La puerta de la entrada seguía abierta y Claire, con un gesto, les indicó que se fueran.

Quinn se hizo a un lado para dejar salir a los dos investigadores.

—Usted también, señor Gerard —dijo ella, pero con los ojos fijos en los otros dos hombres que se dirigían a su coche.

Pero Quinn vio una debilidad en ella que Santos no había advertido.

—Me gustaría hablar contigo —dijo Quinn.

—No tengo nada que decir.

—Pero yo sí. Me quedaré aquí, en el vestíbulo, con la puerta abierta. O, si lo prefieres, saldré afuera —Quinn sacó de una cartera de cuero una tarjeta y se la dio a Claire—, Yo no trabajo en la oficina del fiscal del distrito. Soy investigador privado y tengo mi propia oficina. El trabajo que he hecho para ellos terminó en el momento en el que tu hermana se marchó. Lo que quiero hablar contigo es personal, es sólo entre tú y yo.

Quinn recordó lo traicionado que se sintió unos años atrás, pero controló la emoción. Sabía cómo se sentía Claire en esos momentos. Y eso era lo que quería decirle, tenía pocas dudas respecto a que Claire fuera víctima inocente de las maniobras de su hermana.

—Sabías que nos estaban esperando a la vuelta de hacer jogging —dijo ella en tono acusatorio.

—Sabía que vendrían hoy, pero no cuándo.

—Les dijiste lo de la nota.

—No tenía alternativa.

—Sí la tenías.

—No. Claire, ¿estás preocupada por tu hermana?

—¿Preocupada?

—Ayer, después de volver a tu casa, no encendiste ni una sola luz del piso de abajo. Por eso es por lo que llamé a la puerta y por lo que sabía que pasaba algo. Si tu hermana sólo hubiera hecho lo que tú le habías pedido,

marcharse de tu casa, tú habrías encendido las luces y habrías hecho tu vida normal.

Claire dejó caer los hombros y cerró los ojos.

—Lo que me digas va a quedar entre tú y yo —dijo Quinn con la esperanza de que Claire decidiera deshacerse de la carga que llevaba.

El había pasado por la misma situación. La comprendía.

—No se ha llevado sus cosas —dijo Claire con expresión confusa.

—¿Nada?

—Bueno, se ha llevado sus joyas, pero no la ropa; al menos, no mucha. ¡Yel coche! Adora ese coche.

—¿A qué crees que se debe?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

Quinn titubeó un momento antes de preguntar:

—¿Podríamos sentarnos?

Claire asintió. Después de sentarse en el sofá, él la vio acariciar con los dedos la tarjeta que le había dado.

—¿Qué representan las siglas ARC? —preguntó Claire.

—Son las iniciales de los tres socios originales de la empresa: Alvarado, Remington y Caldwell. Ahora yo también soy socia.

—¿Llevan ellos mucho tiempo en este trabajo?

—Unos ocho años. Trabajaban en Los Angeles. Me encargaron abrir la oficina de aquí el año pasado después del Día de Acción de Gracias, pero llevo trabajando como investigador privado diez años.

—¿Por qué estabas trabajando para el fiscal del distrito?

—Tu hermana descubrió a los que la estaban siguiendo, por eso el fiscal me contrató a mí para que los relevara. Soy bastante bueno en mi trabajo.

—Esta vez no.

—Supongo que a mí también me descubrió.

Quinn sabía que Claire estaba haciendo tiempo.

—Jenn no tiene el dinero —dijo Claire por fin.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque me dijo que no lo tenía.

—¿Es honesta?

Claire abrió la boca para contestar, pero la cerró.

—Normalmente, sí. Brutalmente honesta.

Quinn se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en los muslos.

—¿Por qué te has teñido el pelo?

Claire se pasó una mano por la cola de caballo.

—Me apetecía un cambio.

—¿Idea tuya?

—No del todo.

—¿Se le ocurrió la idea a tu hermana?

—Jennifer me dijo que las rubias...

—¿Se divierten más que las morenas? —concluyó él por ella.

—Sí.

—¿Y la ropa? Me refiero a la ropa que llevabas ayer.

—Parte del cambio. Y sí, también fue idea suya. Pero yo no tenía por qué hacerle caso y ella no podía forzarme.

Quinn conocía los métodos de manipulación. Algunas personas eran excelentes.

—Lo hicimos así, sin más, para celebrar el comienzo de las vacaciones de verano.

—¿Ella también ha realizado cambios en su aspecto físico?

Claire frunció el ceño.

—¿Te refieres a si ha hecho cambios para parecerse a mí?

—Sí.

—Crees que ha escapado, ¿verdad?

—Podría ser.

—En la nota dijo que me llamaría. ¿No significa eso que no está escapando ni escondiéndose?

Quinn no respondió. Él sabía algo que Claire desconocía: a su hermana la seguía alguien que no trabajaba para el fiscal del distrito. Quinn lo había visto y había informado de ello al fiscal. Lo más probable era que se tratara de alguien que el novio de Jennifer, desde la cárcel, había logrado

contratar; por lo tanto, debía de creer que Jennifer suponía un peligro para él. Y, por lo tanto, Jennifer sabía más de lo que había reconocido saber en el juicio.

—Tú no la crees —dijo Claire con fría mirada.

—No la conozco.

—Bueno, si de algo estoy segura es de que Jennifer jamás se teñiría de castaña ni llevaría la ropa que yo llevo.

—¿Has notado que te falte ropa?

Claire se recostó en el respaldo del asiento.

—No lo sé, no he mirado.

—Deberías hacerlo. Y deberías mirar en la basura para ver si hay algún bote de tinte de pelo.

Quinn se puso en pie. Su trabajo estaba hecho, desgraciadamente. No lo habría molestado conocer mejor a esa mujer.

—Quizá debieras considerar objetivamente los hechos y ver a qué conclusión llegas —dijo Quinn; después, señaló su tarjeta—. Tienes mi número de teléfono. Si quieres hablar conmigo, puedes llamarme al móvil a cualquier hora del día o de la noche.

Claire también se levantó.

—¿Para qué iba a llamarte?

—Sé por lo que estás pasando, Claire.

Quinn resistió la tentación de ponerle una mano en el hombro. No tenía derecho a tocarla; además, tenía miedo de no poder parar si lo hacía. El había pasado por todo lo que Claire estaba pasando en esos momentos, ella era tan inocente como él lo había sido.

Si alguna vez se cruzaba con Jennifer Winston...

—Gracias por quedarte a hablar conmigo —dijo Claire.

—Gracias por no considerarme tu enemigo.

—Te he visto desmayarte —comentó ella con una burlona sonrisa.

A pesar de ver en el rostro de esa mujer que estaba agotada, seguía viéndose bonita. No se trataba de una belleza clásica ni de un irresistible atractivo. Se trataba de una belleza que procedía de dentro...

Tentación, ése era el nombre que podía aplicarse a Claire.

Y él necesitaba evitar esa tentación en particular.

—¿Te ocurre algo?

Quinn negó con la cabeza.

—¿Me llamarás si necesitas hablar?

Claire volvió a sonreír.

—Es posible.

—Adiós, Claire. Espero que ahora puedas dormir.

Quinn salió de la casa y cerró la puerta sin volver la vista atrás. No quería verla en la ventana mirándolo con esos ojos azules que ya no eran tan inocentes como lo habían sido el día anterior.

Sentía mucho haber formado parte de esa pérdida de inocencia.

## Capítulo 4

**P**or primera vez desde los dieciséis años, Claire no tenía trabajo durante el verano. Iba a arreglar la casa y ponerla más a su gusto; quería cambiar algunos muebles, lijar y pintar los armarios de la cocina, y también iba a hacerse una colcha para la cama de su dormitorio. Incluso estaba pensando en escribir un cuento para niños, algo que tratara de algún tema con el que sus pequeños alumnos se pudieran identificar.

Hacía una semana de la marcha de Jenn. A ella no le faltaba ropa ni se había encontrado un bote de tinte en la basura.

Mientras lijaba un armario de la cocina, Claire supuso que su hermana estaría bien, como de costumbre.

Rase ladró y luego salió de la cocina. El timbre sonó. Durante toda la semana, cada vez que sonaba el timbre, esperaba que fuera Quinn. Una tontería por su parte, lo sabía. Quinn había hecho su trabajo y nada más. Sin embargo, ella había sentido algo especial por él y había pensado que quizá fuera recíproco.

Quinn le había dado su número de teléfono. Ella había marcado seis de los dígitos varias veces, pero había colgado en el último momento. ¿Qué podía decirle, que hacía que se le parara el corazón? Quinn estaba convencido de que Jennifer era culpable. ¿Cómo podía ella querer estar con una persona que pensara eso? Una vez más, Jenn se inmiscuía en su vida.

Claire llegó a la puerta, miró por el ojo de buey y, sonriendo, abrió la puerta a la madre de Jenn, Marie, a quien consideraba una segunda madre.

—Hola, cariño... ¡Oh, Dios mío, Claire! Estás rubia. Creía que eras Jenny —dijo Marie entrando en la casa, Rase dando vueltas a su alrededor.

—Para —ordenó Claire en tono serio.

Como de costumbre, el perro la ignoró.

—¿Cómo está mi perro precioso? —le dijo Marie al animal mientras éste daba vueltas alrededor de sus piernas.

—Siéntate —volvió a ordenarle Claire.

El perro siguió sin hacerle caso. Claire suspiró.

Marie abrazó a Claire.

—Estás monísima, cielo.

—Gracias, Marie —Claire adoraba a esa pelirroja cincuentona de cabellos rizados, maquillaje dramático y resonantes alhajas—. ¿Y tú, cómo estás?

—No puedo quejarme.

La radiante sonrisa de Marie le recordó a Claire por qué su padre se había sentido atraído hacia esa mujer, a pesar de que la personalidad *new age* de Marie fuera tan diferente a la suya, lógica y racional. Ese era el motivo principal por el que no se habían casado, a pesar de que su padre le ofreció a Marie el matrimonio cuando se quedó embarazada; fue Marie quien no quiso casarse. Y un año después, su padre se casó con la mujer que sería su madre.

—El negocio me va bien —añadió Marie—, hay mucha gente estresada en el mundo. Incluso he tenido que rechazar a algunos clientes.

—Das unos masajes sensacionales.

—Sí, ¿verdad? —Marie flexionó los dedos de las manos—. Oye, cariño, quería preguntarte sobre Jenn. Llevo toda la semana dejándole mensajes en el móvil, pero aún no me ha contestado. No es nada nuevo, por supuesto, pero... en fin, hace un rato he vuelto a llamar y resulta que la línea está cortada. ¿Sabes qué es lo que pasa?

Claire la habría invitado a sentarse, pero Marie nunca se quedaba mucho tiempo.

—Jenn se ha marchado.

—¿Qué quieres decir?

—Que se ha ido a vivir a otra parte. Y eso es todo lo que sé de ella.

—¿Habéis discutido?

—Ño. Bueno, supongo que algo sí. Verás, le pedí que se marchara de esta casa. Me parecía que ya había llegado el momento de vivir por su cuenta.

—Estoy de acuerdo contigo, lo sabes porque ya lo hemos hablado. ¿Por qué no me llamó para decírmelo?

—Creía que lo había hecho.

Marie sacudió la cabeza.

—¿Ha dejado un cheque para mí?

—Que yo sepa, no.

Marie empezó a pasearse por la estancia, sus verdes tacones repicaron en el suelo de madera.

—Tenía que darme un cheque.

—¿Por qué no vas a mirar a su cuarto?

Marie se echó a reír, era un sonido musical.

—Como si alguien pudiera encontrar algo ahí.

En ese momento, el teléfono móvil de Marie sonó y la mujer lo sacó de un enorme bolso y contestó.

—Cielo, ¿dónde estás?

Mirando a Claire, Marie pronunció con la boca en silencio:

—Jenn.

Claire se cruzó de brazos.

—Me prometiste un cheque por... Sabes que... ¡No, no puedo esperar! Jennifer Marie, me prometiste... Lo necesito, cariño... De acuerdo, de acuerdo. Gracias.

Claire extendió el brazo, pidiendo el teléfono.

—Escucha, estoy en casa de tu hermana —dijo Marie—. Claire quiere hablar contigo... Porque estaba preocupada por ti. Dime tu nuevo número de móvil... Está bien, cuando lo tengas, llámame. Llámame pronto, cielo, ¿de acuerdo?

Marie le pasó el teléfono a Claire.

—¿Qué pasa, Jenn? —preguntó Claire.

—Que me marché, tal y como me pediste que hiciera —respondió Jenn.

—No te pedí que te marcharas ese mismo día. ¿Dónde estás?

—¿A ti qué más te da?

Claire estaba harta de su hermana.

—En primer lugar, tu coche me tiene ocupado el garaje. Si no te lo llevas, pediré a los de la grúa que se lo lleven.

—Vaya, estás sacando las uñas, hermanita.

Marie acercó el rostro al teléfono.

—¿Puedo utilizar tu coche hasta que vengas a por él, cariño? —le preguntó a su hija en voz alta; luego, habló a Claire en un susurro—. Voy al baño un momento.

—Dile a mamá que no. Lo destrozaría, como ha destrozado todos los coches que ha tenido.

—Díselo tú —Claire esperó a que Marie cerrara la puerta del baño que había en el vestíbulo; después, entró en el cuarto de estar y dio rienda suelta a su frustración—. No me habías dicho que la policía te estaba vigilando.

—El fiscal del distrito, no la policía. Llevaban semanas siguiéndome a todas partes. ¿Y qué? No es nada extraordinario.

—¿Es ése el motivo por el que te marchaste?

—Me marché porque me dijiste que lo hiciera.

Claire apretó los dientes. No creía a su hermana.

—Voy a preguntártelo otra vez, Jenn. ¿Tienes el dinero que Craig Beecham robó?

—Y voy a contestarte otra vez. No.

—En ese caso, ¿por qué has escapado?

—¿Quién ha dicho que me he escapado?

—Te despediste de mí con una nota, una forma muy cobarde de marcharse, y lo sabes perfectamente. También has cambiado de móvil. Te has escapado —insistió Claire.

—Estoy empezando a vivir la vida que siempre he querido vivir, eso es todo. Escucha, tengo que dejarte. Hasta luego.

Claire pulsó el botón que cortaba la comunicación y, furiosa, se paseó del cuarto de estar al vestíbulo y viceversa hasta que Marie salió del baño.

Un movimiento en la calle llamó su atención, se trataba de un sedán gris que acababa de aparcar en la acera de enfrente. Al reconocer a Quinn Gerard, cerró los ojos y lanzó un gemido. Estupendo. Maravilloso. Había pasado toda la mañana lijando los armarios de la cocina y ni siquiera se

había dado una ducha todavía. Se recogió el pelo con un pasador de pelo. Había elegido el peor día para ir a verla.

Quinn debería haber llamado antes de ir. En realidad, podía haberle dado la información por teléfono. No obstante, estaba delante de la casa de Claire, más nervioso que cuando, a los dieciocho años, le pidió a Melanie Davison salir a bailar con él. ¿Por qué lo intimidaba esa mujer de aspecto inofensivo?

Subió los escalones de la entrada, ocho escalones, y respiró profundamente.

Justo cuando iba a llamar, la puerta se abrió y se encontró delante de una parlanchína y sonriente pelirroja.

—Sólo he destrozado dos coches y de eso hace años —estaba diciendo la mujer.

Su sonrisa cambió, al igual que su actitud, cuando casi se chocó con él.

—Vaya, hola —dijo la pelirroja al estilo coqueto de Mae West, pero sin conseguirlo del todo.

—Buenos días.

Rase salió de la casa y se lanzó a él.

—Siéntate —ordenó Quinn al animal.

El perro lo obedeció, pero su excitación no disminuyó. Quinn le acarició la cabeza.

—Traidor —oyó decir a Claire.

La pelirroja le extendió una mano con la muñeca llena de pulseras.

Quinn le estrechó la mano.

—Soy Marie DiSanto.

—Quinn Gerard.

La puerta se abrió más y Claire salió, colocándose al lado de la mujer de aspecto exótico.

—¿Podría hablar contigo unos minutos? —le preguntó Quinn a Claire.

—Sí, claro. Bueno, Marie, nos vemos pronto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, cielo —entonces miró a Quinn—, Bueno, adiós, y encantada de conocerlo.

—Lo mismo digo.

Cuando Quinn se volvió hacia Claire, sintió la mano de la otra mujer en el brazo. Al mirarla, vio que ya no sonreía.

—Él pasado le va a dar alcance —dijo ella con la mirada perdida.

Maldición, una adivinadora. Decidió seguirle la corriente.

—Espero que se trate de Andrea Scarpelli. Ella...

Marie lo amonestó con la mirada.

—No bromea, se trata de algo muy serio para usted.

—Escuche...

—Marie —dijo Claire poniendo la mano en el hombro de la otra mujer.

Marie pareció salir de su trance... o lo que fuera.

—Oh, lo siento —murmuró Marie.

Como Quinn no creía que nadie pudiera predecir el futuro, la consideró inofensiva; aunque jamás habría imaginado que una persona de tanto sentido común como Claire creyera en semejantes tonterías.

—Entra —le dijo Claire—. Y puedes entrar con tu perro.

Quinn sonrió. El perro lo siguió.

Quinn se quedó mirando a Claire, que tenía la ropa cubierta de algo parecido al polvo, pero que no era polvo.

—¿He interrumpido algo?

—Marie es la madre de Jenn.

Quinn intentó imaginar a madre e hija juntas, no lo consiguió.

—¿Has tenido noticias de tu hermana?

Claire empezó a caminar en dirección opuesta al cuarto de estar, él la siguió.

—He estado lijando los armarios de la cocina —dijo ella volviendo la cabeza—, así que, si no te importa, prefiero que no vayamos al cuarto de estar. ¿Te apetece beber algo?

«¿Qué pasa, Claire, no quieres contestar a la pregunta?».

—No, gracias.

La cocina era espaciosa y al lado tenía un cuarto para comer con puertas correderas de cristal que daban a un jardín bien diseñado con distintos niveles en madera. Los electrodomésticos de la cocina parecían bastante

nuevos, al contrario que el mobiliario. Los armarios de la cocina se veían recién lijados.

Cuando vio un cesto con cojines en el suelo, se dio cuenta de que debía de ser la cama de Rase e instó al perro a que se tumbara con el fin de no tenerlo dando vueltas a su alrededor.

Claire se sacudió el polvo de la ropa y se lavó las manos. Era evidente que la había tomado por sorpresa.

—La madre de Jennifer es una... ¿cómo se llama?

—Tiene «poderes» —concluyó Claire con una sonrisa.

—¿De verdad?

—Es masajista, y muy buena. En cuanto a lo de los poderes, no sé. ¿Qué pasa, hay algo en tu pasado que no quieres que te dé alcance?

—¿No le pasa eso a todo el mundo respecto a algunos aspectos del pasado?

Claire frunció el ceño.

—No —respondió ella por fon—. A mí no me pasa. Dime, ¿a qué has venido?

«Necesito verte».

—He seguido en contacto con los de la oficina del fiscal. He pensado que querrías saber que tu hermana no ha utilizado sus tarjetas de crédito en toda la semana; algo que, según debes saber, es muy raro. Tu hermana saca dinero con la tarjeta a diario, le gusta gastar.

—Sobre todo, desde que se solucionó lo de la herencia y cobró su dinero hace dos meses.

—Lo que puede que no sepas es que retiró una respetable cantidad de dinero de su cuenta bancada el día anterior a marcharse.

—¿El día anterior?

Quinn asintió.

Claire sacó un refresco del refrigerador, la mano le tembló ligeramente.

—Así que lo tenía todo planeado —dijo Claire— No se marchó porque yo se lo pidiera, pensaba hacerlo.

—Eso parece.

Claire apoyó un codo en el mostrador de la cocina.

—¿De qué cantidad de dinero estamos hablando?

—No puedo darte la cifra concreta, pero sí puedo decirte que lo suficiente para vivir a todo lujo durante una temporada —Quinn se sentó en el taburete que ella le indicó con un gesto—. ¿Has tenido noticias de tu hermana?

Claire bebió un sorbo de refresco.

—No soy tu enemigo —dijo él—. Ya te lo dije el otro día, lo que me digas quedará entre tú y yo.

Claire se sentó a su lado y se disculpó en tono muy bajo cuando, accidentalmente, le rozó el brazo con el suyo. El contacto hizo estragos en sus hormonas.

—Jennifer ha llamado hoy a su madre —dijo Claire—, pero no ha dicho dónde está. Excepto...

Quinn esperó. Se le daba bien esperar.

—Bueno, me ha dicho algo que... una especie de pista.

—¿Qué? —preguntó Quinn.

—Me ha dicho que, por fin, está viviendo la vida que siempre ha querido vivir.

—¿Sabes lo que significa eso?

Claire lo miró directamente a los ojos.

—Jennifer siempre ha tenido la obsesión de que, algún día, iba a casarse con un príncipe.

Quinn arqueó las cejas.

Claire sonrió.

—Sí, ya lo sé, aires de grandeza. Pero lo creía de verdad. Soñaba con ir a algún lugar de Europa donde va la nobleza, allí conocería a un príncipe y éste...

Una expresión de horror cruzó los rasgos de Claire al darse cuenta de todo lo que había dicho.

—No te preocupes, no se lo diré al fiscal —le aseguró él—. Aunque sabes perfectamente que es en interés de tu hermana que vuelva al país. No sé si ha escapado o si no, pero es lo que parece. Aunque no tenga el dinero que Beecham robó, lo parece; sobre todo, si se ha marchado a Europa.

La experiencia le había enseñado que, en general, la gente que parecía culpable de algo lo era.

Además, había visto que otra persona estaba siguiendo a Jennifer.

—¿No se han puesto en contacto con las líneas aéreas para ver si ha tomado un vuelo a alguna parte? —preguntó Claire.

—Es posible. Pero si ha cambiado de nombre...

—¿Por qué iba a hacer eso? —Claire se quitó el pasador de pelo y una cortina de cabello le cubrió el perfil.

Quinn deseó acariciarle el pelo, comprobar si era tan sedoso como parecía.

—Sólo tu hermana puede contestar a esa pregunta.

—Esta mañana volví a preguntarle si tenía el dinero y me dijo que 110.

—¿Esperabas que te dijera que sí?

Tras un minuto, Claire sacudió la cabeza.

—No, supongo que no.

—El problema es que, tarde o temprano, este asunto va a salir a la luz pública. En consecuencia, puede que te veas acosada por los medios de comunicación. Créeme, es terrible.

Culpable por ser un familiar. A él le había pasado y lo había marcado para el resto de su vida. No quería que le ocurriera lo mismo a Claire; sobre todo, por culpa de una persona querida. Era mucho peor cuando se trataba de una persona querida. Se suponía que las familias estaban para ayudarse los unos a los otros; sin embargo, con frecuencia, un miembro inocente de la familia se quedaba atrás para solucionar los problemas creados por otros. Cuando esto ocurría, los lazos familiares debían romperse. Él lo había hecho. Tenía que hacerlo.

Jennifer, egoístamente, había utilizado a Claire. ¿Acaso ésta no podía verlo?

—Tienes que averiguar dónde está —dijo él—. Tu hermana tiene que demostrar que no ha escapado.

Claire bebió otro sorbo de refresco y dejó la botella en el mostrador antes de contestar.

—No lo comprendo. Mi hermana me ha dicho que no sabe dónde está el dinero. No se han encontrado pruebas de que ella lo tenga o sepa dónde está. En ese caso, ¿por qué no puede hacer lo que quiera? ¿Cómo puede el

fiscal del distrito tenerla vigilada sin contar con prueba alguna de su culpabilidad?

—Las pruebas circunstanciales son suficientes para hacerlos seguir investigando.

—No sé cómo podría yo averiguar dónde está. Tampoco veo razón para tener que hacerlo. En mi opinión, lo que a Jenn le pasa es, ni más ni menos, lo típico que le pasa ajenn.

No podía obligarla a que intentase descubrir el paradero de su hermana, pero no conocía otro motivo por el que podía seguir en contacto con Claire. Para verla, necesitaba mantener aquella situación.

—Yo podría ayudarte... si quieres.

Claire frunció el ceño.

—Si el fiscal del distrito no puede encontrarla, ¿por qué tú sí podrías?

—Porque, mientras trabajaba para el fiscal, era un agente de policía y tenía que seguir ciertas reglas. Trabajando por mí mismo, puedo enfocar la investigación de forma diferente.

—¿Con métodos ilegales?

—Diferentes.

Claire sonrió.

—No creo que pueda pagarte.

—Gratis. Ya te lo he dicho, sé lo que estás pasando —dijo Quinn.

Jamás había visto un azul de ojos tan azul y brillante como el de Claire.

—Un investigador privado con corazón, ¿eh? —dijo ella.

—No somos tan duros como nos ponen en los programas de televisión. Me metí en este negocio para ayudar a los inocentes y a los necesitados.

—Porque tú mismo te has encontrado en esa situación.

Quinn no respondió, pero ella pareció leer la respuesta en sus ojos.

—¿Qué te pasó?

—No quiero hablar de eso. Lo superé. Digamos que no quiero que te ocurra lo que me ocurrió a mí.

«Y también quiero ver lo que podría haber entre los dos».

Claire se bajó del taburete, con el resfresco en la mano.

—He buscado tu empresa en las páginas web y en las páginas amarillas, no la he encontrado.

—Conseguimos nuestros clientes por recomendación de otros, y por buena reputación —Quinn se acercó a ella—. Éscucha, Claire, este asunto también me interesa personalmente; se trata de mi reputación personal. Perdí a tu hermana, ella se escapó cuando yo la estaba vigilando. Es la primera vez que me pasa. Soy bueno en mi trabajo, muy bueno, y no quiero que esto quede así.

—Lo que quieres es demostrar que mi hermana es culpable.

—Quiero salvar mi reputación y quiero evitar que te hagan daño a ti. Lo que le ocurra a tu hermana dependerá de si es culpable o no, no de si la encontramos o no.

Claire le sostuvo la mirada con firmeza. Necesitaba creer en él, Quinn lo comprendía. La encontró increíblemente atractiva.

Era demasiado tarde para no involucrarse personalmente con esa mujer. Quería deslizar las manos por debajo de la camiseta de ella y acariciar su cálida piel. Quería que Claire le rodeara el cuello con los brazos. Estaba seguro de que se entregaría completamente al beso.

Quizá debiera poner a prueba su teoría...

## Capítulo 5

Claire olvidó de qué estaban hablando. Era algo referente ajenn...

Le gustaba ese hombre físicamente; le gustaban sus rasgos marcados y sus ojos color ámbar. Y le gustaba su lógica y su tranquilidad. Lo creyó cuando dijo que sabía lo que ella estaba pasando. Si le permitía ayudarla, tendría muchas más posibilidades de encontrar a su hermana... si quería hacerlo.

Pero eso también conllevaba problemas. En primer lugar, la atraía ese hombre y temía que su atracción por él aumentaría con el contacto. En segundo lugar, si lograban encontrar ajenn, cabía la posibilidad de que su hermana acabara en la cárcel. ¿Podría superar el sentimiento de culpa que eso le produciría?

Tenía que tener cuidado de no acabar enamorándose...

No. Estaba harta de tener cuidado con todo. Quería besarlo y que él la besara. Abrazarlo y que él la abrazara. Tener un compañero. ¿Por qué no podía enamorarse de él? ¿Por qué no podían enamorarse ambos?

Sabía el porqué. Era porque él creía en la culpabilidad de Jenn y ella creía en la inocencia de su hermana; al menos, a lo que el dinero de Beecham se refería. Jenn podía querer la luna, pero jamás robaría.

—Claire.

La voz de Quinn la sacó de su ensimismamiento.

—De acuerdo, colaboraremos —respondió ella.

Con repentina claridad, Claire se dio cuenta de que él la necesitaba. Ese hombre era demasiado serio, necesitaba diversión en su vida, necesitaba sonreír más. Ella podía ayudarlo.

—¿Cuándo quieres que empecemos? —le preguntó Quinn.

—Supongo que mi horario es más flexible que el tuyo —respondió Claire—. Lo dejo a tu elección.

«¿Mañana, cuando esté más presentable que hoy?».

—¿Ahora? —sugirió él.

Claire contuvo un suspiro.

—Bien. ¿Por dónde empezamos?

—Por la habitación de Jennifer.

Claire lo condujo escaleras arriba, Rase los sobrepasó y se quedó esperándolos en el descansillo.

—¿Tienes las llaves de su coche? —preguntó Quinn un poco antes de alcanzar el final de las escaleras.

—No. ¿Crees que ha escondido algo ahí?

—Es posible.

Antes de entrar en la habitación, Claire dijo:

—Necesito que me prometas una cosa.

—¿Qué?

—Si en algún momento decidiera que cesáramos la búsqueda de mi hermana, tienes que prometerme que lo aceptarás.

—No me pongas condiciones, Claire. Este es mi trabajo, me gano la vida haciendo esto. Por supuesto, respetaré tus deseos, si puedo. Pero eso es lo máximo que puedo prometerte. Si no lo aceptas, será mejor que paremos aquí y ahora.

Los motivos de Claire para continuar se debían principalmente a la atracción que sentía por Quinn. No iba a arriesgarse a que ese hombre desapareciera de su vida para siempre.

—De acuerdo —dijo ella abriendo la puerta del dormitorio de Jenn.

Claire se avergonzó del estado caótico en que Jenn había dejado la habitación: la cama sin hacer y ropa tirada por todas partes.

Claire se quedó quieta mientras Quinn rebuscaba entre las pertenencias de Jenn.

—¿Tiene un ordenador? —preguntó él.

—Un portátil. Pero se lo ha llevado.

Quinn abrió todos los cajones y miró hasta debajo de la cama. También miró detrás de los tres retratos enmarcados que Jenn tenía del matrimonio entre el príncipe Charles de Gran Bretaña y la princesa Diana.

Jenn no tenía muchos libros, pero Quinn los examinó todos. Dentro de uno de los libros había un par de CD ROM.

Claire le miró a los ojos.

—Voy al coche a por mi ordenador portátil —dijo Quinn.

Claire esperó a que Quinn saliera; entonces, agarró todos los papeles que él había tirado en la cama y bajó al piso inferior mientras, por primera vez, consideraba la posibilidad de que su hermana fuera culpable de algo.

Quinn puso el ordenador encima de la mesa de comedor. Claire ya había dejado los papeles en mitad de la mesa y ahora estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

Recuerdos del pasado lo asaltaron: hombres sacando cajas llenas de papeles del dormitorio de sus padres, del despacho de su padre e incluso del garaje. Él estaba como Claire estaba en ese momento, asustado y vulnerable, sin saber qué encontrarían esos hombres y sin siquiera saber qué estaban buscando. Había tratado de detenerlos. Su madre le ordenó que fuera a su habitación y que no saliera de allí hasta que los hombres se marcharan. Él se había negado. Después, no lo dejaron entrar en su propia habitación cuando también la registraron. Nadie le dio una explicación, ni siquiera su madre.

Él no iba a dejar a Claire en la oscuridad. Lo que encontrara lo compartiría con ella.

Quinn puso dos sillas juntas y la invitó a sentarse. Claire aceptó el asiento que él le ofreció a su lado.

—Es mejor conocer la situación que especular sobre las posibilidades —dijo él.

—Es posible.

—Lo es, créeme —Quinn le dio un apretón de manos para animarla—. ¿Lista?

Ella asintió.

Quinn metió el primer CD ROM en el ordenador. Claire se acercó a él para intentar ver mejor la pantalla y pegó el hombro a su brazo, y no se apartó. Él tampoco.

Quinn volvió la cabeza y la miró. Ella clavó los ojos en los suyos. Deseaba besarla; pero claro, no podía. No debía. Era demasiado pronto. Apenas se conocían. Se pondrían nerviosos.

Quinn miró a la boca de ella. Los labios estaban ligeramente entreabiertos.

No podía. Apartó la mirada y trató de fijarla en la pantalla. No debía.

Claire se apartó lo suficiente para no rozarlo, pero seguía tan cerca que aún podía sentir el calor de su cuerpo.

—Claire...

—¿Qué? —respondió ella en voz más alta que de costumbre.

¿Emoción? ¿Qué tipo de emoción? Le estaba dando demasiadas vueltas. No podía besarla.

No debía.

¡Qué demonios!

Quinn se volvió, le tomó el rostro con las manos, esperó un par de segundos y entonces la besó. Y Claire también lo besó y lanzó un gemido de placer. Pero cuando ella le puso las manos en el pecho y empezó a subirlas, antes de que pudiera rodearle el cuello con los brazos, él se apartó.

No iba a disculparse por algo que, evidentemente, Claire deseaba tanto como él. El problema era que él tenía sus reglas y acababa de romper una de ellas.

—Bueno, ya nos hemos quitado eso de encima —dijo Quinn al cabo de un minuto.

Claire, sonriendo, apoyó el rostro en su brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Quinn.

—Éres gracioso.

¿Qué era gracioso? Nadie lo había considerado gracioso nunca. Ladeó la cabeza para poder ver el rostro de Claire.

—Si tú lo dices.

Ella continuó sonriendo y luego, con un visible esfuerzo, trató de ponerse seria.

—Bueno, ¿nos quitamos esto de encima? —dijo Claire señalando el ordenador.

Quinn empezó a examinar el CD. Parecía contener...

—Música —dijo Claire—. Los nombres de los archivos son títulos de canciones.

Quinn abrió un archivo. Una canción empezó a sonar. Al momento, sintió el alivio de Claire.

—Lo más seguro es que bajara las canciones ilegalmente, por eso ha debido esconder los CD —dijo él.

Quinn abrió un archivo y luego otro. Abrió todos los archivos del primer CD y luego examinó el segundo. Lo mismo.

Examinaron los papeles: recibos de los dos últimos meses que incluían el coche, cartas del banco, listas de cosas que hacer, algunas cosas tachadas, cosas para comprar. Ninguna pista de su actual paradero ni de los planes que tenía. Ninguna información sobre hoteles o billetes de vuelos. No encontraron nombres de amigos o compañeros de trabajo. Si Jenn tenía una agenda, la tenía consigo.

—Vamos al garaje a examinar el coche. ¿Tiene alarma?

Claire asintió con la cabeza; luego, le puso una mano en el brazo brevemente.

—¿Tienes hambre? Ayer preparé una sopa de arroz con pollo. Podría ponerla a calentar mientras examinamos el garaje.

—Estupendo.

Mientras Claire ponía la cacerola en el fuego, él le preguntó:

—¿Cómo es que tienes tan buena relación con la madre de Jennifer?

—Mis padres tenían muy buena relación con Marie— ríe. Yo pasaba tanto tiempo en su casa como Jenn aquí. Cuando Marie se quedó embarazada de Jenn, mi padre le pidió que se casara con él; pero ella lo rechazó, le dijo que acabarían divorciándose. Lo más probable es que tuviera razón. Marie jamás puso obstáculos a la relación de mi padre con su otra hija, y mi madre la aceptó y la quiso mucho.

—¿A quién, a Marie o a Jenn?

Claire sonrió.

—A las dos. Uno no puede evitar querer a Marie.

—Pero Jenn era más difícil, ¿no?

—Sí, en todos los sentidos. Nunca se sentía satisfecha, todo le parecía poco.

Claire podía haber salido de la cocina pasando por su lado; sin embargo, le puso una mano en la espalda y se la acarició unos segundos antes de decir:

—Bueno, vamos.

El gesto posesivo lo complació y lo preocupó simultáneamente. Le gustaba que se sintiera cómoda en su presencia, pero lo preocupaba que esperase más de lo que él estaba dispuesto a dar.

Quinn la siguió, con Rase en la cocina ladrando porque lo hubieran dejado allí encerrado.

—¿Tiene muchos amigos? —preguntó Quinn.

—¿Jenn? Sí. Aunque no tiene amigos de hace años. Mi hermana sólo hace amigos con la gente que le interesa; cuando deja de interesarle, los deja.

—¿Qué sabes sobre Craig Beecham?

—Lo vi en el juicio. Jenn había vivido con él durante un año; durante ese tiempo, yo no la vi mucho. Sólo por Navidad. Luego, mis padres murieron y a la semana de eso arrestaron a Craig. Jenn no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Claire pulso las teclas del número de la alarma para entrar en el garaje.

—Deberías taparte con la otra mano para evitar que alguien vea el número que estás tecleando —dijo él.

—Tu trabajo te debe de crear mucha paranoia —dijo Claire apretando la tecla de apertura.

Podía tener razón, pensó Quinn.

—¿Cómo estaba tu hermana durante el juicio? —preguntó Quinn—. ¿Intentó hablar con él?

—Sí. También fue a visitarle a la cárcel.

—¿Sabía que él era culpable?

La puerta del garaje se abrió, el coche rojo apareció a la vista.

—Jenn no me ha dicho nada al respecto.

—¿La llamaron como testigo?

—Sí. Y dijo que no sabía nada del negocio de Craig ni del dinero.

Quinn iba a pedir una copia de las transcripciones del juicio.

El coche estaba cerrado con llave y una luz roja intermitente en el panel del coche indicó que la alarma estaba conectada.

—¿Puedes abrir evitando que suene la alarma? —preguntó Claire.

—Lo dudo, pero conozco a una persona que sabe hacerlo. Si me das permiso...

—Quiero acabar con este asunto lo antes posible.

—Bien.

—Aunque no es mi coche —observó ella—. Por lo tanto, ¿tiene importancia que yo dé permiso o no?

—El coche está dentro de tu propiedad, suficiente para mí —ésa era la línea divisoria entre lo legal y lo ilegal que Quinn traspasaba a veces.

Volvieron a la casa. Mientras ella servía la sopa, él fue al comedor a llamar a uno de sus operarios.

—James Paladín —dijo una voz al otro lado de la línea.

—Jamey, soy Quinn. ¿Podrías venir a abrirme un coche?

—Una proposición que no me hacen todos los días. ¿No podría esperar a mañana? Tengo tres entrevistas y luego mi primera cita con una mujer desde hace cuatro meses.

—Sí, puede esperar a mañana. No creo que el coche vaya a desaparecer

—Quinn le dio la dirección a James—, ¿Te parece bien mañana a las diez de la mañana?

—Ahí estaré.

Claire llegó con los platos con la sopa justo cuando él colgó. También llevó una cesta con pan, mantequilla y té con hielo. Cuando se sentaron, Rase intentó tumbarse en los pies de Quinn.

—No le has enseñado a tu perro buenos modales —dijo Quinn llevando al perro a la cesta que tenía para dormir.

—Lo he intentado, pero es imposible.

—Claro que no es imposible —dijo Quinn volviendo a sentarse—. Lo único que tienes que hacer es dejar bien sentado que tú eres la jefa.

Claire sonrió.

—Dime, ¿como es que tu amigo sabe cómo evitar que suenen las alarmas de los coches?

—Es algo que ha aprendido con los años. Jamey ha trabajado durante veinte años buscando delincuentes por encargo de la policía, y también ha trabajado para una empresa dedicada a recuperar coches cuyos compradores no pagaban las letras.

—¿Y ahora trabaja en tu empresa?

—La sopa está estupenda, gracias —no sólo estaba buena, sino que tenía mucho sabor para ser una sopa de pollo—. Es uno de los investigadores que he contratado. La otra es Cassie Miranda, que antes trabajaba haciendo labores de investigación en un despacho de abogados.

—Así que sois una empresa de tres personas, ¿no?

—Con el respaldo de la oficina de Los Angeles, que es mucho más grande, supongo que creceremos. Y también tenemos otros tres operarios de apoyo.

—¿Qué es lo que hace que tu empresa sea tan exclusiva?

—Los tres socios que la fundaron lo hicieron con una idea muy clara del mercado que querían. Tenían contactos para empezar, pero su buena reputación les fue abriendo muchas puertas —Quinn se interrumpió para untar mantequilla en el pan.

Quinn observó a Claire mientras comían. Aunque Claire no tenía tantas curvas como su hermana, a él le parecía más atractiva. Quizá se debiera a su aspecto sano y a la sencillez de su maquillaje. Tenía el cuello delgado, la piel pálida y pecas en las mejillas y en los brazos.

—¿Trabajas los sábados? —preguntó ella.

Quinn se dio cuenta de que había estado sosteniendo la cuchara junto a la boca sin comer.

—Sólo cuando las circunstancias lo requieren. Nos tomamos el día libre cuando podemos, pero no ocurre con frecuencia.

—¿Este asunto te está impidiendo que te encargues de otros trabajos?

A Quinn nunca le faltaba trabajo. Nunca.

—Pueden esperar un poco. De todos modos, no voy a dedicar todo mi tiempo a buscar a Jenn —Quinn se inclinó hacia ella—. Claire, sé que quieres participar, pero tienes que dejar que yo lleve la investigación.

Ella dejó la cuchara en el plato con expresión reflexiva.

—¿Quieres decir que no debo hacer nada sin consultarte a ti primero?

—Exacto.

—¿Harás tú lo mismo?

—Estoy más preparado que tú para dirigir una investigación y saber que es lo que hay que hacer.

—No —dijo ella con firmeza—. La verdad es que no quiero hacer esto; pero si voy a hacerlo, será como socia, en igualdad de condiciones.

—Compartiremos los resultados.

—Quieres decir que me harás partícipe de los resultados. Como yo no puedo investigar por mí misma, no podré hacerte partícipe de los resultados a los que me lleve mi investigación.

—Harás llamadas telefónicas desde aquí.

—Fantástico —dijo Claire irónicamente al tiempo que se cruzaba de brazos—. De eso nada, señor Gerard. O trabajamos en condiciones de igualdad o no trabajamos juntos. Dejaremos que se hunda o salga a flote por sí misma, que, en cualquier caso, es lo que yo prefiero.

Quinn titubeó un momento.

—Estamos tan metidos en esto que ya no podemos echarnos atrás —dijo él por fin. Y no dispondría del tiempo que necesitaba para estar con Claire—. Ven conmigo.

Quinn la llevó hasta la ventana apoyando una mano en su hombro. Desde la ventana, señaló un punto en la calle.

—¿Ves esa furgoneta pequeña blanca? —Sí.

—Cuando yo empecé con mi trabajo de vigilar a tu hermana, el tipo que conduce esa furgoneta ya estaba vigilando tu casa.

—¿Quién es?

—No lo sé. Sospecho que sea alguien que tenga que ver con Beecham. Los de la oficina del fiscal, por el número de matrícula, vieron que el coche estaba registrado a nombre de una mujer que murió el año pasado. Para despistar, incluso han puesto una sillita de niño en el asiento trasero.

—¿No pueden arrestarlo?

—El coche no aparece como robado. La policía podría hablar con él y hacerle que se marchara, pero volvería y tendría más cuidado al esconderse. Al menos, de este modo se sabe dónde está. Si lo que quiere es pasar desapercibido lo está haciendo muy mal. Hoy ha venido cuando estábamos en la habitación de Jenn.

—¿Crees que está buscando a Jenn?

—Estoy noventa y nueve por ciento seguro de ello.

Claire lo miró con expresión incisiva.

—¿Por eso es por lo que crees que mi hermana es culpable, porque alguien la está siguiendo?

—O alguien la está siguiendo porque hay personas que piensan que es culpable.

—Si lleva tiempo vigilando la casa, debe de saber que Jenn ya no está aquí.

—Pero ha visto el coche en el garaje —Quinn la vio tragar saliva. No quería hacer que se preocupara, pero Claire tenía que saber qué estaba pasando a su alrededor—. Me parece que tu hermana nos ha dado esquinazo a todos, quizá sea por eso por lo que ha dejado el coche. Es posible que se marchara a pie para evitar que ese individuo la viera; ya te había mandado a ti de avanzadilla, pensando que ese tipo y también yo te seguiríamos. Cuando te seguí hasta el banco de donación de sangre, ese tipo ya estaba vigilando tu casa y pensó que tú eras Jenn.

—¿También me siguió?

—No, y me pareció raro en ese momento, pero no podía vigilarlo a él y seguirte a ti al mismo tiempo. Después, dejé de pensar en el asunto porque, al volver, el tipo ya no estaba. No sé si ha seguido vigilando la casa durante la última semana porque no he estado por aquí.

—Si supiera que Jenn no está, no vigilaría la casa, ¿no te parece?

—Puede que lo sepa, pero que esté esperando a que vuelva.

Quinn le puso las manos en los hombros a Claire, el cuerpo de ésta estaba rígido.

Claire lo miró a los ojos.

—Ojalá no supiera que ese hombre está ahí vigilando.

—Saber es poder.

—Yo soy una simple maestra. Llevo una vida honesta y sencilla. ¿Por qué me está pasando esto?

—Porque tu hermana no es como tú.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

Quinn advirtió tensión en la voz de ella. ¿Estaba enfadada con su hermana? ¿Tenía miedo?

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

—¿Qué quieres que haga, Claire? —preguntó Quinn esperando una respuesta sincera—, ¿Qué puedo hacer para que te sientas a salvo?

Claire no titubeó ni un segundo.

—Múdate a mi casa.

## Capítulo 6

**S**orprendida por sus propias palabras, Claire se apartó de él. No necesitaba un guardaespaldas, simplemente quería que Quinn se quedara. Él la había besado y quería más.

El silencio era incómodo. Claire se dio cuenta inmediatamente de que tenía que fingir que había sido una broma. Recogió los platos sucios y los llevó a la cocina.

—No te asustes, estaba bromeando —dijo ella.

Quinn la siguió con la cesta del pan y la mantequilla.

—No te dejaría sola si pensara que corres peligro, Claire.

—Repito, ha sido una broma —le había proporcionado una excusa para quedarse y Quinn la había rechazado—. No obstante, ¿cómo estás tan seguro de que no corro peligro?

—Experiencia e intuición. Pero si quieres, podemos hacer una prueba.

—¿Qué prueba?

—Nos vamos a dar un paseo en coche. Si nos sigue, me trasladaré a tu casa durante unos días, si es que eso te hace sentir más segura. Si no nos sigue, es porque piensa que Jenn está todavía por aquí o que, si no está, va a volver. Lo único que parece estar haciendo es vigilar.

Claire metió los platos en el lavavajillas y metió el resto de la sopa en la nevera. Se sentía avergonzada. ¿Por qué había dicho una cosa así? Apenas lo conocía. Lo único que sabía era que se sentía atraída hacia él.

Y esperaba que la furgoneta les siguiera.

—¿Adonde vamos a ir? —preguntó Claire.

—A ningún sitio en particular, vamos a dar un paseo en coche.

—¿Puedo darme una ducha y cambiarme de ropa antes de salir?

—Sí, claro. Yo aún tengo algo de trabajo, así que no corras.

Claire no corrió escaleras arriba ni tardó más que de costumbre en ducharse y vestirse, aunque sí se puso un poco de perfume en las muñecas y en el cuello. Y no dejó de pensar en él ni un segundo. Estaba obsesionada.

Claire hizo un esfuerzo por respirar a un ritmo normal mientras bajaba las escaleras enfundada en unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga.

—Ya estoy lista —dijo casi sin respiración.

—¿Vas a dejar a Rase en el jardín mientras estamos fuera? —preguntó él.

Claire se sintió algo desilusionada, no le habría importado otro beso ahora que estaba limpia.

—Hay una abertura en la puerta para que salga cuando quiera.

—En ese caso, vámonos.

Imitando a Quinn, Claire evitó mirar al conductor de la furgoneta cuando se marcharon. Pero... ¿no debería ser capaz de identificarlo si se cruzaba con él por la calle?

Le hizo la pregunta a Quinn.

—Tengo una foto de él, te traeré una copia.

Cuando el coche pasó a la furgoneta y siguió, Claire miró por el espejo retrovisor.

La furgoneta no los siguió.

Quinn y Claire volvieron a casa de ésta una hora más tarde, después de dar un paseo por la ciudad y de pararse a tomar unos helados. La furgoneta ya no estaba.

—Voy a ocuparme de un par de cosas y, antes de marcharme, pasaré a tu casa para hablar contigo un momento —dijo Quinn mientras ella abría la portezuela del coche.

—De acuerdo.

Desde el coche observó a Claire entrar en su casa. Después, recorrió la calle examinando los vehículos. Prestó especial atención a dos furgonetas de reparto que podían ser utilizadas fácilmente para vigilancia. Se fijó en los nombres de los negocios que aparecían en las furgonetas, ambos nombres aparecían en las páginas amarillas. No vio ningún coche ocupado.

¿Dónde estaba el tipo de la furgoneta blanca? A Quinn lo preocupaba más su ausencia que el hecho de que estuviera vigilando la casa. Quizá hubiera recurrido a algún truco, quizá hubiera enviado otro coche a que los siguiera.

No, nadie los había seguido. Estaba seguro.

Y desilusionado. Le habría gustado tener una disculpa para quedarse...

Llamó a la puerta de Claire. Podría haberse despedido simplemente, pero entró en la casa.

—Siéntate —le ordenó a Rase.

El perro le miró.

—Siéntate —repitió Quinn.

—¿Quieres un perro, barato? —preguntó Claire, exasperada al ver que el perro se había sentado.

—Insiste. Si no estoy aquí, tu perro acabará obedeciéndote.

—Marie ha dejado un mensaje —dijo Claire cerrando la puerta.

—¿Ha tenido noticias de tu hermana?

—No —Claire entrelazó los dedos— Ha dicho que te diga que vas a intentar resistirte a lo que te va a pasar, pero que no lo hagas. Ha dicho que tienes que enfrentarte a ello. Y que es ahora o nunca.

Quinn reprimió dejar claro su desprecio por semejantes tonterías.

—Bien. Bueno, escucha, la furgoneta no está y no veo a nadie merodeando por aquí. Sé cautelosa, pero no te preocupes, ¿de acuerdo? Nadie te ha molestado hasta ahora, así que no creo que vayan a hacerlo. Volveré mañana por la mañana con Jamey.

Claire le puso una mano en el brazo.

—Gracias por el helado.

Quinn le cubrió la mano con la suya, sujetándola en su brazo. Se sostuvieron la mirada. El deseo de besarla era sobrecogedor.

Ella se estaba convirtiendo en una complicación.

—¿Tienes miedo? —preguntó él.

—¿De ti?

No, no se había referido a eso. Se había referido a estar sola, a temer estar en peligro por causa de Jenn. No obstante, quizá Claire viera las

cosas con más claridad que él. ¿Representaba un peligro para ella, para su pacífica existencia?

Era muy probable que Claire fuera quien suponía un peligro para la tranquila existencia de él.

—Jamás he tenido menos miedo de nadie —dijo Claire tomándole las manos—. Estoy completamente segura de que jamás me harías daño.

Quinn sintió una enorme responsabilidad sobre los hombros.

—Quizá deberíamos establecer unas reglas respecto a esta atracción —dijo Quinn, retrocediendo.

—¿Lo dices en serio?

¿Estaba Claire irritada o divertida?

—Hoy nos hemos excedido.

—Sí. Pero... ¿qué reglas podríamos poner?

—No tengo ni idea.

Claire se echó a reír.

—Ya he incumplido una de mis reglas por ti —dijo él.

—¿En serio? —Claire ladeó la cabeza, sus ojos brillaron—, ¿Qué regla?

—Nunca te involucres con una denta. Ni con un objeto de investigación. Ni con una compañera de trabajo.

—Yo no entro en ninguna de esas categorías.

—Estamos trabajando juntos.

—Estamos trabajando juntos para alcanzar un objetivo común. ¿Tienes otras reglas?

—Sí.

—¿No quieres decirme cuáles son?

Quinn sacudió la cabeza.

—¿Cómo voy a saber si incumplo una regla o no si no sé cuáles son las reglas? —preguntó ella.

—Te lo diré si lo haces.

—Ah, ya veo, se trata de las reglas ocultas. De acuerdo, lo que tú quieras. Pero yo también tengo mis reglas, aunque las mías están

mecanografiadas y colgadas en las paredes para que todo el mundo pueda verlas.

Como Quinn se moría de ganas de besarla, cruzó los brazos a modo de barrera entre los dos.

—¿Qué reglas son ésas?

—Ven, te las enseñaré.

Quinn la siguió a una habitación que ella utilizaba como estudio. En una de las paredes había una lista enmarcada: *Las Reglas de los Maestros*.

Quinn leyó en voz alta la primera de las reglas:

—«Todos los días, los maestros limpiarán las chimeneas y llenarán las lámparas. Cada maestro traerá un cubo de agua y una ración de carbón para la sesión diaria». ¿Cuándo escribieron esto?

—En mil ochocientos setenta y dos.

Quinn siguió leyendo el resto de la lista. Al llegar a la regla seis...

—«Las maestras que se casen o que se conduzcan de forma inapropiada serán despedidas». ¿Lo ves? Si seguimos ciertas reglas respecto a nuestra atracción evitaremos que te despidan.

—Tus reglas me parecen tan relevantes como éstas —dijo ella con una sonrisa—. Me parece que no deberías resistirte, Quinn.

Quinn sabía perfectamente qué era lo que ella estaba diciendo.

—Regla número uno, Claire: «Nadie sale mal parado».

—En realidad, ésa es la regla número dos. Y nadie puede asegurar una cosa así.

Quinn no había esperado que Claire fuera tan obstinada. Se estaban poniendo demasiado serios.

—¿Tienes miedo de estar sola en tu casa? —preguntó Quinn en un esfuerzo por cambiar de conversación.

Transcurrieron unos segundos.

—No, estoy bien.

—¿Me llamarás si pasa algo?

—Por supuesto.

—Si tienes noticias dejenn...

—Te llamaré.

Claire pareció quedarse a la expectativa, probablemente esperaba un beso de despedida. Maldición.

Quinn salió de la estancia y se dirigió a la puerta.

—Hasta mañana —dijo ella a sus espaldas.

—Vendré antes que Jamey.

—De acuerdo.

Quinn se marchó. Tenía cosas que hacer en la oficina: preparar una petición de la transcripción de la declaración de Craig Beecham en el juicio, llamar a la cárcel donde estaba para obtener permiso para visitarlo, archivar unos informes referentes a unos casos en los que estaban trabajando.

No le apetecía hacer nada de eso.

Fue a casa en vez de a la oficina. Dejó el coche que utilizaba para trabajar en el aparcamiento del sótano, al lado del Corvette; después, subió las escaleras hasta su moderno ático de dos pisos en el edificio que antiguamente era un almacén. Lo había decorado a su gusto, desde el sofá y los sillones de cuero negro hasta las mesas de cristal y cromo, y la cocina de acero inoxidable y granito. Todo ello salpicado de azul en alfombras, cojines y figurillas de cristal. Todo estaba limpio y ordenado. Todo estaba en su sitio.

Unos ventanales del suelo al techo daban a un patio interior que Quinn compartía con los otros dueños del edificio, pero casi nunca utilizaba ese espacio y no sabía casi nada de sus vecinos. Estaba acostumbrado a estar solo. Le gustaba. Nunca se sentía solo. Estar solo era distinto a sentirse solo.

Claire era la clase de persona que se sentiría sola si pasaba mucho tiempo sola.

Agarró una cerveza de la nevera, encendió el ordenador e imprimió una foto del conductor de la furgoneta, según le había prometido a Claire. A continuación, volvió a leer los informes que él había escrito mientras vigilaba a Jenn, también leyó los informes del fiscal.

Buscó en Internet artículos de periódico referentes al juicio, que había concluido hacía un mes con la condena de Beecham. Se trataba de un caso sencillo. Beecham era un broker que había robado a sus inversores cinco millones de dólares durante un periodo de seis años. La mayoría de sus

clientes eran ancianos, muchos de ellos habían fallecido, y a los herederos les habían mostrado papeles falsos.

También había robado a personas aún vivas, pero en cantidades menores.

Se suponía que tenía el dinero en Suiza, aunque no se había negado ciertos lujos. Su casa, en la que había vivido Jenn, valía dos millones de dólares. Se había vendido, pero los beneficios de su venta habían ido a parar a los abogados, no a las personas a las que había robado.

Beecham era metódico y ambicioso. Jenn Winston le parecía hecha para él. Claire, por supuesto, se mostraría contraria a su opinión.

De repente, sintió necesidad de salir de la casa.

Agarró una vieja chaqueta de cuero y se la puso. El teléfono móvil sonó en el momento en que estaba apagando las luces. Era Claire.

—He hablado con Marie —dijo ella después de saludarlo—. Me dijo que Jenn tenía que enviarle un cheque.

Quinn enderezó los hombros.

—¿Lo va a enviar por correo?

—Eso es lo que supone Marie.

—¿Podrías conseguir ver el sobre cuando Marie lo tenga en su poder, para examinar el sello?

—No sin decirle a Marie lo que pasa. No tengo por costumbre aparecer en su casa.

—En ese caso, ¿para qué me llamas?

—Te he llamado porque Marie siente una conexión especial contigo. Si fuera a verla como diente... —Claire se interrumpió y suspiró— No puedo creer lo que estoy diciendo.

—¿Quieres que vaya a husmear a casa de Marie?

—Bueno, ella trabaja fuera de casa. Deja el correo encima del mostrador de la cocina, al lado de la nevera. Oye, quiero demostrar que mi hermana es inocente. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para demostrártelo.

—¿Incluso sugerirme que viole la intimidad de Mane?

—Sí, si es necesario. Y esto me parece necesario.

Quinn sacó un papel y un bolígrafo de un cajón de la cocina.

—Dame la dirección y el teléfono.

Claire así lo hizo, luego dijo:

—El hecho de que vayas a verla no significa que Marie crea que tú crees que tiene poderes de adivinación. Tendrás que convencerla. No se le escapan los escépticos.

Quinn había representado tantos y tan variados papeles durante los últimos diez años que estaba convencido de merecerse un Oscar.

—Gracias por el consejo, y por la información.

—Bien. Hasta mañana por la mañana.

Después de colgar, Quinn se quedó mirando la dirección de Marie y el teléfono. Poderes. Ya. Había dicho que el pasado iba a darle alcance. Todo el mundo tenía un pasado.

## Capítulo 7

Claire acababa de ponerle a Quinn una taza de café cuando Jamey Paladin llegó. Era de la misma altura que Quinn, algo mayor, más ancho y musculoso, con cabello más largo que Quinn y simpáticos ojos verdes. Su presencia, menos intimidante, ayudó a calmarle los nervios.

Quinn no le había dado un beso de buenos días. Suponía que él había decidido cumplir esas reglas suyas que no tenían sentido.

—¿Puede abrir el coche sin que se dispare la alarma? —le preguntó a Jamey al salir de la casa.

—Lo intentaré.

Ella lo miró asustada, él sonrió traviesamente.

—No se preocupe, nadie va a oír nada.

Claire tecleó la clave para abrir el garaje. La puerta empezó a levantarse...

—No está —dijo ella perpleja—. El coche... no está.

—¿No ha oído nada durante la noche? —le preguntó Jamey adentrándose en el garaje.

—Nada. Rase... El perro no ha ladrado, y lo oye todo. Absolutamente todo.

Claire volvió el rostro y clavó los ojos en Quinn.

—Si Jenn ha sacado el coche, significa que aún está aquí, en la ciudad.

—Si ha sido ella quien ha sacado el coche, cosa que no sabemos.

—¿Qué otra persona puede haberlo hecho?

—¿Su madre?

—Marie no tiene las llaves. Además, cuando le preguntó a Jenn si podía utilizar el coche, ésta le contestó que no.

—No parece que hayan forzado la entrada —dijo Jamey—. ¿Está segura de que lo sacaron anoche?

—Ayer estaba aquí. Los dos lo vimos —respondió Claire.

—Pero estuvimos fuera durante una hora —le recordó Quinn—. Y cuando volvimos, la furgoneta ya no estaba; cosa que nos pareció extraña. En cuanto a que no has oído a Rase ladrar podría deberse a que no se han llevado el coche durante la noche.

Confusa, Claire se apartó el pelo de la cara y miró al suelo.

—¿Cómo ha podido alguien entrar en el garaje y llevarse el coche sin forzar la entrada?

—Es posible que el tipo de la furgoneta tuviera prismáticos y te viera teclear los números para abrir la puerta del garaje.

Quinn le estaba recordando la advertencia del día anterior. En el momento, a ella la actitud de Quinn le había parecido algo paranoica.

—De todos modos, además de forzar la puerta del garaje ha tenido que abrir el coche sin que se disparase la alarma y hacer una conexión con los cables para llevarse el coche sin tener las llaves.

—Cosa que no es demasiado difícil —dijo Jamey—, ¿Qué había dentro del coche?

—Esperábamos encontrar pistas —respondió Claire—, y quizá algo más, quizá dinero. ¿Deberíamos denunciar el coche como robado?

Claire miró a Quinn esperando una respuesta, pero sabía que iba a llamar a la policía, al margen de lo que Quinn pudiera opinar.

—Sí, vamos a denunciar el robo del coche.

Jamey se marchó. Ella y Quinn volvieron a la casa y buscaron entre los papeles la marca, el modelo y el número de matrícula del coche. Después, Quinn llamó a la policía y habló con alguien a quien parecía conocer personalmente.

Claire no sabía qué pensar. ¿Había sido Jenn quien se había llevado el coche? Y si había sido ella, ¿por qué esperar tanto tiempo? ¿Por qué no antes?

Quinn terminó su conversación y se metió el móvil en el bolsillo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

Sí, estaba bien.

—Es todo este misterio... Supongo que, antes o después, nos enteraremos de qué está pasando. Por otra parte, si se mira por el lado bueno, por fin tengo el garaje para mí sola.

—Exacto. Creo que el siguiente paso es ir a la cárcel a hacerle una visita a Beecham para ver qué tiene que decir al respecto. Yo podría ir solo...

—Me gustaría ir también —la sorprendió lo que acababa de decir.

Hasta la desaparición del coche, tenía curiosidad por saber dónde estaba Jenn, pero no estaba preocupada por ella. Ahora, esa curiosidad se había transformado en preocupación.

—¿Crees que hablará con nosotros? —añadió Claire.

—A veces, a los delincuentes les gusta presumir de sus proezas. No es que digan nada en concreto, pero hablan de sí mismos en sentido hipotético. Voy a solicitar permiso para ir a visitarlo —Quinn apretó la mandíbula—. Claire, Beecham no está en una cárcel de alta seguridad, pero si nunca has ido a una cárcel...

—¿Desconcertante?

—Eso es ponerlo muy suave.

—No te preocupes, no me va a pasar nada.

Quinn le sostuvo la mirada unos segundos y luego asintió.

—Sí, supongo que no te va a pasar nada. Bueno, por el momento no hay nada más que hacer. Los de la comisaría van a enviar un policía para registrar el garaje, así que no metas tu coche todavía, espera a que lo registren y se vayan.

Claire quería pedirle que se quedara, pero no se le ocurrió ninguna excusa. La furgoneta ya no estaba y no parecía haber nada que pudiera preocuparlos por el momento. Le habría encantado que estuviera la furgoneta.

—Gracias por tu ayuda.

—Te llamaré cuando me den permiso para ir a ver a Beecham. De todos modos, si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Con el fin de no echarse encima de él y rodearle el cuello con los brazos, los cruzó a la altura del pecho.

—Está bien, gracias.

Quinn se dio la vuelta para marcharse, pero se volvió de nuevo y la miró.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó él.

—Estoy bien.

—De acuerdo.

Claire lo siguió hasta la puerta.

—Adiós —dijo él, con la mano en el hombro de ella.

Entonces, le puso las manos en el rostro y a Claire le temblaron las piernas.

—Claire —dijo Quinn en un susurro.

Se abrazaron. Claire se apoyó en él. El pecho de Quinn era sólido. Hacía mucho tiempo que alguien no la abrazaba y la reconfortaba. Pero se trataba de algo más. Esto hacía que el corazón le latiera con fuerza y que los ojos le escocieran.

Quinn la estrechó con más fuerza y ella gimió de placer. Después, él le acarició el cabello.

«Es maravilloso estar contigo», se dijo Claire. «Sería maravilloso estar contigo durante el resto de la vida».

Quinn la soltó, pero no se echó hacia atrás.

Claire dejó caer los brazos. Quinn se los agarró con las manos. Se miraron fijamente. Mientras se miraban, Quinn bajó la cabeza y le acarició los labios con los suyos lentamente.

Claire arqueó la espalda. El beso se hizo más intenso. Fue un momento mágico.

Quinn se echó atrás. Claire abrió los ojos y no vio nada en la expresión de él.

—Piensas que, como hemos quebrado la regla una vez, hacerlo una segunda vez no tiene importancia, ¿verdad? —preguntó ella.

—Algo así.

—Así que... la regla número tres es ser flexible.

Claire esperó a que Quinn cerrara la puerta; después, se apoyó en ésta y miró al techo sonriendo.

Jenn tenía razón en una cosa: las rubias se lo pasaban mejor.

El lunes por la mañana Quinn, recurriendo a su encanto natural, convenció a una anciana vecina de Marie DiSanto de que le dijera a qué

hora llevaban el correo; después, aparcó el coche cerca de la casa de Marie, bajó la ventanilla y esperó. Si Jenn había enviado el sobre con el cheque el sábado, cuando habló con su madre, y si estaba en San Francisco, el sobre debería llegar ese día.

No sabía si Marie estaba en casa o no. El cajetín para el correo estaba a la entrada del edificio, perfectamente accesible, y eso era lo importante. Prefería quebrar la ley respecto a examinar el correo ajeno a fingir interés en los poderes psíquicos de Marie.

Al mirar por el espejo retrovisor vio a una mujer haciendo jogging acompañada de un perro, ambos bajando la cuesta. Reconoció las largas piernas y la cola de caballo inmediatamente; entonces, encendió el motor para poder bajar la otra ventanilla delantera. Cuando fue a llamarla, la vio aminorar la marcha y encaminarse hacia su coche.

Claire se agachó y sonrió.

—Buenos días.

Rase se alzó y colocó las pezuñas delanteras en el coche.

—Baja —ordenó él al perro, que obedeció al instante.

Quinn volvió la mirada a Claire, que parecía relajada y tensa simultáneamente.

—Estás lejos de tu casa —dijo él.

—Hace un día estupendo para hacer jogging.

Pero la mañana era húmeda y fría.

—Sí, seguro.

Los ojos de ella brillaron. Sus labios estaban hechos para besar.

—Vamos, entra —dijo él.

Quinn se encogió al ver que Claire abría la puerta trasera para que Rase entrara, con sus húmedas pezuñas dejando huellas en el asiento. Luego, ella se sentó en el asiento contiguo al suyo mientras Rase se echaba hacia delante para lamerle la oreja a él.

—No, siéntate —ordenó Quinn al perro.

—Hoy casi me ha obedecido —dijo Claire refiriéndose al animal.

—Bueno, dime la verdad, ¿qué te ha traído hasta aquí? —preguntó Quinn—. No es posible que hayas venido hasta aquí haciendo jogging.

—¿No, estás seguro?

—Vives a seis kilómetros de aquí y no se te ve cansada de correr.

—Me has pillado —Claire se apoyó en la puerta—. Pensé... ¿qué estará haciendo Quinn hoy? Y decidí que habrías venido a husmear el correo de Marie. Me pareció buena idea venir a hacerte compañía.

La voz de Claire parecía conllevar cierto tono acusatorio.

—No te estaba excluyendo. Me dijiste que me las arreglara con Marie yo solo.

—He cambiado de idea —Claire sonrió dulcemente.

—¿Y eso?

—¿Es que tú nunca cambias de idea?

—A veces.

—Pero no lo haces con frecuencia, ¿verdad?

—No —Quinn se inclinó sobre ella ligeramente—, ¿Has dormido bien? Claire asintió.

—¿Lo dices de verdad?

Claire se echó hacia delante y le tocó la mano. Quinn se contuvo.

—He dormido —declaró Claire.

—De camino aquí he pasado por tu casa, no he visto la furgoneta.

—Yo tampoco.

—¿Ninguna llamada de Jenn?

—Si hubiera llamado te lo habría dicho.

Quinn quería, necesitaba, darle un beso de buenos días. Se miraron durante unos segundos. Los ojos de Claire se clavaron en su boca; después, apartó las manos.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó ella echando la espalda hacia atrás.

Quinn no sabía si sentir alivio o pesar porque el momento hubiera pasado.

—Esperar a que traigan el correo y ver si podemos echarle un ojo.

—¿Qué? ¿Es que no quieres charlar un rato con Marie? —bromeó ella.

—Haré lo que tenga que hacer.

—Tengo la impresión de que te estoy robando el tiempo.

—No te preocupes —Quinn la vio frotarse los brazos con las manos—. Tu día estupendo es más frío de lo que pensabas, ¿eh?

Claire sonrió irónicamente.

—A lo mejor debería echar una carrera alrededor de la manzana para entrar en calor.

Quinn se sacó el jersey por la cabeza y lo colocó encima de ella.

—Qué caliente —Claire se lo puso—, Gracias.

Se hizo un incómodo silencio. Quinn se preguntó si Claire tenía idea de lo tentadora que le parecía.

—Ahí viene el cartero —dijo Quinn mirando por el espejo retrovisor.

Miró la hora, las diez y media. Puntual.

Al llegar al buzón de Marie, el cartero echó un sobre blanco.

Claire puso la mano en la manija de la puerta del coche.

—Deja que se vaya —dijo Quinn.

Claire se quedó quieta.

—Me parece que no tengo la paciencia necesaria para esta clase de trabajo.

—¿Siendo maestra no tienes paciencia?

—No, lo que tengo es aguante —Claire sonrió traviesamente—, ¿Podemos ir ya?

—Iré yo. Tú quédate aquí.

—Pero...

Quinn sacudió la cabeza.

—No te involucres en esto.

Claire apartó los ojos de él y los clavó en el edificio.

Quinn se bajó del coche y se encaminó hacia el edificio. Con los ojos fijos en la puerta de cristal de la entrada, levantó la tapa del buzón, sacó el sobre...

—Es un delito apropiarse del correo ajeno —dijo una voz.

## Capítulo 8

Quinn alzó el rostro y encontró a Marie asomada a una ventana.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella.

—He venido a verla —Quinn agitó el sobre que tenía en la mano—. Acaban de traerle el correo y lo he recogido para dárselo.

Transcurrieron unos segundos.

—Voy a darle al telefonillo para abrirle la puerta.

Quinn miró al coche antes de dejar que la puerta se cerrase tras de sí. No podía ver la expresión de Claire a través del parabrisas, pero imaginaba que se alegraba de haberse quedado en el coche; si hubiera intentado mentir a Marie, ésta lo habría notado enseguida.

La puerta del piso estaba abierta. Al entrar, Quinn la oyó hablando, las pausas le indicaron que se trataba de una conversación telefónica.

Quinn le dio el sobre, el remite era de una consulta de médico, y se paseó por la estancia mientras esperaba a que Marie acabara de hablar. Había cristales, velas, terciopelo y cortinas de bolitas de cristal en la puerta que daba al pasillo. Nada de ello lo sorprendió. No lo convencía el olor a incienso ni el de las velas aromáticas, pero tampoco le disgustaba.

Vio un sobre de FEDEC encima de una mesa de bronce y cristal parcialmente vestida con un tapiz. El sobre ya había sido abierto. Podía haberlo enviado cualquiera y podía haber llegado días atrás, pero el instinto le decía que era de Jenn. A pesar de que la estancia estaba llena de cosas, no estaba desordenada. El sobre resaltaba porque era para tirar a la basura.

—Estás ignorando lo que es evidente —dijo Marie en su conversación telefónica—. Ya hemos hablado de eso, Monique.

Quinn se asomó a la ventana y vio a Claire mirándolo. Ella se tapó la boca con una mano.

—Sí, puedo verte esta tarde pronto. ¿A eso de las cuatro? —Marie se despidió y colgó el teléfono—. Me sorprende verlo. Señor Gerard, ¿verdad?

—Quinn, y tutéeme. No acabo de creerme que haya venido aquí.

Marie sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos.

—Te tenía por un no creyente —Marie hizo una pausa—. Y tutéame a mí también.

—Tienes razón, no soy un creyente.

—Pero estás aquí.

Quinn se encogió de hombros.

—Siéntate.

El se sentó en el sofá y estiró los brazos a lo largo del respaldo con intención de parecer tranquilo y abierto. Ella se sentó en un sillón que más bien parecía un trono. Sus rojos cabellos la cubrían como una capa real.

Marie encendió una vela a su lado y cerró los ojos.

Quinn no quería estar ahí haciendo eso. Sintió una enorme resistencia, pero Claire le había dicho que tenía que convencer a Marie, que ésta no se dejaba engañar por los escépticos.

Quinn decidió que lo mejor era no ocultar su resistencia, eso convencería a Marie.

Ella abrió los ojos con expresión de placidez.

—¿A qué pregunta estás buscando respuesta?

«¿Puedo marcharme de aquí ya?».

Quinn titubeó durante demasiado tiempo. La expresión de ella cambió, se tornó más intensa.

—¿A qué has venido? La verdad —dijo Marie.

Quinn no podía hablar. Su mente evocó ciertas imágenes, todo ello debido al hecho de que la situación de Claire era parecida a lo que había sido la suya. Intentó contener el asalto del recuerdo.

—Construyes fuertes muros a tu alrededor —dijo Marie—. No puedo echarlos abajo, ni siquiera puedo penetrarlos.

—No quiero que lo hagas.

—Sí, ya lo veo. En ese caso, ¿a qué has venido?

No podía mencionarle a Jenn y no quería hablar de su propio pasado.

De repente, Marie pareció alerta y preguntó:

—¿Qué relación tienes con Claire?

—Somos amigos.

Marie posó las manos en su regazo.

—No parece ser su tipo. O es posible que ella no sea tu tipo.

—Ya.

Marie arqueó las cejas.

—Lo que hay entre vosotros es más que simple amistad.

—Todavía no.

¿Por qué estaban manteniendo esa conversación? ¿Cómo podía marcharse de allí dejando abierta la posibilidad de volver para obtener información si lo necesitaba?

—Sin embargo, ella y su perro están esperándote en el coche.

Quinn se puso tenso. Había infravalorado a Marie DiSanto.

—Claire me ha convencido para que viniera a verte.

—Sin embargo, has venido solo. Claire y Rase han aparecido una hora después a que lo hicieras tú.

Quinn miró a su alrededor.

—¿Dónde tienes la bola de cristal? No la veo.

Marie sonrió, sinceramente.

—Soy claustrofóbica. Tengo las ventanas abiertas y me gusta mirar el parque desde la ventana. No sabía que estabas en el coche, sólo que había un coche aparcado y que el conductor seguía dentro, sin salir. Luego, Claire ha llegado a pie y se ha metido en el coche, lo que ha despertado mi curiosidad. Al poco tiempo, tú has venido hacia aquí, pero parecías más interesado en mi buzón de correos que en mí personalmente. Y no me digas nada, me gustan los puzzles.

Marie se asomó a la ventana y, tras unos segundos, agitó la mano.

Quinn se reunió con ella. Claire le sonreía como si quisiera decir con ello: «Te han pillado».

—Eres una caja de sorpresas —le dijo Quinn a Marie.

—Verdad —Marie le miró fijamente—. Y esa joven que te espera en el coche también es una caja de sorpresas.

—No me cabe duda alguna. Ya me ha sorprendido en más de una ocasión.

—Me gusta pensar que se debe a la influencia que he ejercido en ella —la sonrisa de Marie estaba llena de satisfacción—. Esos padres tan estrictos que tenía intentaban que fuera...

—¿Modosa? —sugirió él al ver que Marie no acababa la frase.

—Exacto. Pero yo la animé a que fuera más libre. Por otra parte, creo que me excedí con Jenny; debería haber sido más firme con ella.

Quinn no hizo comentario al respecto, no merecía la pena.

—¿Vas a volver? —preguntó Marie—, Déjame que lo intente otra vez.

—Es posible —Quinn le dio un billete de veinte dólares.

Tras vacilar un momento, Mane aceptó el dinero.

—A veces, el dolor produce placer.

—A mí jamás me ha ocurrido eso.

—Ahora eres más maduro. Más sabio.

Eso lo sorprendió. ¿Cómo sabía Marie que era muy joven cuando...?

Marie le dio unas palmadas en el brazo.

—Claire te está esperando.

Cuando Quinn salió de la casa y se dirigió al coche en un estado de absoluta confusión.

—¡Te ha pillado! —exclamó Claire cuando él entró en el vehículo.

Quinn se dio cuenta de que Rase estaba trotando encima del asiento trasero del coche, pero no le ordenó que parase.

—¿Qué ha pasado? ¿Has logrado averiguar algo?

Lo primero en lo que Quinn se fijó fue en el brillo de los ojos de Claire y en su luminosidad. No quería que sufriera, y tenía miedo de que Jenn acabara causándole mucho sufrimiento. Tampoco quería ser él quien le hiciera daño. Cabía la posibilidad de que hubiera cometido el mayor error de su vida al instigar aquella investigación que Claire, realmente, no había querido llevar a cabo. Quizá sólo fuera a causar sufrimiento.

Pero no valía la pena darle vueltas a la cabeza.

Abrazó a Claire y la besó como no había besado a nadie en su vida: sin pensar y sin esperar nada. Tras un momento de incertidumbre, Claire le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él.

Quinn le acarició el interior de la boca con la lengua, deleitándose en su calor, en su sabor, en esa persona llena de... vida. No se había dado cuenta de lo muerto que había estado viviendo en sombras durante tanto tiempo. Sin emoción. Todo control y estabilidad.

Claire le hacía perder esa estabilidad.

Quinn dio fin al beso porque tenía que hacerlo, porque estaba perdiendo el control, algo que jamás hacía.

Claire abrió los ojos y lo miró. Luego, le acarició los labios con las yemas de los dedos.

—Tienes cara de querer disculparte... o de establecer una nueva regla —dijo ella sonriendo.

¿Cómo estaba empezando a conocerlo tan bien en tan poco tiempo?

—Me parece que debería prometer que no voy a permitir que esto ocurra otra vez —contestó Quinn.

—No prometas nada que no quieras cumplir.

Quinn se recostó en el respaldo del asiento. Ella le puso una mano en el brazo y se inclinó hacia él.

—No puedes negar que hay atracción entre los dos, o como quieras llamarlo. Así que no lo niegues y no prometas nada que vaya en su contra. Deja que las cosas sigan su curso.

Maldición. Claire le gustaba más y más. Era más profunda de lo que había imaginado.

—Vamos, quítate la idea de la cabeza.

Quinn sonrió y le acarició el cabello. No obstante, tenía que ser honesto con ella.

—Claire, no estoy hecho para las relaciones estables. Nunca he vivido con una mujer. Necesito mi propio espacio, mi intimidad.

Y jamás había dependido de nadie para nada. Sólo contaba consigo mismo. Sólo se necesitaba a sí mismo.

—Eso es algo egocéntrico, ¿no te parece? —preguntó ella con ojos brillantes—. Ha sido sólo un beso.

Era el mejor beso de su vida, pero... ¿para ella era sólo un beso?

—Un beso espectacular —añadió Claire, contestando a su silenciosa pregunta— Un beso que me ha quitado la respiración. Pero un beso, sin compromiso de ninguna clase. ¿De acuerdo, MQ? —¿MQ?

—*Mighty Quinn*. ¿No conoces esa canción?

—Ah, sí, la canción de Bob Dylan.

—A Marie le encantaba Bob Dylan, sus canciones de cuna eran de él — Claire subió los pies y se sentó con las piernas cruzadas en el asiento, rompiendo el contacto físico—. Hablando de Marie, ¿te ha dicho algo?

A Quinn le extrañó el cambio de actitud de Claire.

—He visto un sobre vacío de FedEx encima de la mesa de centro, pero no era un sobre internacional.

—¿Vas a vigilar su correo mañana también?

—No. Marie sospecha algo y va a estar vigilando.

—¿Quieres que vaya a verla?

—¿Puedes mentirle?

—Depende de la mentira. No quiero que sepa que sospechamos de Jenn, pero no veo razón alguna por la que el tema salga en la conversación.

—En ese caso, decide tú. Pero antes de hacer nada, dímelo.

—Lo haré.

Claire volvió la cabeza y vio a Rase acurrucado en el asiento y profundamente dormido.

—Deberíamos marcharnos —dijo ella—. Debes de tener trabajo.

—Puedo llevarte al sitio donde has dejado tu coche.

—Gracias, pero no. Antes vamos a correr un poco por el parque. Además, he aparcado el coche a sólo una manzana de aquí.

—Supongo que pronto nos darán permiso para ir a visitar a Beecham. Te llamaré en el momento en que nos lo den.

—Llámame cuando quieras —Claire bajó las piernas y luego le acarició la cara—. No necesitas ninguna excusa para hacerlo.

—Lo mismo digo.

Ella asintió.

—Rase, venga, vamos a echar una carrera.

El perro se puso en pie inmediatamente y, cuando Claire abrió la puerta delantera, el animal saltó y salió a la calle; aunque, de camino, le lamió una oreja a Quinn.

—Necesita entrenamiento —dijo Quinn limpiándose la oreja.

—Te adora —le dijo Claire con mirada tierna.

A Quinn le pareció que esas palabras, referidas a él, eran de un idioma extranjero.

—Hasta luego, PA —dijo Quinn encendiendo el motor del coche.

—¿PA?

—Pollyanna.

—No.

—Sí. Y no es un insulto.

—A mí me lo parece. Llevo tiempo haciendo grandes esfuerzos por no ser tan sensata, previsible, tan... buena.

—No puedes hacer nada por evitar ser una buena persona, Claire. Pero te aseguro que de previsible no tienes nada.

—¿En serio?

—En serio.

—Bueno, vale. Hasta la vista.

Claire y el perro corrieron al parque. Quinn lanzó un suspiro, esa mujer tenía unas piernas espectaculares. Sacudió la cabeza cuando ella se volvió y agitó una mano en su dirección, sonriendo ampliamente.

Quinn sintió la tentación de hacer novillos.

No. No podría divertirse sabiendo que tenía trabajo y que no lo estaba haciendo.

Quizá otro día.

## Capítulo 9

Claire resistió la tentación de sentarse al lado de Quinn y darle la mano. Había creído estar preparada para visitar una cárcel federal, al fin y al cabo había visto montones de ellas en las películas y en la televisión, pero la realidad era muy distinta. La verdad era que había querido acompañar a Quinn a ver a Craig Beecham porque de esa forma pasarían el día entero juntos.

El viaje a la cárcel les había llevado seis horas, y habían salido a las seis de la mañana. Mientras Quinn conducía, ella había estado leyéndole en voz alta el testimonio en el juicio, cosa que podría ayudarlos en su encuentro con Beecham. El resto del viaje había transcurrido en silencio.

Había visto a Quinn en seis ocasiones durante la semana y media que habían estado esperando al permiso para ir a la cárcel. Quinn había ido a su casa por las mañanas en cinco ocasiones para correr con ella y con Rase. En otra ocasión le había llevado cena. Después de la cena, ella había hablado de su infancia, Quinn no. Ella había hablado del trabajo, Quinn no. Quinn se había sentado a su lado en el sofá, a veces tomándole la mano y, al final de la velada, le había dado un beso de despedida. Fue un beso que la dejó nuevamente sin respiración.

Al mirarlo ahora, sentada en la sala de visitas de la cárcel, se preguntó qué estaría pensando Quinn en ese momento. La mayoría del resto de las mesas estaban ocupadas por presidiarios con sus familias... y algún abogado que otro. Estos últimos sobresalían porque los presidiarios hablaban con ellos con más intensidad y nerviosismo. Con las familias, los condenados sonreían forzosamente y bromeaban sin humor. Las risas estaban vacías. Nadie se tocaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Quinn en voz baja.

—¿Cómo logran sobrevivir? —preguntó ella.

—Algunos no lo hacen.

—Todo el mundo debería ver lo que es esto.

—¿Crees que eso evitaría que la gente cometiera delitos?

—¿Tú no lo crees?

—Es posible que evitara que algunos lo hicieran, pero la mayoría de los delincuentes piensan que no los van a atrapar.

Claire reconoció a Beecham en el momento en que atravesó el umbral de la puerta. Se le notaban los seis meses que ya llevaba sin libertad. La sonrisa de seguridad en sí mismo era forzada. Le pareció que aparentaba más edad de la que tenía, cuarenta años. El grisáceo cabello, tan corto, revelaba una cabeza cómicamente puntiaguda y hacía resaltar sus grandes orejas. Las ojeras tampoco le favorecían. Aunque delgado en el juicio, ahora se le veía esquelético.

—Ponte derecho —le dijo el guarda a Beecham cuando éste se medio recostó en el asiento—, Y pon las manos encima de la mesa.

Beecham obedeció inmediatamente.

—La hermana, Claire —dijo Beecham en tono burlón. Luego, mirando a Quinn, ladeó la cabeza—. Me han dicho su nombre, pero me parece que no lo conozco.

—Soy un amigo de la familia. Estamos buscando a Jennifer.

Beecham agrandó los ojos.

—Qué coincidencia, estaba aquí hace unos minutos. ¿No se han cruzado con ella en el pasillo? Está completamente entregada a mí.

—No se ha puesto en contacto con usted —dijo Claire, segura de sus palabras.

—Todo lo contrario. Recibo a diario una carta perfumada. También me envió una caja de bombones con una lima escondida en la caja, pero la confiscaron. Esa Jenny es una mina.

—Tenía a alguien siguiéndola desde que lo trajeron aquí —dijo Quinn.

—¿Sí? —Beecham se encogió de hombros—. Un hombre tiene que cuidar de su mujer.

—El problema es que se le ha escapado a usted también —observó Quinn.

—¿Eso cree?

—Lo sabe perfectamente. El tipo que tenía siguiéndola ha dejado de vigilar la casa de Claire desde que Jenn se marchó.

Beecham no dijo nada.

—Se lo ve preocupado —continuó Quinn.

—¿A mí? Ni pensarlo.

—¿No? ¿Crees que estará esperándolo cuando salga? ¿Crees que hay muchas posibilidades de que eso ocurra? —le preguntó Quinn a ella.

—No.

Quinn asintió.

—¿Tenía Jenn acceso a tu dinero, Beecham?

—Yo no tengo dinero. Todo el dinero que tenía lo tienen ahora mis abogados.

—A excepción de los cinco millones de dólares que ha robado.

—No tengo dinero —repitió Beecham.

—Quizá no lo tenga en Estados Unidos y es posible que no lo tenga en metálico —Quinn se recostó en el respaldo del asiento—. ¿Lo tiene en diamantes?

Beecham no abrió la boca.

—¿Sabe Jenn dónde está? —preguntó Quinn.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Beecham por fin—. Aunque conteste a sus preguntas no le va a servir de nada.

—Supongo que su plan, como el de la mayor parte de los que se dedican a robar al prójimo, es cumplir su sentencia, acortarla lo más posible por buen comportamiento, y luego vivir del dinero robado. Un dinero que usted acabará convencido de que se merece después de haber pagado su deuda a la sociedad. Pero... ¿qué pasa cuando se sale de la cárcel y se descubre que el dinero no está? —Quinn hizo una pausa momentánea—. Nosotros también queremos encontrarla, aunque por motivos diferentes a los suyos. Si nos ayuda, se ayudará a sí mismo.

—Según las últimas noticias, Jenny tenía dinero propio, era rica. ¿Por qué iba a necesitar más?

Poco tiempo atrás, Claire le había hecho una pregunta muy parecida a Quinn. Este le había hecho ver que podía estar equivocada, le había abierto los ojos en lo referente a su hermana.

—Usted ha vivido con ella durante un año; sin embargo, no la conoce, ¿verdad? —preguntó Claire.

Beecham plantó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—Es ambiciosa, eso sí lo sé. Y manipuladora. Pero, al menos, sabía qué era lo que hacía. Usted, hermanita, era demasiado estúpida...

—Échese hacia atrás —le ordenó el guarda.

La tensión se prolongó durante unos segundos.

—Jenny y yo hacíamos buena pareja —dijo Beecham con voz más tranquila—. Sabía divertirse.

«Al contrario que tú». No tenía que decir las palabras para que Claire las oyera.

Claire miró a Quinn, esperando que él pudiera ver en su expresión que quería marcharse de allí.

—Puedes esperarme fuera si quieres —sugirió él.

—Vámonos.

—Me gustaría...

Claire sacudió la cabeza, interrumpiéndolo.

—Nos vamos ya —le dijo Quinn al guarda.

El guarda ordenó a Beecham que se pusiera en pie.

—Dígale a su hermana que mi amor por ella me llevará al fin del mundo —dijo Beecham con calma—. La encontraré, de eso no le quepa duda.

La amenaza fue clara. La mano de Quinn la hizo mantenerse en su sitio.

Después de que Beecham se marchara, les permitieron irse a ella y a Quinn. Estaba temblando de pies a cabeza. Odiaba ese lugar.

Cuando devolvieron sus tarjetas de visita, el guarda le devolvió a Quinn la suya.

—Señor Gerard, al ayudante del director le gustaría hablar con usted.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor.

—Está bien.

—Voy a llamarlo. Siéntense, por favor.

En el momento en que se sentaron, Quinn le puso un brazo sobre los hombros. Ella se apoyó en él.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No.

—Eres más dura de lo que pareces, PA.

Claire lanzó una queda carcajada. Luego, cerró los ojos mientras Quinn le acariciaba el cabello.

—No dejo de imaginarme ajenn en un sitio así. —Sí.

—Es mi hermana. No soporto la idea de que esté... —Claire no pudo acabar la frase.

—¿Sigues creyendo que es inocente?

Claire se quedó pensativa.

—Sí. Pero se ha cavado su propia tumba y, en lo que a mí concierne, es su problema. Tanto si es culpable como si es inocente, ya estoy harta. Se acabó la investigación, ¿de acuerdo? Aquí se termina todo.

Quinn frunció el ceño.

—Claire...

—Señor Gerard. Por favor, acompáñeme.

—Enseguida vuelvo —le dijo él a Claire.

Claire no sabía cuánto tiempo había tardado Quinn en volver, pero el suficiente para sentirse incómoda con la espera.

Quinn apareció cruzando la puerta como un vendaval, tiró su tarjeta de visitante en la mesa de recepción y extendió la mano para recibir sus objetos personales, que habían permanecido bajo la custodia de las autoridades. Luego, abrió la puerta de salida y se hizo a un lado para dejarla pasar a ella primero. Estaba muy pálido y su mirada era fría y dura.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Claire al salir.

—No puedo hablar de ello.

—No puedes o no quieres.

—Lo que tú prefieras.

Claire estuvo a punto de contestarle mal, pero se controló porque, normalmente, Quinn era una persona muy tranquila y no solía perder la calma.

Quinn no la miró hasta que no estuvieron dentro del coche y él puso en marcha el motor.

—Perdona —dijo Quinn con la mandíbula tensa, aferrándose al volante.

—No te preocupes —ella le tocó el brazo ligeramente, lo sintió contraer los músculos—, ¿Quieres que conduzca yo?

—No.

—Soy buena conductora. Nunca he tenido un accidente.

—Qué sorpresa, PA.

El sarcasmo la enfadó.

—No sé lo que te pasa, pero sé que yo no he tenido la culpa. Lo único que estoy haciendo es tratar de ayudarte. Y no estoy dispuesta a pasarme seis horas en el coche con un maníaco al volante.

Después de un minuto, Quinn la miró con las cejas arqueadas.

—¿Estás segura?

Estaba bromeando.

—Segura.

Quinn se quedó un rato con la mirada perdida,.

—Te pido disculpas —dijo él por fin.

—No tiene importancia. Pero conduzco yo.

—En serio, Claire, estoy bien. Déjame que te compense.

—¿Cómo?

—No me mires con esa cara de no fiarte. ¿Podrías conseguir que alguien dé de comer a Rase y lo saque a dar un paseo esta noche y mañana por la mañana?

—Es posible.

—En ese caso, ¿por qué no seguimos la costa y vamos a Santa Bárbara? Allí, tomaremos un par de habitaciones en un hotel, iremos a cenar, daremos un paseo por la playa... y nos olvidaremos de todos los problemas. ¿Qué te parece?

Claire titubeó. Un par de habitaciones. Eso restaba tensión. Podrían ocurrir cosas o no. Pero no podía permitirse semejantes lujos. Entonces, oyó una voz parecida a la de Marie que le preguntaba si se había vuelto loca.

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

—Sí, buena idea —respondió Claire, ignorando el hecho de que no tenía ropa para cambiarse, ni maquillaje ni pijamas—. ¿Tienes pensado un sitio en particular?

—Sí. Deja que los llame por teléfono.

## *Capítulo 10*

Quinn se alegraba de haber elegido el Corvette. En ese hotel, incluso el botones lo habría mirado con desprecio si se hubiera presentado con el sedán gris que utilizaba para trabajar.

Detuvo el coche a las puertas del hotel.

—No vamos a quedarnos aquí, ¿verdad? —dijo Claire con voz resistencia en la voz.

—Sí.

Quinn agarró su portafolios y abrió la puerta mientras un empleado del hotel se les acercaba.

—No puedo pagar una habitación aquí —dijo ella—. Debe de costar un par de cientos de dólares la noche.

—El coste de las habitaciones varía entre quinientos y mil dólares por noche.

—En ese caso, sigue conduciendo. Vamos, ya. De camino, he visto un motel en la carretera que tenía un cartel de habitaciones libres.

—Es gratis, PA. Lo único que tenemos que pagar es la ropa que necesitemos comprarnos.

—¿Gratis? De ninguna manera.

Quinn recordaría la expresión de ella durante el resto de su vida.

—Hola, Way, buenas tardes —le dijo al empleado que acababa de abrir la puerta de Claire.

—Bienvenidos al Descanso —respondió el empleado del hotel—. ¿Va a quedarse en el hotel, señor?

—Sí, vamos a quedarnos.

—Ahora mismo envío a alguien para que les suban las maletas.

—No tenemos equipaje.

Quinn salió del coche, lo rodeó y, al llegar al lado de Claire, le dio una propina al joven empleado. Luego, siguió la sorprendida mirada de Claire hasta el edificio.

Era una construcción de estilo español con la marca del elegante viejo mundo. El cercano sonido de las olas... Aspiró el olor del mar y se alegró de haber ido allí, no sólo por Claire sino también por sí mismo. Era un buen sitio para tomar decisiones... y para retrasar la toma de decisiones.

Tomó a Claire de la mano mientras ella salía del coche.

—No llevo la ropa apropiada para este sitio —le susurró ella.

Quinn contempló los pantalones azul marino y la blusa azul pálido que Claire llevaba.

—Estás bien.

—Los hombres no sabéis de estas cosas.

—Vamos, deja de preocuparte, Claire.

Entraron en el vestíbulo, de imponente tamaño y con una escalinata de hierro forjado que conducía al piso superior. Preciosos y enormes jarrones de flores de increíble aroma. El asolado español era fresco y de color terroso.

Se acercaron a la recepcionista, una joven muy bien vestida.

—El señor Baxter nos está esperando.

—¿El señor Gerard?

—Sí. Y la señorita Winston.

La recepcionista hizo una breve llamada al encargado, supuso Quinn, para decirle que habían llegado. Cuando acabaron de inscribirse y recibieron las llaves, el amistoso Brent Baxter se les aproximó.

—Doc —dijo él ofreciéndole la mano a Quinn—, Me alegro de que hayas venido.

A Quinn no le pasó desapercibida la reacción de Claire cuando el otro hombre utilizó su viejo apodo. Tendría que darle una explicación.

—Y yo me alegro de tener tiempo por fin para aprovechar tu invitación, Brent. Ésta es Claire Winston.

Brent inclinó la cabeza. Claire no se echó a reír, pero pareció hacerle gracia el gesto.

—Os enseñaré vuestras habitaciones —dijo Brent—, ¿Escaleras o ascensor?

—Escaleras —respondió Claire cuando ambos hombres la miraron. Luego, le dio la mano a Quinn—, Tengo que hacer unas pequeñas compras.

—Después de que veamos las habitaciones —respondió él mientras se preguntaba por qué Claire le había tomado la mano. ¿Estaba nerviosa?—. Yo también tengo que comprar algunas cosas.

Sus habitaciones estaban juntas, pero no se comunicaban. La vista al océano Pacífico era incomparable. En el cuarto de baño, Claire encontró todos los productos de aseo que podía necesitar; en el cuarto de estar, encontró una bandeja con quesos, pan y fruta esperándolos, al igual que una botella de champán con dos copas.

—Por favor, llamadme si necesitáis cualquier cosa —dijo Brent—. Disfrutad vuestra estancia.

Brent salió de la habitación con pies ligeros.

Quinn contempló a Claire mientras ésta apoyaba los brazos en el hierro forjado del balcón. Sus cabellos al viento.

Acudió a ella como a un imán.

—Bonito, ¿verdad?

—Es mucho más que bonito, MQ. Y realmente eres Mighty Quinn por conseguir todo esto gratis.

—No es exactamente gratis. Hace un par de años hice un trabajo para Brent. Él no quería que los dueños se enteraran, así que le dije que se lo cobraría en especie algún día. Pero seguirá en deuda conmigo incluso después de esto.

—Te ha llamado Doc.

Quinn sabía que Claire no iba a dejar pasar eso.

—Así era como solían llamarme.

—¿Un apodo?

—Sí. Hasta que me hice socio de la empresa ARC, operaba en secreto la mayor parte del tiempo.

—¿Hacías trabajos sucios?

—Realizaba investigaciones encargadas por personas que requerían absoluta discreción. Era lo suficientemente anónimo para cumplir con los requisitos de esa gente.

—¿Cómo es que te conocían?

—Por el boca a boca.

—¿Por qué Doc?

—Uno de mis primeros clientes me llamó así. Decía que yo era un especialista en mi trabajo.

Claire sonrió.

—Suenas a típico de «capa y espada».

—Me gustaba. Tenía una empresa con un nombre, pero nadie conocía mi verdadero nombre. Funcionaba. Hablando de otra cosa, ¿tienes hambre? —Sí.

Quinn abrió la botella de champán y llevó la comida al balcón. Allí, comieron en silencio acompañados del murmullo de las olas. Sorprendió a Claire cerrando los ojos y alzando el rostro al sol con la copa de champán en la mano. De ser un pintor, le habría gustado pintarla.

—Gracias por la invitación —dijo ella.

—De nada —Quinn se miró el reloj—. He pedido cita para que nos den un masaje a cada uno dentro de media hora.

—¿De verdad?

—Ya ti te van a dar también... Bueno, no me acuerdo cómo se llama, pero es un tratamiento para el cuerpo.

Quinn temió que Claire protestara, pero ella sonrió ampliamente.

—Estupendo —sus ojos adquirieron un brillo travieso.

—Vamos a ver si las tiendas logran tentarte.

—Aparte de un par de cosas que voy a necesitar, soy absolutamente resistente a la tentación.

—¿En serio?

Ella sonrió.

—En lo que a ropa se refiere. Compró ropa de saldo.

Quinn decidió dejar el tema mientras bajaban la impresionante escalinata.

—¿Te está permitido decirme qué clase de trabajo hiciste para el señor Baxter? —preguntó ella.

—Le llegaron rumores de que alguien llevaba un servicio de prostitución de alto nivel en el hotel. Me contrató para que investigara quién y cómo.

—¿Cuánto tiempo te llevó?

Quinn le lanzó una mirada que la hizo reír.

—Una semana para descubrir a todos los involucrados.

—¿Y trabajaste... «en secreto»?

—No puse en peligro mi virtud.

Ella sonrió maliciosamente. Le gustaba el sentido de humor de Claire.

—Quiero que me cuentes todos y cada uno de los detalles sórdidos del asunto —dijo ella.

—Algún día te los contaré —llegaron al pie de la escalinata—. Pero primero vamos a hacer unas compras y a darnos unos masajes.

Dos horas más tarde Claire logró llegar a su habitación caminando como una sonámbula. Iba vestida con un albornoz blanco y unas zapatillas, y llevaba una bolsa con las compras que había hecho más la ropa que llevaba puesta al llegar al hotel.

En vez de entrar en su habitación, fue a la de Quinn. Llamó, pero no obtuvo respuesta. En su habitación, encontró un mensaje de él diciéndole que estaba en la piscina y que la esperaba allí.

Claire se puso sus nuevos pantalones cortos color coral, unas sandalias y se fue a la piscina.

A distancia, lo vio con unas bermudas de baño color negro estirado en una tumbona. Tenía los ojos cerrados y... quitaba la respiración.

Como si hubiera sentido su presencia, Quinn volvió la cabeza y la miró. Ella logró sonreír mientras avanzaba hacia él.

—Una tentación irresistible, ¿eh?

A Claire le llevó varios segundos darse cuenta de que Quinn estaba hablando del nuevo conjunto de pantalones cortos.

—No podía ponerme otra vez la ropa que he llevado a la cárcel. Tenía que comprar algo.

Él le tomó la mano, su mirada era comprensiva.

Claire se agachó a su lado.

—¿Qué tal el masaje? —le preguntó Quinn.

Claire le puso un brazo en el rostro.

—¿A qué huelo?

Quinn olfateó.

—A guacamole.

Claire esbozó una ensoñadora sonrisa.

—Después de un masaje increíble, me han untado una mezcla de aguacate y cítricos por el cuerpo. Marie da muy buenos masajes, pero esto ha sido maravilloso. ¿Yel tuyo?

—Muy bueno también.

—Estoy tan relajada que me doblo.

—¿Te apetece un baño?

Lo que Claire quería era enterarse de qué era lo que había disgustado a Quinn tanto en la cárcel aquella mañana. Durante el masaje, no había dejado de darle vueltas al asunto.

—No he comprado traje de baño. Además, no creo que al aguacate le vaya bien el cloro —Claire se sentó en el borde de la tumbona.

—Se está bien al sol —comentó Quinn.

Claire asintió.

—Voy a traer una tumbona y ponerla aquí, al lado de la tuya. Tú puedes echarte una siesta.

«¿Por qué no vamos a tu habitación y nos echamos una siesta juntos?», pensó Claire.

Debió de haberse dormido porque, de repente, vio que el sol estaba muy bajo en el horizonte.

—Hola, bella durmiente.

—Hola —Claire le sonrió y se estiró; entonces, notó la sombrilla que le hacía sombra—. No me había dado cuenta de que estaba tan cansada. ¿Tú también has dormido?

—Sí.

—¿Has puesto tú la sombrilla?

Quinn se encogió de hombros.

—No quería que te quemaras.

—Gracias.

—De nada —Quinn se puso en pie y le dio una mano para ayudarla a levantarse—. Si vamos a arreglarnos ahora, podremos ver la puesta de sol mientras cenamos.

Claire sintió un temblor recorrerle el cuerpo. La cena. Y luego... ¿qué?

—Llama a la puerta cuando estés lista —dijo él.

Claire no le había dicho que había comprado un vestido para salir a cenar. Se había enamorado de un vestido de seda azul que estaba rebajado. El vestido era escotado por delante y mucho más por detrás, y la falda tenía dos aberturas hasta media pierna. Era un vestido para ir sin sujetador.

Cuando acabó de peinarse y maquillarse, dio unos golpes en la pared que daba a la habitación de Quinn y abrió la puerta.

Unos segundos después, Quinn apareció con un ramo de rosas amarillas en la mano, una caja de bombones en la otra y la expresión de un hombre que tenía la intención de hacerle la corte.

## *Capítulo 11*

**E**ra la primera vez que Quinn le regalaba bombones y flores a una chica con la que iba a salir. Demasiado visto, pensó siempre. No obstante, con Claire le pareció que era lo adecuado. Y cuando la vio llevarse las rosas al rostro para olerías, se alegró de haber actuado instintivamente.

—Son preciosas —dijo ella con ojos brillantes.

—Tengo un jarrón en la habitación —quería darle el ramo, no un arreglo floral en un jarrón—, ahora mismo voy a por él.

Se alegraba de tener algo que hacer. No había contado con los nervios propios de una cita de verdad. Hasta ese momento, se había sentido a gusto con ella; excitado, pero a gusto, pensó mientras llenaba de agua el jarrón en el cuarto de baño.

Cuando volvió a la habitación de Claire, ella había abierto la caja de bombones y estaba eligiendo uno. Mordió y le ofreció la caja.

—Después de la cena —contestó él.

—La vida es corta. Según me dijo mi madre antes de morir, es mejor comer el postre primero.

Evidentemente, no podía seguir negándose. Quinn se metió un bombón en la boca. Ella dio otro mordisco al suyo; después, se metió el resto en la boca, cerró los ojos y lo saboreó con gusto.

—¿Tenías ese vestido escondido en el bolso? —preguntó Quinn.

Claire se acarició la falda del vestido.

Quinn había notado que no llevaba sujetador en el momento que la vio; también había notado que tenía unos pechos del tamaño perfecto con erectos pezones.

—Lo he comprado. Lo consideraré un recuerdo del viaje.

Se alegró de que Claire se hubiera olvidado de la mala experiencia de la cárcel y se concentrara en el placer de su estancia en el hotel. A él le

gustaría hacer lo mismo, pero no podía. Tenía que tomar una decisión. Y también tenía que volver a enterrar unos recuerdos. Se había distraído...

«Para. Relájate, aunque sólo sea por esta noche».

Unos minutos más tarde, ambos estaban sentados junto a la ventana de un restaurante. Brindaron con un cóctel mientras contemplaban el ocaso y cenaron pausadamente. Él le contó algunas anécdotas relacionadas con su trabajo; Claire coqueteó con él mediante el lenguaje corporal y con palabras. Compartieron un postre de chocolate y tomaron brandy.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —preguntó él cuando ya no pudieron prolongar más las dos horas de la cena.

Claire sacudió la cabeza.

—¿Prefieres ir a tu habitación?

—Sí, no me importaría.

A pesar de que Quinn sospechaba que Claire quería acabar la velada en la cama, igual que le ocurría a él, esperó a que ella tomara la iniciativa, o con palabras o con acciones; sin embargo, en esta ocasión, Claire decidió ser prudente.

Se sentaron en el balcón del cuarto de ella y, en un momento de la conversación, Claire apoyó la cabeza en su hombro. El aroma de ella lo envolvió. Creyó que Claire se había quedado dormida, hasta que la oyó suspirar.

—¿Cansada? —preguntó Quinn, sin saber qué hacer.

Claire mostró incertidumbre.

—Un poco.

Se conocían desde hacía poco, pero de una cosa Quinn estaba seguro; para Claire, acostarse con alguien no era algo sin importancia. No debía presionarla.

Pero eso no solucionaba su dilema. ¿Quería o no Claire acostarse con él?

Quizá estuviera esperando a que él diera el primer paso; pero no, no podía ser eso. Desde que la conocía, Claire no había tenido problemas en dar su opinión o en decir lo que quería. En esta ocasión, no iba a comportarse de forma diferente.

«Vamos, vuelve la cabeza y dame un beso», suplicó Quinn en silencio.

Pero el tiempo fue pasando y nada. Debía de ser demasiado pronto para Claire. Y quizá también lo fuera para él; de lo contrario, tomaría la iniciativa.

—Me parece que voy a dejarte para que puedas descansar —dijo Quinn.

El sonido de las olas intensificó el silencio.

—Gracias. Ha sido una noche preciosa.

Quinn se puso en pie, pero Claire no lo miró.

—Hasta mañana.

—Buenas noches —dijo Claire.

Quinn salió a toda prisa. Era como si tuviera diecisiete años otra vez y se sintiera inundado por las dudas.

«Mujeres», pensó Quinn con exasperación.

Claire no se movió.

Quinn se había marchado, sin más. Ni un beso de despedida, sólo «hasta mañana».

Se aferró a los brazos de la silla mientras se preguntaba qué acababa de pasar. Había estado convencida de que Quinn quería... algo más que un beso. Le había llevado flores y bombones. Durante la cena, había respondido a su coqueteo. ¿Qué había cambiado?

Por supuesto, ella no se le había tirado encima. A los hombres no les gustaban las mujeres que tomaban la iniciativa; por lo menos, a los hombres que ella conocía.

Claro que Quinn era diferente a los demás hombres que ella conocía. Quizá había estado esperando a que diera el primer paso, a insinuársele. Se frotó las sienes. No lo había hecho y había sido una idiota. ¿Por qué no lo había hecho?

Porque quería que él la deseara. Incontrolable y completamente.

«Bueno, ¿le has dado la oportunidad de demostrártelo o no?».

«No».

«Idiota».

¿Cómo podía arreglarlo sin necesidad de llamar a la puerta de la habitación de Quinn y arrojarse a sus brazos?

De repente, la habitación se le antojó demasiado vacía y silenciosa. Encendió el aparato de música y eligió una melodía apropiada para como se sentía. Un fuerte ritmo le movía el cuerpo. Apagó las luces, se quitó el vestido y las bragas, y se puso el albornoz. Se movió por la habitación inquieta, sintiendo no tener una copa de vino; después, bailando, salió al balcón y casi se tropezó al ver lo que vio.

Quinn estaba también en su balcón mirando al mar. Llevaba pantalones cortos caqui, pero iba sin camisa. La miró y no dijo nada. Nada.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Quinn unos segundos después.

—No.

El asintió y volvió el rostro al mar.

A ella le escocieron los ojos.

«Dime algo. Por favor, dime algo».

—¿Qué ha pasado esta noche, Claire? —preguntó Quinn mirándola de nuevo.

—No lo sé.

—¿Te he malinterpretado? Creía que...

Ella se le acercó. Al parecer, Quinn estaba tan confuso como ella. Todavía había esperanza.

—Yo también creía que...

—¿Hemos...? —Quinn se interrumpió, frunció el ceño y empezó de nuevo—, ¿Me he comportado como un imbécil?

—No. Pero yo sí. Estaba esperando a que tomaras la iniciativa —confesó ella.

—Yo estaba esperando a que me dieras una indicación... No quería presionarte.

Transcurrieron diez segundos. La confusión dio paso al alivio y después a la esperanza.

—¿Te parece que hagamos como si no te hubieras marchado? —preguntó Claire.

Inmediatamente, Quinn se subió al forjado de hierro que separaba los dos balcones.

—¿Qué haces? —preguntó Claire casi gritando.

—Ir ahí.

—¡No! Te vas a romper la cabeza.

—No te preocupes.

El pánico se apoderó de ella.

—Espera, voy a abrir la puerta. Baja de ahí.

—Si entro por la puerta, no podemos hacer como si no me hubiera ido. Tendríamos que empezar, en vez de continuar.

—No tengo ningún problema con empezar otra vez —dijo ella angustiada, viéndolo hacer equilibrios en la barandilla de hierro de su balcón.

—Échate hacia atrás.

Claire se tapó la boca con las manos y retrocedió unos pasos.

Quinn saltó a la barandilla del otro balcón, se balanceó ligeramente y luego aterrizó con una traviesa sonrisa.

—Era absolutamente innecesario —observó Claire, pero con enorme alivio.

—¿En serio? —Quinn se acercó a ella.

—En serio.

Quinn le agarró la mano y la condujo hasta la habitación.

—Una música... interesante —comentó Quinn.

—Apropiada para el momento en el que me encontraba.

—¿Estabas loca?

—No, sólo enfadada conmigo misma.

Aún tomándole la mano, Quinn se acercó al estéreo y cambió la música. Las notas de un clarinete fueron una promesa en la noche. Una mezcla de jazz y blues. Muy sensual.

Quinn encendió una lámpara antes de tomar ambas manos de ella en las suyas.

—¿Me podrías hacer un favor?

—¿Qué favor?

—Ponte otra vez el vestido.

Claire no tenía objeciones.

—Date la vuelta.

Quinn se dio la vuelta. Ella también se dio la vuelta para ponerse el vestido, pero sin nada debajo.

—Ya puedes mirar —dijo Claire dándose la vuelta.

Cuando ambos estuvieron cara a cara, Quinn señaló con un dedo la pared de espaldas a él. Un espejo le había dado una imagen perfecta de la espalda de ella.

—Podías haber dicho algo —murmuró Claire.

—A caballo regalado no se le mira el diente.

—De todos modos...

Quinn se le aproximó.

—Te diré lo que vamos a hacer, PA. Me voy a dar media vuelta y me bajaré los pantalones durante tres segundos. Así estaremos en paz.

—Ah, la regla de la igualdad de condiciones. Bien, de acuerdo.

La respuesta lo dejó sorprendido y Claire se echó a reír.

Quinn la atrajo hacia sí.

—No vamos a hacer nada que no quieras hacer, ¿de acuerdo?

—Voy a hacer un trato contigo, MQ —dijo Claire acariciándole el pecho con la yema de los dedos—. Salvo que te diga que pares, sigue con lo que estés haciendo.

Quinn sonrió perezosa y sensualmente.

—Trato hecho. Siempre y cuando tú me prometas lo mismo.

—¿Sellamos el trato con un apretón de manos?

—Podríamos sellarlo con...

Claire contuvo la respiración mientras los labios de Quinn le acariciaron la mandíbula. El cuerpo entero le tembló cuando él empezó a jugar con el lóbulo de la oreja. Se aferró a él porque las piernas no le sostenían.

—Un baile —concluyó Quinn.

Le gustaba el sentido del humor de Quinn. Contenta, le rodeó el cuello con los brazos y dejó que los de él le rodearan la cintura. Se movieron al son de la música. Las manos de Quinn descendieron ligeramente, estrechándola contra su cuerpo.

Claire se dio cuenta de que estaba enamorándose de él. Quizá, con el tiempo, le pesara; sobre todo, teniendo en cuenta que Quinn le había dicho que no quería tener relaciones estables con una mujer. Pero el posible placer pesaba más que el posible sufrimiento. Durante las últimas semanas, había decidido arriesgarse más. Ya no necesitaba tanta seguridad como antes. Seguridad y aburrimiento.

Lo que estaba haciendo no tenía nada de aburrido.

Y Quinn la necesitaba.

La canción llegó a su fin. Empezó otra, algo más movida, más jazz que blues. No era música lenta, pero continuaron bailando. Quinn le puso las manos en las nalgas y tiró de ella hacia arriba, haciéndola ponerse de puntillas. Ella respiró profundamente al sentir su erección. Continuaron bailando con la promesa de más, mucho más.

—¿Estás segura? —le preguntó Quinn, permitiéndole plantar los talones en el suelo.

«Deja de ser tan considerado», pensó Claire con impaciencia. Lo deseaba. Lo deseaba con desesperación. Ya. No quería pensar, ni debatir ni hablar.

Sólo quería disfrutar de él.

Al ver que no contestaba, Quinn dobló ligeramente las rodillas para mirarla a la cara. Ella le puso las manos en el rostro.

—No tengo ninguna duda —respondió Claire—. ¿Acaso estás buscando una disculpa para escapar?

—Lo que pasa es que te deseo tanto que no quiero asustarte.

«Muy bien».

—No te preocupes. A propósito, estoy tomando la pildora.

—Yo también tengo condones.

—En ese caso, no hay más que hablar.

Claire lo besó suavemente.

—¿No te gusta hablar mientras...?

—Lo que quiero es sentir —respondió Claire.

«Sentir durante el resto de mi vida».

—¿Sientes esto? —Quinn se dispuso a excitarla.

Los labios de él estaban en su cuello, erizándole la piel con la punta de la lengua. Quinn acabó cubriéndole un pezón con la boca por encima del vestido.

A Claire le pareció que llevaba toda la vida esperando a ese hombre. Quinn la necesitaba, lo sabía. Pero ella también lo necesitaba a él.

Claire susurró su nombre.

Quinn la tomó en sus brazos y giró con ella una vuelta completa. Echando la cabeza hacia atrás, Claire rió. El romántico gesto le encantó.

Quinn la dejó en la cama y se tumbó a su lado. Ella quería esperar para que la besara. Lo necesitaba...

Quinn le cubrió la boca con la suya, cálida y maravillosa. Intensa, insistente e irresistible. Llevaba la vida entera esperando sentir eso, sentir esa unión con otra persona, porque sentía una completa unión con Quinn. Y le respondió con caricias y besos.

Quinn levantó el rostro. Sus ojos adquirieron una expresión seria e intensa mientras ella seguía acariciándolo, más abajo, nerviosa y excitada, temblando.

—¿Asustada? —le preguntó Quinn cubriéndole las manos con las suyas en el momento en que ella llegó al botón de la cinturilla de los pantalones.

—No, en absoluto.

—Eres preciosa.

El halago la hizo dejar de temblar.

—Los cumplidos no son necesarios, estoy perfectamente dispuesta, no tienes que convencerme de nada..

—Oh, Claire...

Quinn se apoyó en un codo y, con un dedo, le acarició los labios, el cuello, y continuó bajando hasta deslizarlo por debajo del vestido. Luego le cubrió un seno y empezó a acariciarle el pezón.

—Yo no me ando con cumplidos, Claire. Desde el primer momento que te vi me pareciste muy atractiva.

Ella sacudió la cabeza.

—Sí —insistió Quinn bajándole el escote del vestido y deleitándose en lo que veía— Esa forma de andar perezosa que tienes. La forma como mueves las caderas cuando vas con falda... Eres preciosa y muy atractiva.

Quinn le tocó los pechos y añadió:

—Perfectos —luego le acarició las piernas—, Y éstas son sensacionales.

Quinn la miró a los ojos y sonrió.

—Y lo que he visto a través del espejo me ha parecido muy bien también —concluyó Quinn antes de colocar la boca en uno de sus pechos y empezar a chuparle un pezón.

Claire arqueó la espalda y gimió.

—¿Me crees? —preguntó Quinn.

Sí, lo creía, pensó Claire mientras Quinn le bajaba el cuerpo del vestido hasta la cintura y empezaba a besarle el otro pecho.

—¿Me crees? —repitió Quinn con más dureza en sus caricias.

—Sí, sí.

Claire alzó las caderas para que Quinn le bajara el vestido y sintió el aliento de él acariciándole la piel cuando Quinn tiró la prenda al suelo.

—Perfecta —dijo Quinn con emoción en la voz.

Claire no quería esperar más. Necesitaba sentirlo encima, dentro. Pero no quería meterle prisa, era mejor dejarlo.

Quinn deslizó una mano entre sus piernas. Ella se sobresaltó.

—Tranquila —dijo Quinn acariciándole el vientre con la lengua.

Claire le clavó las uñas en los hombros mientras Quinn le separaba las piernas para tocarla íntimamente.

Claire gimió al sentir algo ardiente y punzante en su bajo vientre. Alzó las caderas y emitió sonidos incomprensibles. Entonces, la mano de Quinn ocupó el lugar que acababan de abandonar sus dedos y a Claire le pareció estar levitando.

Exquisito. Generoso. Incomparable.

Y justo en el momento en que iba a alcanzar la cima del placer, pero antes de aliviar la tensión, sintió el cuerpo desnudo de Quinn encima del suyo.

Quinn la devoró con la boca, su beso sólo disminuyó en intensidad cuando se unió a ella en un momento de absoluta hermosura. Él se quedó muy quieto, su cuerpo en tensión, su respiración entrecortada. Ella saboreó el aroma de ese hombre dentro de ella y la sensación de absoluto bienestar.

La tensión volvió a aumentar. Quinn se movió más profundamente, con más dureza. Le puso una mano detrás de la espalda para alzarle las caderas, sus cuerpos cubiertos en sudor moviéndose al mismo ritmo, hechos el uno para el otro.

Cuando Claire alcanzó el clímax, ocultó el rostro en el hombro de Quinn y no pudo evitar morderlo mientras gemía de placer. El echó la cabeza hacia atrás en éxtasis.

Quinn se movió contra ella, dentro de ella, con un último movimiento.

Después de varios segundos, Quinn bajó la cabeza y la besó. Ella le acarició las mejillas y le devolvió el beso con fervor, temerosa de que Quinn le notara lo mucho que significaba para ella.

Por fin, Quinn se tumbó de costado y la estrechó contra sí.

—Quinn...

—Sssss.

Quinn le acarició el cabello. Ella no podía verle la cara, pero lo sintió sonreír. Pronto, notó que los brazos de Quinn se habían relajado y su cuerpo estaba muy quieto.

«Se ha dormido», pensó Claire.

Intentando no despertarlo, Claire fue a cambiar de postura.

—Vamos, duérmete —le dijo Quinn. —Sí, señor, a sus órdenes. La risa sacudió el pecho de Quinn. —Creía que te habías dormido —comentó Claire. —No. Estaba disfrutando el roce de tu cuerpo mientras te colocabas. Muy agradable. —No lo he hecho a propósito. —Vale.

Claire volvió la cabeza. —Me estaba poniendo cómoda. —Si tú lo dices.

Claire sonrió y cerró los ojos. Se le ocurrió que, en realidad, tenía que darle las gracias a Jenn por esa noche. Lo reconocía.

## *Capítulo 12*

**A**l amanecer de la mañana siguiente, Quinn le escribió una nota a Claire y la dejó encima de la almohada. Casi le acarició el pelo, casi la besó. Pero si la despertaba, tendría que decirle que se iba otra vez a la cárcel y explicarle el porqué. Ya iba a tener suficientes problemas cuando le dijera que no tenía intención de dejar la investigación, como ella quería que hiciera. Era demasiado tarde.

Mientras conducía por la autopista, trató de no pensar en Claire, no quería ensuciarla ni con el pensamiento. El día anterior se quedó perplejo cuando el ayudante del director, en privado, le dijo que lo sabía todo respecto a él. Se sintió sucio, y no quería que a Claire le salpicara su pasado.

Por fin, detuvo el coche delante de la cárcel y enderezó los hombros, preparándose para el enfrentamiento que iba a tener lugar.

Debido a que aquélla era una zona de la cárcel de seguridad media, en vez de serlo de seguridad mínima como la zona del día anterior, el escrutinio al que se vio sometido fue más exhausto y prolongado.

Una vez cumplidos los trámites, lo llevaron a una sala de visitas similar a la del día anterior, salvo que parecía aún más gris y siniestra.

Lo condujeron hasta una mesa, pero estaba demasiado inquieto para sentarse. Había tomado una decisión, ya no podía echarse atrás; sin embargo, la espera lo estaba destrozando.

Lo peor era no saber qué lo esperaba. Llevaba diecisiete años viviendo y trabajando para lograr un objetivo, ganarse el respeto de la gente, que nadie cuestionara su reputación ni sus motivos.

La puerta se abrió. Entró un hombre seguido de un guarda. El hombre se detuvo al verlo; después, continuó avanzando.

—Siéntese —dijo el guarda.

Fascinado al tiempo que con repulsión, Quinn guardó silencio.

El presidiario tomó asiento frente a Quinn.

—Hola, hijo —dijo Robert Gerard.

Quinn se negaba a llamarlo papá, como había hecho hasta cumplir los dieciocho años. Ni siquiera lo reconocía. Lo poco que le quedaba de pelo era gris; sus ojos, color marrón claro como los suyos, ahora carecían de brillo; los pómulos sobresalían por encima de huecas mejillas. Con el cuerpo sumamente delgado, parecía un anciano, aunque sólo tenía sesenta y un años.

—No sabía que te habían trasladado aquí —dijo Quinn.

—Sí, la semana pasada. Por buen comportamiento —dijo Robert con ironía—. Hace años dejé de tratar de ponerme en contacto contigo, Bobby. Lo estuve intentando, al menos una vez al mes, durante siete u ocho años. Pero me devolvieron sin abrir todas las cartas que te envié.

Quinn ignoró el dolor en el tono de su padre.

—Ya no me llamo Bobby.

Quinn había renunciado a ese nombre cuando a su padre lo condenaron a cadena perpetua por traición. Él tenía sólo dieciocho años.

Robert arqueó las cejas.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Quinn.

—El apellido de soltera de tu madre.

—Mejor que otras cosas —aunque no mucho. Su madre también lo había hecho sufrir.

—Tu madre también ha perdido el contacto contigo —dijo Robert.

—Fue ella quien me abandonó —dijo Quinn sorprendido por las palabras de su padre.

—Te pidió que te fueras con ella.

—¿A Europa? ¿Exiliado? ¿A vivir de tu sucio dinero?

—Tu madre tuvo que hacer muchos sacrificios, el primero de todos dejarte.

—Sí, claro. Mi madre agarró el dinero que tú ganaste vendiendo secretos de estado y lleva viviendo como una reina desde entonces.

—¿Qué querías que hiciera?

—Que devolviera el dinero. Que empezara otra vez su vida. No era ella quien había cometido un delito de traición, sino tú.

—Ya veo que sigues siendo un idealista —Robert se inclinó hacia delante—, ¿En serio crees que podría haber seguido viviendo en Estados Unidos sin que la trataran como a la esposa de un espía? ¿Crees que alguien creería que ella no sabía nada del asunto? La única posibilidad que tenía de llevar una vida decente era lejos de los que me conocían. Y otra cosa, si crees que empezó una nueva vida con un montón de dinero, estás completamente equivocado. Al contrario de lo que la mayoría de la gente cree, el trabajo de espía no es demasiado lucrativo.

Quinn miró con dureza a su padre. —Según el fiscal, ganaste mucho dinero. —Lo que gané me lo gasté con mi familia. Después, el gobierno vendió lo que teníamos y los beneficios fueron confiscados.

Quinn se lo quedó mirando con incredulidad.

—¿Tanto tenías que gastarte con tu familia que tuviste que vender secretos de estado al enemigo?

—Cuando tu madre accedió a casarse conmigo, le prometí cuidar de ella. No se me estaba dando muy bien.

—¿Actuaste en contra de tu país sólo para que tu esposa tuviera una casa mayor y un coche nuevo?

—Peggy era muy frágil.

—Débil.

—Es posible.

—La estás utilizando para ocultar tu propia debilidad.

—Me entregué a las autoridades para protegeros a ti y a tu madre. Yo no llamo debilidad a eso.

—Te entregaste porque temías que iban a atraparte —contestó Quinn—. Demasiado tarde.

—Vivo con la esperanza de que nunca es demasiado tarde.

Quinn intentó leer entre líneas.

—¿Esperas de mí comprensión?

—Lo que espero es que entiendas la situación. Nunca me diste la oportunidad de explicarme. Supongo que ésta va a ser la única ocasión que se me presente. Cuando me enteré de que venías, no sabía qué pensar. Llegué incluso a esperar que me habías perdonado.

—Ni en sueños.

—Perdonar es bueno —dijo Robert sin poder contener la emoción en su voz.

A Quinn le dieron ganas de gritar, pero se contuvo.

—Te encarcelaron. Mi madre se fue a Europa. Y los dos me dejasteis solo cargando con las consecuencias de vuestra traición. Perdí mi vida y a mis amigos por vuestra culpa. He pasado la mayor parte de mi vida de adulto solo, con miedo de que alguien descubriera quién soy.

«Acabo de descubrir la luz y el sol y no voy a volver a las sombras».

—Por mí, puedes irte al infierno. No te perdonaré jamás —añadió Quinn cruzando los brazos.

Robert se recostó en el respaldo del asiento. Por fin, dejó de mirar a su hijo y clavó los ojos en el tablero de la mesa.

—¿A qué has venido? —preguntó Robert con voz derrotada.

—He venido porque ayer estuve visitando a otro preso. Al igual que al resto de los visitantes, han mirado en los ordenadores antes de dejarme entrar y descubrieron mi relación contigo. Me pidieron que viniera a verte.

—Así que no ha sido por interés propio, ¿eh?

—No, de ninguna manera.

Robert se encogió de hombros.

—En ese caso, ¿por qué has venido hoy? Podrías haber ignorado la petición y haberse olvidado de mí.

—Curiosidad.

—¿Has satisfecho ya tu curiosidad?

—Sí, para el resto de mi vida.

Robert alzó la cabeza muy despacio. Luego, clavó los ojos en Quinn.

—Quizá algún día logres perdonarme por haberte destrozado la vida. Vendí algo de información tecnológica, pero te aseguro que nadie murió por ello. Tampoco fue el fin del mundo.

—Lo fue del mío —Quinn enderezó la espalda, pero no pudo evitar sentirse culpable.

Su vida no estaba destrozada. A pesar de sus padres, se había labrado un porvenir. Había aprendido a vivir sin el apoyo de su familia. Pero se sentía como Claire el día anterior, no podría soportar una nueva revelación.

No obstante, tenía algo importante que preguntar.

—¿Te arrepientes de lo que hiciste?

—Sí, todos los días.

Quinn asintió y miró al guarda.

—Estoy listo para marcharme.

—Espera —le dijo su padre—. Déjame hacerte un par de preguntas, sólo será cuestión de unos minutos más.

Robert hizo una pausa. Al ver que Quinn no asentía, pero tampoco se negaba, continuó.

—Has dicho que ayer viniste a ver a un preso. ¿Te has hecho abogado, como querías?

—Investigador privado.

—¿Por qué el cambio?

—Porque me permitía el anonimato.

—Ah —Robert asintió—. ¿Te has casado? ¿Tienes hijos?

—No —Quinn necesitaba salir de allí, pero no podía hacerlo hasta que no se llevaran a su padre—. No tengo nada más que decir.

Robert se puso en pie, pero se quedó quieto al lado de la mesa.

—Eres mi hijo y te quiero —dijo Robert con voz temblorosa—. Gracias por venir a verme.

«Te quiero». Esas palabras golpearon el corazón de Quinn, pero de su boca no salió sonido alguno.

—Tengo la dirección de tu madre y su número de teléfono si quieres.

—¿Se volvió a casar?

—No nos hemos divorciado.

El guarda instó a Robert a salir de la sala. Volvió la cabeza y añadió:

—Odíame si quieres, pero el único delito de tu madre fue enamorarse de un hombre que no pudo ofrecerle la vida que se merecía.

Quinn no respondió.

—Es tu madre, Bobby.

La puerta se cerró. Quinn no se movió hasta que otra guarda lo hizo levantarse.

Volvió a su coche como envuelto en una niebla. Condujo hasta encontrar un lugar con vistas al mar, y paró para descansar. En la distancia, vio el hotel en el que había pasado una maravillosa noche con Claire. Habían hecho el amor dos veces, la segunda con menos control, menos ternura, pero incluso más intensidad.

Al volver, Claire iba a preguntarle dónde había estado y él no quería hablar de ello.

Se sentó en una roca y cerró los ojos, dejando que el sol le bañara el rostro.

Claire se agachó en la arena, tenía las piernas frías después de la hora que había estado paseando por la orilla del mar.

Con las sandalias en una mano, se hizo sombra encima de los ojos con la otra y miró en dirección a las escaleras que subían al hotel.

Nada.

¿Dónde estaba Quinn?

Al despertarse, había leído la nota en la almohada que le había dejado Quinn diciéndole que le subirían el desayuno a las ocho y que él creía que estaría de vuelta a las nueve. Por supuesto, no había mencionado adónde iba.

Ella había esperado despertarse en sus brazos.

—¡Claire!

Claire volvió la cabeza y vio a Quinn bajando las escaleras, ni despacio ni deprisa. No sabía cómo reaccionar. La había molestado que Quinn se marchara sin despertarla para decirle adónde iba, pero también estaba satisfecha y feliz después de haber hecho el amor con él. Además, no sólo le agradecía haberla llevado allí, sino también haberla ayudado a intentar encontrar a su hermana antes de que pudieran hacerlo las autoridades.

Al final, decidió ignorar el enfado y se alegró de que Quinn estuviera de vuelta.

Mientras Quinn se le acercaba, ella sonrió. Le puso las manos en el pecho cuando llegó a su lado.

—¿Cómo...?

Quinn la besó. Y la besó. Y la besó. Después, la abrazó con fuerza.

—Te he echado de menos —dijo Claire junto a su pecho.

Quinn no contestó.

—¿Has desayunado? —le preguntó él por fin.

El hecho de que no le dijera algo más personal le causó una desilusión.

—Sí, ¿y tú?

—Todavía no.

—Tomaré un café contigo mientras desayunas —Claire se sentía casi como una desconocida.

—Bien.

—Necesito arreglarme un poco primero —añadió ella.

Quinn asintió.

Mientras caminaban hacia el hotel, Claire se dio cuenta de que algo le ocurría a Quinn. Era como si llevara un peso sobre sus hombros. Pero también sabía que Quinn no querría hablar de ello. Estaba segura.

Decidió no hacerle preguntas de momento.

En silencio, se dirigieron a la habitación de ella. Quinn la siguió adentro. La nota que él le había escrito seguía encima de la almohada. Claire lo vio mirando la nota.

—Te esperaré en el balcón —dijo él.

Claire le puso una mano en el brazo, deteniéndole. Vio en los ojos de Quinn agonía. ¿Qué había pasado? ¿Qué lo había hecho cambiar?

Sabía que tenía que distraerlo, hacerlo pensar en otra cosa.

Haciendo acopio de valor, Claire se sacó la camiseta por la cabeza y se bajó los pantalones cortos. Encima de la cama, se puso de rodillas y empezó a desabrocharle a Quinn la camisa.

Al principio, Quinn permaneció inmóvil; resistiéndose, pero no rechazándola. Después, poco a poco, se concentró en ella.

—No esperaba verte con ropa de lencería tan sensual, PA —dijo Quinn mirándola mientras le quitaba la camisa.

—Soy una cajita de sorpresas —respondió ella lanzándole una coqueta mirada antes de empezar a quitarle los pantalones.

Desnudo, Quinn se reunió con ella en la cama. Le quitó el sujetador lentamente, entre caricias y besos, sabiendo lo que la excitaba y lo que la volvía loca.

—Ahora me toca a mí —dijo ella después de un rato, haciéndolo parar.

Quinn no protestó.

Claire le hizo olvidar todo salvo a ella. Quinn le agarró el pelo y se lo apartó para poder mirarle el rostro. Ella lo hizo temblar. Le hizo contener la respiración. Le hizo...

—Ven aquí —dijo Quinn alzándola.

Claire se encontró encima de él, moviéndose con él, sintiéndose deseada. Quinn recibió con la boca su aliento, le cubrió las nalgas con las manos para ayudarla a encontrar el ritmo; luego, la dejó establecer el ritmo que ella quería.

Claire se movió hasta casi alcanzar el climax, y entonces se detuvo hasta que la sensación se desvaneció. Volvió a moverse otra vez. Volvió a parar.

—No puedo —dijo Quinn con voz ronca, cambiando de posición hasta colocarse encima, penetrándola con profundidad, volviéndola loca.

Sólo había sensaciones. Un rápido ascenso, poderoso, una cresta. Quinn gritó su nombre. Ella alzó las caderas y le hundió los dedos en la espalda. Quinn se movió con más dureza y rapidez, besándola al mismo tiempo. Todo se intensificó. Por fin, lo sublime.

Claire tardó un rato en notar el maravilloso peso del cuerpo de él encima del suyo, el sonido de su respiración, las caricias de Quinn en el rostro.

—Gracias —le dijo él.

—No, gracias a ti —contestó Claire solemnemente, haciendo un esfuerzo por no sonreír.

Apoyándose en los brazos, Quinn se incorporó ligeramente y la miró a los ojos.

—Supongo que darte las gracias ha sido un poco...

—Tonto.

—Más o menos. Bueno, sí.

.En ese caso, ¿por qué me has dado las gracias? —Claire le peinó los cabellos con los dedos.

—No lo sé.

Sí, claro que lo sabía, pero no quería decírselo.

—Está bien. Bueno, ¿se te ha abierto el apetito? —preguntó ella.

Quinn se movió hasta tumbarse de lado, pero manteniéndola a su lado.

—Sí —Quinn le acarició el rostro—. No me has preguntado dónde he estado.

—Supongo que me lo dirás... si quieres hacerlo.

Aunque se moría de curiosidad.

—¿Y si no quiero?

Claire le tomó la mano y se la besó. Después, lo miró con tristeza.

—En ese caso, no tenemos una buena relación, ¿no te parece?

Ocho horas más tarde, cuando Quinn paró el coche delante de su casa, Claire seguía preguntándose por qué él no quería decirle lo que había hecho por la mañana.

Tenía la impresión de que Quinn no iba a salir del coche. Apartando el rostro para que viera lo desilusionada que estaba, movió la manija de la puerta.

Quinn se inclinó sobre ella y le cubrió la mano con la suya.

—Claire.

«Haz como si nada, haz como si nada».

—¿Mmmmm?

—He escuchado los mensajes que me han dejado y, al parecer, tengo bastante trabajo esperándome. No tenía pensado ir a Santa Bárbara, así que el trabajo se me ha amontonado. Me va a llevar unas horas.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que no voy a entrar contigo a tu casa.

—No creía que fueras a hacerlo —contestó Claire en tono de no darle importancia.

—Te llamaré mañana.

—De acuerdo —Claire esperó unos segundos antes de volver el rostro y mirarlo a los ojos—. Siento lo que ha pasado con Jenn.

—¿A qué te refieres?

—A no haber averiguado nada que pudiera ayudarnos a localizarla. Sé que piensas que tu reputación profesional está en juego.

—Sobreviviré.

—Estupendo —dijo ella con falso ánimo.

No había nada más que hablar. Claire agarró su bolsa y abrió la puerta del coche.

—¿Es que no me vas a dar un beso de despedida?

Claire quería que Quinn se quedara, quería tenerlo otra noche para ella sola.

Por fin, se volvió hacia él. Quinn le acarició el rostro y la besó.

—Buenas noches —dijo él.

Claire salió del coche. Antes de cerrar la puerta, se agachó y depositó un objeto en la mano de Quinn.

—Para ti.

Quinn miró la pequeña y blanca caracola que tenía en la palma de la mano.

—Un recuerdo, MQ.

Quinn cerró el puño.

—Adiós.

Aquella noche, antes de acostarse, Claire encendió el ordenador para ver si tenía algún mensaje electrónico... y encontró uno de Jenn.

## Capítulo 13

Quinn no prestó atención a la espectacular vista de la bahía de San Francisco de la sala de conferencias de ARC. La noche anterior había llamado a sus investigadores para que fueran a la oficina a las siete de la mañana a una reunión.

Todos habían llegado pronto y él les había contado los hechos referentes a Jenn, Claire y Beecham; pero Cassi había ido a contestar una llamada telefónica que no podía ignorar y, entretanto, Jamey se había ofrecido a preparar café mientras la esperaban.

A Quinn le estaba costando un gran esfuerzo no perder la paciencia, casi perdida del todo la noche anterior. ¿En serio creía Claire que había estado buscando a Jenn por salvaguardar su reputación profesional? De ser sólo por eso, habría dejado el caso dos semanas atrás.

Por otra parte, había tenido la oportunidad perfecta para decirle a Claire que iba a seguir buscando a Jenn, pero no lo hizo. Era raro en él no enfrentarse a las situaciones difíciles.

Ahora, quería la opinión de Cassie y de James porque no había tiempo que perder.

—Perdonad —dijo Cassie después de colgar el teléfono—. Llevaba esperando una semana la llamada de ese tipo.

Jamey volvió con tres tazas de café.

—Enséñale a Olivia a hacer café, por favor —le dijo Cassie a Jamey alzando su taza a modo de brindis—, Haces el mejor café del mundo.

—Preferiría enseñarte a ti —respondió él.

—Pero es Olivia quien dijo en su entrevista de trabajo que no tenía inconveniente en prepararnos café.

—Olivia necesitaba trabajo.

—Yyo creo que...

—¿Podríamos centrarnos en el caso? —interrumpió Quinn.

—Perdón —se disculpó Cassie—. Está bien, resumiendo, tú crees que la tal Jenn está metida en graves problemas y, por ser la hermana, Claire también lo está.

—Beecham está tratando de encontrar a Jenn. Yo creo que nuestra visita a la cárcel ha servido para aumentar sus sospechas respecto a que Jenn sabe dónde está el dinero. Durante la noche me pasé dos veces por casa de Claire, también lo he hecho esta mañana; no he visto la furgoneta blanca, pero eso no quiere decir que no la estén vigilando.

—¿Por qué van a vigilar a Claire? —preguntó Jamey—. Es evidente que no sabe dónde está su hermana.

—Por ser el único lazo de unión con Jenn. Salvo su madre, claro; pero la madre es tan... rara que no creo que nadie le preste mucha atención.

Cassie frunció el ceño.

—No sé. Beecham ha vivido con Jenn durante un año, es de suponer que tenga una idea de adonde ha ido Jenn o qué ha hecho. Así que... ¿por qué Claire? A menos que alguien quiera utilizarla como cebo para encontrar a Jenn.

—He considerado esa posibilidad y es por eso por lo que quería que Claire me acompañara a ver a Beecham, para que se diera cuenta de que Claire no sabe dónde está su hermana. Ese hombre es muy ambicioso, pero no lo veo como asesino.

—No es necesario que mate a nadie —observó Cassie—. Es evidente que ha contratado a alguien para hacer el trabajo sucio y es posible que ese alguien no tenga reparos en matar o raptar. Es posible que le hayan dicho que haga lo que considere necesario.

—Lo que dices tiene sentido, Cass; sin embargo, no lo veo así. Si yo fuera Beecham, lo que más me preocuparía sería que el tipo al que he contratado se largara con el dinero, los brillantes o lo que sea.

—Es posible que Beecham no le haya dicho nada del dinero al tipo que ha contratado —comentó Jamey—. Puede ser que lo que quiera es conocer el paradero de Jenn hasta el momento en que salga de la cárcel y pueda encargarse de ella personalmente. ¿Podría gastarse Jenn cinco millones de dólares mientras Beecham cumple su sentencia? Sí, pero le resultaría difícil ser discreta. Compraría una propiedad, y de eso queda constancia.

Jamey ladeó la cabeza y añadió:

—Me parece que también te preocupa que sea el fiscal quien la esté buscando.

—Sí. Tarde o temprano unos u otros acabarán encontrándola, y lo va a pasar muy mal; sobre todo, si tiene el dinero. Y Claire va a ser víctima de los medios de comunicación.

—¿Por qué? —preguntó Cassie.

—Porque es lo que pasa siempre —Quinn se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, dándoles la espalda a Jamey y Cassie—. No estoy diciendo que el nombre de Claire vaya a aparecer en los periódicos, pero la van a perseguir. Le van a pedir que hable sobre su hermana, y ella la va a defender. Sí, los medios de comunicación sólo hacen su trabajo, pero yo voy a hacer lo que esté en mis manos por proteger a Claire.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí realmente, Quinn? —le preguntó Cassie con impaciencia—. Estamos hablando de un caso que no existe. Estamos especulando, nadie corre peligro.

—Estamos aquí porque lo digo yo.

Se hizo un profundo silencio. Una respuesta brillante, pensó Quinn enfadado consigo mismo. Cassie y Jamey debían de estarse mirando, preguntándose si su jefe se había vuelto loco. Y era probable, debido a que el dolor que había sufrido de joven se había reavivado en él el día anterior al ver a su padre.

En cualquier caso, estaba decidido a exagerar de precavido. Mejor prevenir que curar.

Tenía que encontrar ajenn.

Se metió las manos en los bolsillos y tocó la caracola que Claire le había dado. Quizá estuviera obsesionado. Cabía la posibilidad de que hubiera perdido el control. No parecía tener elección.

—De acuerdo —dijo Jamey—, creo que Cassie y yo comprendemos lo mucho que esto significa para ti. Vamos, dinos qué quieres que hagamos.

Ya habían hecho lo que él quería, le habían dado su opinión, habían confirmado que estaba un poco loco y bastante obsesionado con... ¿Con qué? ¿Con el caso?

Agarró con fuerza la caracola mientras se recordaba que debía ser honesto consigo mismo. La verdad era que estaba loco por y obsesionado con Claire.

—Ya os lo diré —respondió Quinn—. Y si se os ocurre algo, decídmelo. Ah, y gracias por venir tan temprano.

Cassie asintió. Luego, agarró su taza y unos papeles y salió de la sala. Tenía cosas que hacer.

Jamey se quedó un momento más.

—¿Hay alguien que esté pagando esta investigación? —preguntó Jamey.

—No —respondió Quinn, dispuesto a defender su posición.

—Está bien. Si necesitas que alguien se quede vigilando a Claire para asegurarse de que todo está bien, avísame.

—Gracias.

Jamey le dio una palmada en el hombro y se fue.

Quinn se miró el reloj, aún no eran las siete y media. Como no quería llamar a Claire tan temprano, se puso a trabajar unas horas. Por fin, llamó a Claire.

—¿Diga?

Hasta que oyó la voz de Claire no se había dado cuenta de lo tenso que estaba.

—¿Diga? —repitió ella al ver que nadie contestaba.

Quinn se enderezó en su asiento.

—Buenos días, PA —respondió Quinn alzando la voz debido al ruido al otro lado de la línea—. ¿Cómo estás?

Oyó ladrar al perro con fiereza.

—¿Hay alguien en la puerta?

—Creo que no. Pero espera, voy a ver por si acaso.

Quinn esperó. Se dio cuenta de que Claire tenía el teléfono inalámbrico porque podía oír sus pisadas.

—No veo a... Espera. ¡Rase, no! Es el cartero. Rase se pone como loco cuando viene el cartero, no lo comprendo. El hombre viene todos los días y ni siquiera llama a la puerta.

—Ese es el problema precisamente.

—¿Qué quieres decir? El pobre cartero no supone ninguna amenaza, Rase debería haberse dado cuenta de eso.

—El animal está protegiendo su casa y ahuyentando al cartero. Está orgulloso de sí mismo porque ha hecho su trabajo.

—Nunca lo he visto de esa manera.

Quinn oyó ruido de coches y supuso que Claire había salido afuera para recoger el correo. Se le ocurrió...

—¿Sigues recibiendo el correo de Jenn?

—No, nunca lo he hecho. Jenn tiene un apartado de correos.

Un apartado de correos. Él no podía averiguar dónde, pero el fiscal del distrito sí.

—¿Qué tal tienes el día? —preguntó ella.

—Muy ocupado.

¿Ahora qué? ¿Iba a ponerse en contacto con el fiscal? Le había dicho a Claire que no lo haría.

—¿Quieres venir a cenar esta noche? —le preguntó ella.

Le gustaría, pero... ¿debía hacerlo? ¿Cuánto tiempo podía seguir ocultándole a Claire la verdad?

—No sé. Tengo que...

—No importa —lo interrumpió ella—. Era sólo una idea.

—¿Qué tal mañana?

—Es posible. Bueno, tengo que volver a... lo que estaba haciendo. Hasta luego —Claire colgó sin esperar a que se despidiera.

Quinn colgó el auricular. Olivia apareció en la puerta.

—Hay un periodista que quiere verte, aunque no tiene cita —anunció ella.

El fiscal del distrito debía de haberse puesto en contacto con los de la prensa informalmente con el fin de forzar a Jenn a salir de su escondite, era la única explicación que se le ocurría de que un periodista quisiera hablar con él.

—Dile que pase —le dijo a Olivia.

Hablaría con el periodista. Después, llamaría a Claire para advertirle de la posibilidad de que la prensa intentara ponerse en contacto con ella y de cómo responder.

Olivia hizo pasar a un veterano que parecía haber visto de todo durante sus años de profesional y había logrado sobrevivir. De cincuenta y tantos años, cabellos rojos salpicados de gris y mirada inteligente.

—John Foley —dijo el periodista ofreciendo la mano.

—Quinn Gerard. Siéntese, por favor.

Foley esperó a que él también se sentara para hablar. Por fin, abrió un cuaderno de notas.

—No me reconoce, ¿verdad?

A Quinn raramente le fallaba la memoria, pero no lograba recordar a aquel hombre.

—No.

—Hace diecisiete años escribí una serie dividida en tres partes sobre su padre.

## Capítulo 14

Claire se levantó después de una noche dando vueltas en la cama. Había esperado que Quinn la hubiera vuelto a llamar el día anterior, pero no lo había hecho, por lo que estaba dolida con él.

No había imaginado que Quinn fuera la clase de hombre que, después de acostarse con una mujer, no quería volver a verla.

En fin, no era la primera vez que se equivocaba.

Rase corrió escaleras abajo mientras ella se dirigía a la cocina a preparar un café. En el vestíbulo, se detuvo, se ató bien la bata y luego salió para recoger el periódico.

Dejó el periódico encima del mostrador de la cocina, dio de comer a Rase y preparó el café.

Cuando se sentó con la humeante taza delante, agarró el periódico, le quitó la goma elástica y la primera página llamó su atención: *El espía que se libró de la pena capital se enfrenta a otra forma de morir*. No era un tema que normalmente le interesara, pero el apellido Gerard llamó su atención al momento y continuó leyendo. El artículo hablaba de Robert Gerard, un antiguo residente de la zona de la bahía condenado a cadena perpetua por un delito de traición diecisiete años atrás, que ahora estaba muriendo de cáncer de hígado a los sesenta y un años. Robert Gerard tenía un hijo, Robert «Quinn» Gerard, un investigador privado de San Francisco.

Claire se quedó atónita. Se sentía clavada a la silla. El café se le enfrió mientras leía el artículo con suma lentitud. Al final, se conectó a Internet y buscó la página web del periódico para leer una serie dividida en tres partes escrita sobre el tema años atrás.

Quinn debía de tener por entonces dieciocho años. Su nombre y el de su madre, Peggy, estaban incluidos en el artículo. Se había cambiado el nombre. ¿Por vergüenza?

Claire se recostó en el respaldo del asiento. El artículo decía que Quinn se había negado a hablar de su padre. Podía imaginar su expresión.

Ahora empezaba a comprender. Quinn había ido a la cárcel a visitar a su padre la mañana que estaban en Santa Bárbara.

¿Había descubierto esa mañana que su padre se estaba muriendo de cáncer? ¿Era por eso por lo que estaba tan tenso? ¿Con qué frecuencia iba a visitar a su padre?

Claire agarró la tarjeta de visita de Quinn y lo llamó al móvil, pero sólo estaba el contestador. Colgó y llamó a la oficina, allí le dijeron que Quinn no iba a ir a la oficina ese día.

—Soy una amiga —le dijo a la mujer que había contestado la llamada—. ¿Está trabajando fuera o está en casa?

—No podría decírselo —le respondieron.

—Por favor, ¿podría hablar con Jamey Paladin?

—Está en una reunión.

—Dígale que soy Claire Winston, por favor —Claire se paseó mientras esperaba.

Sólo tuvo que esperar un par de minutos.

—Señorita Winston, soy James Paladin. Dígame qué se le ofrece.

Quinn abrió la puerta de un mueble y miró a la botella de whisky regalo de Navidad de un cliente. La botella aún estaba sin abrir.

Agarró la botella y luego la soltó. Demasiado temprano.

Demasiado estúpido.

Cerró la puerta de un golpe, se alejó y, al pasar por un espejo, vio su imagen. Tenía aspecto de no haber dormido, y así era, de no haberse duchado y de no haberse afeitado. Llevaba una camiseta y unos pantalones de chándal que se había puesto esa mañana para ir a comprar el periódico. Sabía que iba a salir el artículo, Foley se lo había dejado muy claro antes de que él lo echara de la oficina. Lo que no había imaginado era que apareciese en la portada del periódico.

No sabía cómo se había enterado el periodista de que era socio de ARC, tampoco sabía cómo había encontrado la oficina, ya que el teléfono no aparecía en la lista y la dirección, aunque no secreta, tampoco era conocida.

Evidentemente, ese periodista tenía contactos. Lo más probable era que la persona que le había dicho a Foley que Robert estaba muñéndose era la misma que lo había informado de dónde trabajaba él. Lo que significaba que era alguien de la cárcel, alguien con acceso a la información que él había dado con el objeto de poder visitar a Beecham.

Estaba muriéndose.

Quinn se dejó caer en el sofá, apoyó la cabeza en las manos e intentó no pensar en su padre. ¿No podía haber sido él quien se pusiera en contacto con Foley...?

No. Quinn no podía creer eso.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. El pasado lo acechaba. Y no sólo lo afectaba a él, sino a ARC, a la empresa cuyo éxito dependía en gran medida de su discreción y confidencialidad. Si el artículo sobre su padre que aparecía en la portada del periódico dañaba...

El timbre sonó.

Se le hizo un nudo en el estómago y no se movió. El timbre volvió a sonar. Él siguió ignorándolo. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie.

—¡Sé que estás ahí!

Claire.

—A menos que quieras que tus vecinos se enteren de lo que hablamos, será mejor que me abras —dijo ella.

Quinn bajó las escaleras mientras Claire golpeaba la puerta.

—Eh, espera un momento. Ya voy —gritó Quinn.

El golpeteo cesó.

Quinn respiró profundamente, se peinó con las manos y abrió.

Le escoció la garganta. No se había dado cuenta de lo mucho que la necesitaba hasta no verla ahí con ojos llenos de comprensión.

—Podrías hasta asustar a los niños en Halloween —dijo ella entrando sin esperar a que la invitara.

Sorprendido, Quinn pensó que Claire podía ser muy tierna y dulce... y encantadoramente irritante. El hecho de que pareciera saber que él no quería compasión le agradó.

Rase empezó a saltar alrededor de sus piernas. Pero cuando él lo miró severamente, el animal se sentó al instante.

—¿A qué has venido? —le preguntó él.

Pero, en realidad, quería preguntar: «¿Cómo te has enterado de dónde vivo?».

—Pasábamos por aquí.

Quinn no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Vamos, sube —dijo él señalando las escaleras del dúplex.

Cuando subieron al segundo piso, Quinn llenó un cuenco de agua para Rase y lo dejó en el suelo de la cocina. Observó a Claire mientras ésta contemplaba el cuarto de estar y se preguntó qué estaría pensando.

Con las manos en los bolsillos, se acercó a ella. Sus dedos tocaron la concha.

—Jamey me ha dado tu dirección —confesó Claire.

Luego tendría que llamar a Jamey para darle las gracias o para echarle una bronca.

—Siéntate.

Claire se sentó en el medio del sofá de cuero. Él tomó asiento en uno de los sillones que hacían juego con el sofá.

—¿No vas a decirme qué te parece mi casa? —preguntó él retrasando la inevitable conversación sobre su padre.

—Es muy... ordenada.

Quinn esbozó una ladeada sonrisa. Rase se les acercó con el hocico mojado y dio unos cabezazos a Quinn en la pierna.

—Eso significa que quiere que le des un abrazo —le explicó Claire—. No va a dejarte en paz hasta que lo hagas.

Como no tenía ganas de discutir, Quinn le dio un abrazo al perro; después, el animal se tumbó a los pies de él y se quedó quieto.

Quinn miró a Claire fijamente.

—Como no contestabas el teléfono, he recurrido a Jamey. Por favor, no te enfades con él.

—No estoy enfadado.

—¿Por qué no me dijiste nada de tu padre?

Al parecer, Claire había decidido no perder más tiempo.

—He hecho lo posible por olvidarlo.

—Fuiste a verlo a la cárcel al día siguiente de ver a Beecham.

—Sí.

—¿Vas a verlo con frecuencia?

—Ni siquiera sabía que estaba allí. Me enteré justo después de ver a Beecham. No lo había visto desde que lo condenaron.

Se hizo un profundo silencio.

—Eso es muy triste —dijo Claire—. Y ahora se está muriendo.

—Eso parece.

Claire arqueó las cejas.

—Es el periodista quien me lo ha dicho —explicó Quinn.

—¿No te lo ha dicho tu padre?

El negó con la cabeza.

—¿Te has enterado por el periódico? —preguntó Claire con incredulidad en la voz.

—No. Ayer, el periodista que ha escrito el artículo vino a mi oficina y me lo dijo. Supongo que pensaba que yo ya lo sabía.

—Oh, lo siento, Quinn.

—Robert Gerard es un desconocido para mí, Claire. Le pagaba un gobierno extranjero a cambio de información de su propio país. Cometió traición. Tiene lo que se merece. La única razón por la que no lo condenaron a muerte fue porque se entregó él mismo antes de que lo atraparan.

—De todos modos, es tu padre.

—Para mí como si no lo fuera.

—No habrías ido a verlo si no te importara nada.

—Estaba por ahí cerca y sentía curiosidad.

—No te creo —dijo ella con voz queda.

—Claire, no todos ven la vida de color de rosa como tú.

Claire parpadeó.

—En eso somos diferentes —contestó ella.

—Sí, lo somos.

—¿Dónde está tu madre?

—En Europa, aunque no sé exactamente dónde. Desapareció con el dinero sucio de mi padre.

—¿Tampoco la has visto?

Él sacudió la cabeza.

—Quinn...

—No lo digas —Quinn se levantó, se acercó a la ventana y miró al jardín interior—. No sabes lo que tuve que pasar.

—Lo único que sé es que daría cualquier cosa por volver a ver a mis padres, aunque sólo fuera por un día.

—Yo no soy como tú.

—Pero...

El timbre sonó.

—Yaya suerte —murmuró Quinn.

Bajó al piso inferior y abrió la puerta. Era Sam Remington, uno de los socios de ARC.

—Tenemos que hablar —dijo Sam sin preámbulos.

—Sí —Quinn abrió la puerta del todo y, con un gesto, le indicó a Sam que entrara y subiera las escaleras.

Sam era el que le había recomendado a sus dos otros socios, que no estaban convencidos de que fuera bueno para la empresa porque lo encontraban demasiado poco sociable.

Quinn hizo las presentaciones brevemente. Claire parecía incómoda.

—Bueno, creo que voy a marcharme ya —dijo ella vacilante, más bien a modo de pregunta.

—Te llamaré luego —dijo Quinn.

Vio un brillo de pesar en los ojos de Claire, pero sólo momentáneamente.

—Encantada de conocerlo —le dijo ella a Sam.

—Igualmente.

No había sido su intención ofender a Claire, pero lo había hecho.

—¿Has venido en avión esta mañana? —preguntó Quinn a Sam cuando se quedaron solos y se sentaron.

—No. Dana tenía que venir anoche y la acompañé.

La esposa de Sam era senadora y pasaba la mayor parte del tiempo en Washington. Los dos viajaban constantemente.

—Esta mañana, me he quedado algo sorprendido al ver el periódico.

—Yo también.

—Siento lo de tu padre.

Quinn se encogió de hombros.

—Escucha, sé que esto es un problema para la empresa.

—Desde luego, nos ha pillado de sorpresa.

Hacía muy poco tiempo que Quinn había empezado a sentirse a gusto, a creer que no estaba solo en el mundo.

—Presentaré mi dimisión inmediatamente —dijo Quinn conteniendo la angustia.

—No queremos que dimitas —respondió Sam.

Un inmenso alivio se apoderó de él. No podía ni hablar.

—Estamos contigo. No obstante, tenemos que prepararnos para lo que pueda pasar. Aunque he visto que el periodista no ha mencionado el nombre de la empresa.

—Todavía no, pero el artículo ha enfatizado lo irónico que es que el hijo del espía sea investigador privado. ¿Qué puede impedir a ese periodista que decida seguir escribiendo sobre el hijo que intenta enmendar los delitos de su padre? El hijo dedicado a ayudar al inocente y al necesitado.

—¿Es por eso por lo que te hiciste investigador privado?

—Sí, en su mayor parte.

—En ese caso, es posible que sea eso lo que debieras hacer, contar la historia tú mismo, a tu manera. Llama al periodista.

Quinn se rebeló contra la idea.

—¿Que salga más a la luz pública? No, ni hablar.

—Si se maneja bien, funcionará. Escucha, podríamos hablar con los de la oficina de Dana. Hay gente muy preparada que podría ayudarnos con la

presentación. Este tipo, Foley, el periodista... Diana lo conoce desde hace años. Es un periodista de fiar.

Quinn se frotó el rostro con las manos.

—De acuerdo. Estoy dispuesto a discutir la posibilidad de hacerlo.

—Estupendo. Voy a llamar para ir a ver a los de la oficina de Dana esta tarde. Te llamaré con lo que me digan. Contesta el teléfono, por favor.

Quinn asintió.

Después de que Sam se marchara, Quinn se dio una ducha, se afeitó y se preparó huevos revueltos con tostadas. Trató no de pensar en la expresión de dolor de los ojos de Claire.

Sam lo llamó para decirle que la cita era a las cuatro de la tarde, aún le quedaban cuatro horas.

Miró al teléfono, lo pensó mejor y se apartó de él. Se acercó a la ventana con vistas al patio y vio un perro.

¿Rase?

Entonces vio a Claire jugando con él, corriendo y saltando. ¿Qué estaba haciendo ahí? Se había marchado hacía una hora.

«¿Por qué estás aquí todavía?», se preguntó en silencio.

Pero se dio cuenta de que no importaba. Claire estaba ahí.

Y él la necesitaba.

Bajó corriendo al patio. Claire sonreía, estaba preciosa. Rase lo vio y empezó a ladrar.

—Hola, MQ estábamos...

Quinn la besó. Luego la estrechó en sus brazos y esperó a que Claire abriera los ojos para besarla otra vez mientras le acariciaba el sedoso cabello.

Y la levantó en sus brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella mirando a su alrededor.

—Es una nueva regla. —¿Sí?

—Cada vez que me beses así tenemos que acostarnos.

—Oh —Claire sonrió—. Salvo que más bien has sido tú quien me ha besado.

—¿Quieres cambiar la regla, PA?

—No, en absoluto.

Rase corrió alrededor de ellos.

—Necesitas entrenamiento, perro.

—A mí no me hace caso —Claire apoyó la cabeza en el hombro de él.

Quinn volvió la cabeza y la besó.

—¿Por qué estabas aquí todavía? —preguntó Quinn.

—Estaba esperando a ver si tenía el valor suficiente para volver a llamar a tu puerta.

—¿Así que te has quedado por aquí para ver si te veía por la ventana?

—Quería dejar que tú tomaras la decisión. Si no querías verme, no bajarías a buscarme.

—No te he visto hasta hace un minuto.

Quinn volvió a besarla y luego subió los escalones que daban a su puerta.

—Puedes dejarme en el suelo —dijo ella sin estar convencida.

—Estoy tratando de ser romántico, PA.

Claire lo besó en la sien, en la mandíbula, en el oído... Quinn sintió la lengua de ella acariciándole el cuello.

—Eres muy romántico —dijo Claire—, pero yo no soy una pluma.

Quinn gruñó y asintió, ella le dio en el hombro con el puño.

—Tú misma lo has dicho —observó Quinn con una traviesa sonrisa.

Cuando llegaron al dormitorio, Quinn cerró la puerta con el pie para evitar que Rase entrara. Después, dejó a Claire en la cama y se tumbó jadeante.

—¿Lo ves? —dijo Claire acercándose a él en la cama—. No había necesidad de...

Claire lanzó un pequeño grito cuando, de repente, él tiró de ella y se la colocó encima.

—Preciosa. Mi preciosa Claire con sus hermosos ojos azules —dijo Quinn acariciándole el cabello.

Claire se quedó muy quieta y seria.

—Tú también me pareces muy guapo —declaró Claire.

Quinn sonrió.

—Y muy fuerte —añadió Claire acariciándole los labios.

Quinn contuvo la respiración. Entonces, le quitó la camiseta, pero el sujetador deportivo demostró ser mucho más difícil, y Claire se echó a reír.

Pero Claire se puso seria cuando él le cubrió los senos y empezó a jugar con los pezones.

Quinn movió el cuerpo, con ella encima, hasta descansar la cabeza en una almohada; después, agarró las manos de ella y se las hizo poner en las barras verticales del cabecero, lo que le acercó al rostro los pechos de Claire. Pasó la lengua por un pezón y luego lo atrapó con la boca, chupándolo y lamiéndolo.

Claire movió el cuerpo contra el suyo a un ritmo que empezó a hacerlo enloquecer.

Quinn quería ser paciente y atender a las necesidades de ella, pero su propio cuerpo le exigía tomar más, dar más. Hacer más.

Con rapidez, ayudó a Claire a deshacerse del resto de la ropa y luego se despojó de la suya.

Se quedaron sentados, el uno frente al otro, con las rodillas flexionadas y las piernas entrelazadas. Ella le pasó la mano por el pecho y el vientre; luego, cerró la mano sobre su miembro y lo excitó. Quinn quería cerrar los ojos y entregarse a ese placer, pero también quería mantenerlos abiertos para verla disfrutar de las caricias que él le estaba administrando.

Claire abrió las piernas más. El la acarició más profundamente. Luego, tuvo que agarrar a Claire de la muñeca para impedirle hacerla estallar.

—Disfruta. Túmbate —dijo Quinn.

Claire se tumbó.

Quinn le cubrió el sexo con la boca. Claire empezó a gemir y a pronunciar palabras incoherentes. La oyó gritar al borde del éxtasis, pero no le dejó alcanzar el climax. Inmediatamente, se colocó encima de ella y la penetró.

Se movió dentro de ella con más y más intensidad. Pronto, ambos estallaron en gemidos de placer y suspiros de satisfacción.

Un minuto más tarde, Quinn colocó la cabeza al lado de la de Claire.

—Quinn —susurró ella.

El alzó el rostro y la besó.

—¿Qué?

—Nada —Claire le puso las manos en la cara—. Sólo quería decir tu nombre.

—¿No querías decirme que ha sido la experiencia más extraordinaria de tu vida? —bromeó él.

—La humildad no es tu fuerte, querido —respondió ella en tono ligero, a pesar de que algo muy serio permanecía en su expresión.

Pero Quinn no quería saber qué era. Todavía no. Había muchas cosas que aclarar entre los dos.

Permanecieron en la cama hasta que Rase empezó a golpear la puerta con la cabeza. Quinn se levantó para dejarlo entrar y le dio a Claire su ropa; también agarró la suya.

En el momento en que entró, Rase saltó a la cama.

—¿Qué tal se llevaban Rase y jenn? —preguntó Quinn cuando él y Claire ya estaban vestidos.

—A Rase le gusta todo el mundo.

—¿Yajenn le gustaba él? —insistió Quinn.

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Por nada, por curiosidad.

Los perros sabían juzgar a las personas mejor que los propios seres humanos.

—Bueno, por supuesto no ha preguntado por el perro en el e—mail que me ha enviado, pero no lo molestaba que le saltara encima.

—¿E—mail?

—¡Oh! Vaya, se me había olvidado decírtelo. Cuando volvimos de Santa Bárbara, tenía un mensaje de jenn.

## Capítulo 15

Claire miró al techo y suspiró.

Después de darle al perro la comida, se sentó en un taburete delante del mostrador de la cocina y volvió a suspirar.

Se encontraba en un ridículo estado de ensoñación desde que Quinn se marchó. Él había ido con ella a su casa, aunque en su propio coche, para ver el mensaje de Jenn. Luego, se había marchado a la reunión que tenía a las cuatro.

—Vuelve cuando hayas terminado —le había dicho ella.

—Si puedo —le había respondido Quinn.

Iba a pedirle que pasara la noche en su casa. Podían charlar tumbados a oscuras en la cama. Quería preguntarle sobre sus padres y sobre su vida antes de que encarcelaran a su padre.

El teléfono sonó y Claire contestó inmediatamente.

—¿Diga?

—No me vas a encontrar por mucho que lo intentes.

Su buen humor se disipó.

—¡Jenn!

—Mamá me ha contado que has contratado a un investigador privado para que me encuentre. No te va a servir de nada, jamás me encontrarás. Salvo que quiera que me encuentren, claro.

¿Cómo sabía Marie...? Claro, había leído el artículo del periódico y había llegado a sus propias conclusiones.

—No estoy buscándote —la informó Claire.

—No soy imbécil.

—Te estaba buscando, pero ya no.

—¿Por qué? —preguntó Jenn sin acabar de creerla.

—Porque ya no estoy dispuesta a seguir ayudándote, Jenn.

—¿Qué te hace pensar que necesito ayuda?

—He visto a Craig Beecham.

Se hizo un breve silencio.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Por qué? ¿Por qué has cometido semejante locura?

—Me da igual que me creas o no, pero lo hice por ayudarte.

Jenn lanzó una serie de juramentos.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Jenn por fin.

—Me dijo que está dispuesto a ir al fin del mundo para encontrarte. Y va a hacer lo que sea por conseguirlo.

—¿Ya qué conclusión has llegado?

—A que tienes lo que él quiere —admitió Claire a pesar suyo.

—No vuelvas a visitarlo, ¿me oyes?

—No tengo intención de...

La comunicación se cortó.

La puerta de Claire se abrió antes de que él pudiera llamar siquiera. Claire debía de haberlo estado esperando asomada a la ventana.

—Hola. Jenn acaba de llamar —dijo Claire—. Jenn...

—¿Ha llamado alguien más después de Jenn? —preguntó Quinn dirigiéndose hacia la cocina, donde estaba el teléfono más cercano.

—No. Ella...

—Espera.

Quinn marcó un asterisco, un seis y un nueve, y esperó. Cuando el mensaje automático le comunicó que el número no estaba disponible, colgó el auricular.

—¿Qué te ha dicho?

Claire frunció el ceño y cruzó los brazos.

—Bueno, en primer lugar, hemos decidido no seguir buscándola, así que... ¿a qué viene eso de intentar localizar su teléfono?

—Es simplemente la costumbre —Quinn se agachó a acariciar al perro.

Claire le repitió la conversación telefónica que había tenido con su hermana.

—Marie debe de saber dónde está Jenn —concluyó Claire.

—Es posible. También cabe la posibilidad de que Jenn haya llamado hoy a su madre.

—Sí, tienes razón. Pero hoy he llamado a Marie y ella no me ha dicho nada. Lo único que me ha dicho es que se va de vacaciones mañana por la mañana.

—¿Adonde?

—No me lo ha dicho.

—¿No ha querido hacerlo?

—No sé. Simplemente, no me lo ha dicho. Me ha insinuado que se iba con un hombre y no he querido preguntarle nada —Claire se le acercó—. La reunión ha sido muy larga, ¿no?

Quinn se preguntó si Marie no iba a reunirse con Jenn.

—Después de la reunión he estado con John Fo— ley, el periodista.

Quinn había accedido a concederle a Foley una entrevista. En primer lugar, lo había hecho porque el periodista iba a mantener a ARC en el anonimato; pero, sobre todo, porque él quería hablar del sufrimiento de los familiares de alguien que cometía un delito. Si la historia lograba evitar que una persona cometiera un hecho delictivo, a él le parecía que merecía la pena.

—¿Va a seguir escribiendo sobre el asunto? —preguntó Claire.

—Sí. Podrás leer el artículo en el dominical del periódico —respondió Quinn sintiéndose agotado de repente.

—¿Mañana? Qué rapidez —Claire le indicó el frigorífico—. ¿Tienes hambre? He hecho sopa.

Quinn contempló el bonito rostro de ella y vio preocupación en sus ojos. Preocupación por él.

«Qué buena persona eres, Claire Winston».

Quinn la abrazó.

—No, no tengo hambre.

Quería dormir con ella. Sólo dormir.

Pero lo preocupaba no haber sido honesto con ella. No le había dicho que había hablado con el fiscal para averiguar el apartado de correos de Jenn. No le había dicho que tenía buenos conocimientos de informática y que iba a intentar averiguar el punto de origen del mensaje de Jenn. No le había dicho que iba a pedirle al fiscal que intentara localizar la llamada de Jenn.

Pero quería librar a Claire del problema que su hermana representaba para ella. Todavía no sabía cómo, pero iba a conseguirlo.

—¿Vas a pasar la noche conmigo? —le preguntó Claire.

—Sí —Quinn bajó la cabeza para besarla con ternura— Me gustaría sólo... dormir. —Sí.

Claire le dio la mano y salieron de la cocina.

Quinn y Claire se desnudaron y se metieron en la cama. Ella apagó la luz de la mesilla de noche, dejando la habitación en la oscuridad. Entrelazaron los dedos.

—Se me da bien escuchar —dijo ella en voz queda.

Quinn le apretó la mano.

—Otro día, ¿de acuerdo? Anoche no dormí.

—Está bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

El domingo por la mañana, temprano, Quinn estaba sentado en la cocina de Claire con el teléfono móvil al oído. Pero también estaba alerta a cualquier sonido que pudiera proceder del piso superior; aunque, de momento, nada.

Peter Santos, el investigador de la oficina del fiscal, estaba enfadado por haber sido despertado a esas horas un domingo.

—¿Es que este asunto no puede esperar a mañana?

—Mi operario dice que no —respondió Quinn—. ¿Has conseguido la información sobre el apartado de correos de Jennifer Winston o no?

—Sí, la tengo, pero Magnussen dice que no podemos estar vigilando el sitio todo el tiempo basándonos en la remota posibilidad de que ella aparezca. No hay presupuesto para eso.

Precisamente lo que Quinn esperaba.

—En ese caso, quiero permiso para vigilarlo yo. Dile al fiscal que no os cobraré a menos que la localice.

Quería hablar con Jenn y convencerla de que le contara todo.

—Si te damos la información, trabajas para nosotros. Tienes que seguir el protocolo —respondió Santos.

Lo que significaba ser agente de policía, igual que cuando lo contrataron para seguir a Jenn. Lo que significaba obedecer la ley.

Lo que significaba entregarla si la encontraba.

—Conozco las reglas, Santos.

—Espera, Gerard. Tengo que hablarlo con Mag— nussen, y te aseguro que no lo va a hacer muy feliz que lo llame a las seis de la mañana.

Entonces, quizá por quinta vez, leyó el artículo del dominical mientras esperaba. Era un buen artículo; equilibrado, profundo y... catárquico. Lo que lo sorprendió fueron unas referencias atribuidas a su madre. ¿Le había dado su padre esa información a Foley? ¿Había entrevistado Foley a Robert también? Quizá quedara por escribir una tercera parte.

Su madre hablaba de su vida en el exilio que se había impuesto a sí misma, pero no en demasiado detalle.

Quinn se preguntó cómo estaría físicamente.

Santos volvió al teléfono.

—Magnussen quiere saber por qué estás dispuesto a trabajar gratis.

—Porque la perdí.

Transcurrieron unos segundos.

—Está bien. Anota.

Quinn tomó nota de los detalles. La oficina de correos estaba a sólo unas manzanas de la casa de Claire; evidentemente, no podía vigilarla todo el tiempo que estuviera abierta, pero lo haría el mayor tiempo posible, empezando esa misma mañana.

Lo único que tenía que hacer era mantener a Claire al margen.

Quinn pensó que lo esperaba un día largo y aburrido.

Había despertado a Claire con un beso. Después, le dijo que tenía trabajo, que la llamaría más tarde y que se volviera a dormir.

Aparcó el coche en un lugar desde el que podía ver la entrada de la oficina de correos. Mientras esperaba, decidió pedirle a Sam que le prestara un par de investigadores de Los Angeles durante una semana, el tiempo que estaba dispuesto a vigilar el lugar con la esperanza de que Jenn hiciera su aparición.

El hecho de que Marie se marchara de vacaciones le hacía sospechar que Jenn estaba fuera de la ciudad, quizá en otro país, pero tenía que tener en cuenta todas las posibilidades.

Transcurrió una hora. Bostezó. Le pesaba no tener algo que comer. No dejaba de mirar el café al otro lado de la calle.

Por fin, decidió ir a por café y algo para desayunar. Además, el restaurante tenía un buen ventanal y desde allí podría ver la entrada de correos.

Cruzó la calle, hizo el pedido y luego se acercó a la ventana para esperar allí. Mientras hacía el pedido, una furgoneta blanca se había detenido delante de correos, tapando la entrada.

Inmediatamente, Quinn reconoció la furgoneta.

Cruzó la calle justo en el momento en que una mujer subía los escalones de la entrada.

Jenn.

A pesar de que llevaba una gorra de béisbol, una camiseta holgada y pantalones vaqueros, era Jenn. La reconocería en cualquier parte.

El conductor de la furgoneta salió y la siguió, pero se detuvo al pie de la escalinata y miró a su alrededor.

Quinn aceleró la marcha. ¿Acaso ese tipo intentaba raptar a Jenn a plena luz del día? ¿En serio pensaba que nadie lo detendría? Si tenía tanta confianza en sí mismo era porque tenía una pistola.

Quinn no iba armado.

Oyó un ladrido y lo reconoció al instante.

Quinn se volvió. Claire y Rase iban hacia él haciendo jogging. Ella lo saludó con la mano.

—¡Vuelve a casa ahora mismo!

Quinn, sin esperar, corrió a la oficina de correos para impedir el rapto.

El hombre lo vio ir hacia él. Al principio, Quinn se quedó inmóvil; después, se lanzó a por él escaleras arriba, donde también estaba Jenn.

Quinn, abalanzándose, lo agarró por las piernas y lo tiró. Jenn gritó. Claire vio a su hermana y gritó su nombre. Rase salió corriendo, subió las escaleras y empezó a girar alrededor de Jenn, enredándole la correa en sus piernas.

Un problema resuelto.

Quinn, mientras luchaba con ese tipo, se dio cuenta de que llevaba una semiautomática.

—¡Corre, Claire! —gritó Jenn— ¡Corre!

—¡Corre tú! —le gritó el tipo ajenn—. Las llaves están en la furgoneta.

Pero Jenn no podía ir a ninguna parte porque tenía las piernas atadas con la correa. Rase se movía todo el tiempo. Jenn no podía agarrar al perro para quitarse la correa.

Claire, desobedeciendo las órdenes de Quinn y de su hermana, se acercó a ellos.

—Quinn, ¿qué puedo...?

—¿Quinn? —repitió Jenn con sorpresa—. ¿Tú eres Quinn? —Sí...

—Este es mi guardaespaldas. Suéltalo ahora mismo.

—¿Guardaespaldas?

¿Que lo soltara?

No hasta que no se aclarase todo. Continuó sujetando al individuo.

—Me has mentido —le dijo Jenn a Claire—, Me dijiste que habías dejado de buscarme.

—Y así es, te lo juro —Claire miró a Quinn para que confirmase sus palabras.

Se oyeron sirenas. En cuestión de segundos, dos coches de policía aparecieron y cuatro policías armados los rodearon.

No iba a ser un día aburrido, pensó Quinn alzando las manos tal y como le habían ordenado que hiciera.

Claire tenía mucho que decir, pero no en el asiento posterior de un coche de policía. Estaban llevándolos a casa, a Quinn, Rase y a ella, después de haberlos interrogado. Nunca había estado tan enfadada. Ni siquiera podía mirar a Quinn.

Se habían disipado muchas dudas. Marie no se había ido de vacaciones, sino que se estaba haciendo una operación de cirugía estética para quitarse

unas arrugas, con el cheque que le había enviado Jenn, y no quería que nadie se enterase.

En cuanto al descapotable rojo, Jenn lo tenía en un garaje. El guardaespaldas de Jenn, el conductor de la furgoneta blanca, lo había sacado del garsye de Claire. Por eso había estado aparcado delante de su casa, esperando a que no hubiera nadie para sacar el coche.

Pero había mucho más.

Claire dio las gracias al policía por haberla llevado a su casa, salió del coche y subió corriendo los escalones de la entrada. Sabía que Quinn estaba a sus espaldas, por lo que dejó la puerta abierta mientras llevaba a Rase a la cocina para encerrarlo allí un rato con el fin de poder hablar con Quinn sin interrupciones.

Casi se tropezó con Quinn al salir de la cocina y cerrar la puerta.

—Al cuarto de estar —le dijo ella.

Una vez en el cuarto de estar, Claire decidió permanecer de pie.

—Te dije que era inocente —declaró Claire.

Quinn permaneció de pie también, cerca, pero no lo suficiente como para tocarla.

—Así que... ¿has creído sus explicaciones?

—¿Tú no?

—¿Tiene importancia eso?

—Sí, la tiene.

—Creo algunas cosas de lo que ha dicho —respondió Quinn desapasionadamente, con objetividad.

—¿Como qué?

—Creo que estaba asustada. También la he creído cuando ha dicho que Beecham era una mala persona y que llevaba meses intentando romper con él. Y también la he creído cuando ha dicho que se vino a vivir contigo porque tenía miedo de estar sola, y que se marchó porque tenía miedo de que te hicieran daño. Y esto último lo he creído porque, al verte, gritó para que te marcharas de allí corriendo; tenía miedo por ti.

Quinn dio un paso hacia ella.

—Claire...

—¿Y qué es lo que no crees?

—¿Tenemos que seguir con esto? —Sí.

Quinn apretó los labios.

—Está bien, no he creído que descubriese los brillantes hace sólo dos semanas y que se los enviase a sí misma a un apartado de correos simplemente para guardarlos.

—¿Por qué no crees eso?

—Porque, una vez que los tuvo en su posesión, ¿por qué no los entregó a las autoridades? De haberlo hecho, Beecham no habría tenido ya motivos para seguirla o vigilarla o lo que fuera que hizo desde la cárcel. Eso, si lo hizo, cosa de la que no tenemos pruebas.

Claire no contestó.

—Jenn creía que la estaban siguiendo.

—No desde que se marchó de aquí.

—Deberías estar contento. Después de descubrir a Santos siguiéndola, supuso que habría alguien más; pero a ti no te vio.

—Sí, eso es lo único que me importa, ¿verdad? Mi reputación profesional.

El sarcasmo de Quinn la hizo sentirse culpable. El sólo había hecho su trabajo.

—¿Por qué estás enfadado conmigo, Claire?

—Porque me mentiste y me has hecho quedar como una mentirosa.

—¿Cómo es eso?

—Yo le dije a Jenn que no estábamos buscándola, y por eso mi hermana salió de su escondite. Tú estuviste de acuerdo conmigo en dejar de perseguirla.

—Tomé una decisión basada en lo que creía ser correcto. Y otra cosa, Claire, lo que la hizo salir de su casa fue leer el artículo sobre mí esta mañana. Jenn no quería vivir como una víctima, escondiéndose del mundo, que fue lo que me pasó a mí.

—Exacto. Hoy iba a recoger los diamantes y a entregarlos a las autoridades.

Quinn no contestó.

—Tampoco crees eso —dijo Claire.

—No lo sé. Creo que nunca conoceremos la verdad.

—Tú pusiste a la policía sobre aviso.

—No. Alguien los llamó al ver lo que estaba pasando a la entrada de la oficina de correos. Mi única intención era hablar con ella e intentar convencerla de que fuera a ver a las autoridades.

Quinn se le acercó más y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Por qué estás tan enfadada, Claire? Todo ha salido bien. El problema está resuelto.

—Según tú.

Quinn arqueó las cejas.

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? —Claire se apartó de él—. La cuestión es que no confiabas en mí.

—Eso no es verdad.

—No me dijiste que todavía estabas buscando a Jenn. No te fiabas de mí. Además, no hiciste lo que te pedí.

—No querías que te involucraras más en el asunto. No quería que sufieras. ¿Qué habrías hecho si te lo hubiera dicho?

—Habría insistido en que lo dejaras.

—Por eso no te lo dije. Claire, había que encontrar a Jenn. No es posible que lo dudes.

—Lo único que sé es que me lo ocultaste. Si me lo hubieras explicado quizá lo habría entendido. Confiaba en ti. Ahora... ahora ya no puedo.

—¿Nunca?

¿Qué importancia tenía? Además, Quinn no quería tener relaciones duraderas.

—Claire —había dolor en su voz.

Claire lo ignoró.

—Márchate, por favor.

Quinn se la quedó mirando. Por fin, dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos.

—Vete —repitió Claire con más dureza.

Quinn sacó una mano y se la ofreció. Claire no quería aceptarla; pero, por fin, le dio la mano.

Quinn le dio algo; después, se dio la vuelta y se marchó.

Claire abrió la mano y vio la caracola que ella le había dado en Santa Bárbara. Quinn la había tenido consigo todo ese tiempo y ahora se la había devuelto.

Claire se echó a llorar.

## Capítulo 16

—¿**E**stás loca? —Jenn alzó los brazos y se alejó unos pasos—. ¿Cómo puedes ser tan idiota?

Claire se volvió hacia Marie, sentada en su trono como una reina con el rostro vendado.

—A mí no me mires, estoy de acuerdo con Jenny.

—¿Has dejado a ese hombre maravilloso por intentar ayudarte y protegerte? Jamás he visto a una persona tan imbécil... —Jenn sacudió la cabeza—. Conseguí que prestaras más atención a tu aspecto físico y ¿para qué? Contigo es un desperdicio.

—Lo hiciste para así poder escapar sin que te viera nadie —dijo Claire.

Jenn se encogió de hombros.

—Maté dos pájaros de un tiro.

Claire se había despedido de Quinn hacía una semana. Desde entonces, se sentía peor que nunca. Ya no podía soportarlo más.

Echaba de menos a Quinn. Quería pasar el mayor tiempo posible con él. Incluso había pasado por su casa y había visto ambos coches aparcados, pero no había tenido el valor necesario para llamar a su puerta.

Quería que Quinn fuera a buscarla, por injusto que pareciera. Quería que Quinn le rogara.

No, no quería eso. Lo que quería era que Quinn la amase.

Marie le puso una mano en el brazo.

De repente, Claire se dio cuenta de que su reacción de la semana anterior había sido una reacción nacida de la ira y del dolor; e incluso del alivio, al ver que Jenn estaba bien. Pero no había visto que Quinn había hecho lo posible por ayudarlas, a ella y a Jenn.

Claire lanzó un suspiro.

—Está bien, iré a verlo.

Claire dio un abrazo a Jenn y otro a Marie.

—Deseadme suerte.

—Amor y suerte, cielo —dijo Marie.

—Vamos, Rase.

—Deja aquí al maldito perro —dijo Jenn—, Y llámame si quieres que cuide de él esta noche. Ah, y no olvides que si todo sale bien entre tú y ese hombre, me lo debes a mí.

Claire consideró lo irónico del caso.

Pensó que iba a desmayarse cuando, después de subir los escalones de la entrada, llamó al timbre de la puerta de Quinn y nadie le abrió.

Quinn llevaba una semana ignorando el timbre. No tenía problemas en ignorarlo ese día tampoco, igual que los golpes en la puerta.

Cuando dejaron de llamar, volvió a cerrar los ojos. Estaba tumbado en el sofá, llevaba así más o menos una semana. Se duchaba de vez en cuando, pero no se había afeitado y casi no había comido. Dormía de vez en cuando.

Oyó un ruido. Había alguien en la casa. Esperó a que el intruso subiera las escaleras, y entonces se abalanzó sobre...

Claire lanzó un grito.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Quinn atónito.

—Memoricé el código de la puerta.

¿Que había memorizado...? ¿La última vez que estuvo allí, cuando él entró con ella en brazos?

—Supongo que deberías haberte tapado mientras tecleabas el número, ¿no? —le preguntó Claire en tono desafiante.

Un punto para Claire.

Ella se le acercó mirándolo fijamente.

—Estás enfermo.

Quinn sacudió la cabeza.

Claire se acercó más y la esperanza se abrió camino en su corazón.

La observó en silencio mientras ella paseaba la mirada por el caos del cuarto de estar: periódicos tirados por todas partes, correo encima de la mesa de café, platos sucios y botellas de cerveza vacías...

Claire estaba realmente sorprendida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella. «Tú».

La vio hojear unos papeles que él había imprimido de Internet con información de vuelos a Londres.

—Voy a ir a ver a mi madre —dijo Quinn.

—Oh, no sabes cuánto me alegro. Ya verás como no te arrepientes.

—Eso espero. También voy a ir a visitar a mi padre otra vez. Supongo que también eso te alegrará.

—La cuestión es si te va a alegrar a ti.

Quinn se encogió de hombros.

—¿A qué has venido, Claire? ¿Qué pasa? —preguntó Quinn.

Debía de haber ocurrido algo serio para que Claire se presentara en su casa.

—No pasa nada.

Quinn esperó. La esperanza se reavivó.

—¿Nada?

—Bueno, eso no es del todo verdad —Claire empezó a recoger periódicos y a amontonarlos—. Nada tiene sentido.

Aún más esperanzado.

—Es posible que me haya dado cuenta de que tú tenías razón y yo estaba equivocada. Tenía que decírtelo —Claire seguía sin mirarlo—. Ya juzgar por tu aspecto, puede que a tí tampoco te vaya muy bien.

Quinn se le acercó, le tocó el hombro y la sintió temblar.

—Te he echado de menos —dijo Quinn con voz queda.

Claire dejó caer los periódicos y se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo.

—Claire...

Vio lágrimas resbalándole por las mejillas.

—Te amo —dijo él sintiéndose feliz.

Claire asintió. Le devolvió esas mismas palabras con los ojos, a pesar de intentar pronunciarlas con la boca. Claire le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él.

—Yo también te amo —dijo ella por fin—. He sido una idiota.

—No —Quinn le acarició el cabello—. Yo he sido el idiota. Debería haber confiado en ti. Llevaba años sin confiar en nadie, años solo...

—Ya no tienes que estar solo.

Quinn la abrazó con fuerza y rió quedamente.

—¿Es que no vas a dejar que sea yo quien proponga...?

—No me refería a eso —lo interrumpió Claire—. Ya sé que no quieres relaciones duraderas. Lo que quiero es que sepas que ya no me importa, aceptaré lo que estés dispuesto a darme.

—¿En serio? —Quinn no la creyó, en el fondo no se conformaría con esa clase de relación.

—Te amo, Claire. Y quiero casarme contigo. Por favor, di me sí. No puedo vivir sin ti

—No dejes nunca de decir que me quieres...

—De acuerdo —respondió el, y ella lo besó, una y otra vez.

*Fin.*